

R.47.134

Dña ^{4ta} ~~Ala~~ ~~Andrada~~

Provincia ~~Alayo~~ 15-38-



VIVIDOS Y CONTADOS

CUENTOS

JUAN F. MUÑOZ Y PABÓN, PBRO.

Vividos y contados

CUENTOS

PRÓLOGO DE D. MANUEL SIUROT



SEVILLA

IMP. SOBRINO DE IZQUIERDO

FRANCOS, 43-47

Es propiedad. Se ha hecho el depósito de ejemplares que marca la Ley.

CARTA-PROLOGO

Huelva, Noviembre 1924.

Sr. D. Ignacio de Cepeda.

Querido Ignacio:

Me pides que yo vaya al homenaje que el pueblo de Hinojos tributa a la memoria de nuestro D. Juan Francisco; y porque no puedo honrarme asistiendo personalmente a la celebración, echo por delante esta carta, dándote la molestia de que seas tú el portador de mis letras, que no hay nadie que con más gentileza y gusto pueda hacerme este obsequio, dada la comunión fraterna de corazones que tú y yo teníamos con el ilustre muerto.

Yo creo, y tú lo sabes muy bien, pues lo dije siempre con exaltación sincera, que la pluma de Muñoz y Pabón era pluma de águila que volaba en el cielo de las letras patrias; que su obra trajo caudales nuevos al tesoro nacional, y que quieran o no quieran la indi-

ferencia y la envidia, concertadas para ocultar en el olvido al preclaro maestro, el nombre de Muñoz y Pabón, para nosotros tan familiar y querido, es ¡mortal en España, en Andalucía, y muy singularmente en esta tierra del Condado, que prestó al novelista la sangre, los nervios, la carne y la gracia con que él fabricó los tipos admirables de sus novelas.

No hay nadie que como él, haya hecho vivir en el libro todo este conjunto de infantilidades, picardías, ingenios, bobadas, arrestos, enjundia y honradez del alma de estos pueblos, que sonrían a la luz del sol, tendidos entre la marisma del Guadalquivir y las primeras estribaciones de la Mariánica.

El oro de las viñas; la perla de los olivares; el sonsonete soñador del pinar; el nimbo de majeza del sombrero de ala ancha; el potro gentil; los sajones toreros; la señorita que presume de mala y es más buena que el pan; la criada que todo lo huele y alcahuetea; la succulenta y sustanciosa cocina

casera; la murmuración de las tertulias; la vida gris de los casinos; el comadreo de los mentideros mujeriles y finalmente el noble carácter del Condado, que fué siempre el centro del sistema moral de sus novelas, no tuvieron, ni tienen, ni acaso vuelvan a tener un cantor tan formidable como nuestro Muñoz y Pabón.

Y por si tanto mérito no fuera suficiente a la glorificación del genial artista, una última, definitiva pincelada de su personalidad colma la medida, y es que su alma de sacerdote volaba por la belleza eterna de la doctrina cristiana y se derretía en admiraciones delante del espectáculo divino de la liturgia católica; pero todo quedaba pálido para el artista cuando sus ojos se nublaban, y sus voz se hacía trémula, y su corazón saltaba de santas emociones cuando delante de la Blanca Paloma gritaba llorando: *¡Viva, Viva la Virgen del Rocío!*

Ignacio: Tengamos para él una ofrenda en su inmortalidad literaria,

que bien la merece; y tengamos también una ofrenda piadosa de oración de amores para su inmortalidad divina.

Te abraza su fraternal,

MANOLO



Nota del Editor.—Esta carta fué leída en el homenaje que el pueblo de Hinojos tributó al que fué su hijo preclaro, don Juan F. Muñoz y Pabón, dedicándole una lápida en la casa en que nació. Por tratarse de la autorizada personalidad del ilustre maestro D. Manuel Siurot, honra de España, y de la admiración que en ella se refleja hacia el autor de *Justa y Rufina*, *Temple de acero* etc... el Editor se complace en estamparla al comienzo de este libro.

Una Hoja - Anónimo

ARTE DIABOLICA ES

I

—Oye, Andrés: yo creí que las mujeres de tu tierra no tenían tan poca educación.

—¡Hombreeee!

—¿Tan poca? ¡Tan ninguna!

—Mira, Arturo, que si es una falta de galantería decirlo, consentirlo es un pecado de lesa caballerosidad en quien lo oye. Y lo que es yo no te tolero una afirmación así. No digo que no hayas tropezado con alguna ineducada, porque eso lo hay en todas partes. Pero de ahí, a asentar como principio inconcuso que todas las mujeres de mi tierra son unas ineducadas, es un pecado de lesa galantería en un muchacho tan correcto como tú. Así, pues, recoge velas; que una cosa es decir y otra probar.

—Pues bueno: me retracto de lo que tiene de universal mi tesis. Pero lo que es la vecinita de enfrente de mi balcón del hotel es una golfa.

—¿La vecinita de enfrente de tu balcón del hotel?

—¡La misma!

—¿Una rubita, muy mona, con los ojos azules, vestida de negro, porque todavía llevan el luto por la madre?

—¡La misma que viste y calza!

—Pues, hijo: si no me lo dijeras, no lo creería; casualmente es una muchacha de lo más educado y más correcto que es fácil encontrar. Es una niña bonísima, amiga de mis hermanas, que se hacen lenguas de ella.

—Pues, chico, diré lo que tú: que lo creo porque tú lo dices. Pero lo que toca las señas son mortales. Figúrate que cuando vuelvo por las tardes de las obras del puerto, estropeado y sucio, antes de meterme en el baño y vestirme para comer, me siento en el balcón para fumar un cigarro y hojear los periódicos... La niña, que está en el suyo, de bruces sobre la baranda, tomando el fresco, levanta la cabeza cuando lo tiene

a bien; me mira con un desprecio, si te digo que insultante, me parece poco; me saca la lengua, ¡así!..., ¡me saca la lengua!, con un molín de pillete, y se mete dentro de la sala hasta el otro día... que vuelve a hacer lo mismo.

Los primeros días hasta me hizo gracia, pues lo tomé como una broma de vecinita... Esta continuidad es intolerable, y me tiene resuelto a pararle los pies.

—Insisto que lo creo porque tú lo dices. Pero yo no creía que Aurorita se permitiese contigo, ¡ni con nadie!, semejante incorrección.

—¿Aurora dices que se llama?

—Aurora Pabón Pichardo. Hija de un magistrado de esta Audiencia, más caballero que Don Quijote... ¡Te digo que es una gente correctísima!

—¡Pues ahí tienes!

II

Señorita doña Aurora Pabón
y Pichardo.

Señora mía: Es impropio de una señorita burlarse de un caballero.

Aunque manos blancas no ofenden, como para tomar de ellas represalias, no es tal ni tanta la inmunidad que da el sexo, que quite al ofendido y lastimado el derecho a quejarse.

Lo que está usted haciendo conmigo, no se hace, señorita.

De usted respetuoso servidor, que le besa los pies,

Arturo Larramendi.

s/c Hotel Berlín.

III

Sr. D. Arturo Larramendi.

Respetado señor mío: Creo que será a mí a quien usted se dirige en su incompre-

sible carta, porque viene a mi nombre y apellidos; pero no se me alcanza la razón del derecho que pueda usted tener a escribirme, ni menos a hacerme cargos, siendo así que no tengo el honor de conocerle.

Soy una señorita, que sabe todo lo que debe a su propio decoro y al respeto de los demás.

Exijo al caballero que se explique. Su segura servidora,

Aurora Pabón y Pichardo.

IV

Señorita doña Aurora Pabón
y Pichardo.

Señora mía: Por lo visto, usted quiere que le regale el oído. Lo haré, pues no en balde se dirige a un caballero.

La incorrección de usted de que me he lamentado es la de sacarme la lengua todas las tardes, no bien me siento al balcón, haciendo burla y chacota de quien, precisamente por ser un desconocido, merecía más respeto.

A los pies de usted, reverente servidor
que se los besa,

Arturo Larramendi.

V

Sr. D. Arturo Larramendi.

Señor mío, de todo mi respeto: Pido a usted mil perdones por haber lastimado a usted, siquiera haya sido inadvertidamente. Mis bromas, que usted ha tomado como dirigidas a usted propio, son a una amiguita que se hospeda en ese mismo hotel y en el cuarto de encima precisamente del que usted ocupa.

Mi dolor por haberle molestado corre parejas con mi vergüenza por haber dado lugar a que haya tenido que llamarme al orden todo un caballero, y aunque le pido a usted que me perdone, yo no me perdonaré nunca.

De usted atribulada amiga que *llora* su pecado,

Aurora Pabón y Pichardo.

¡Qué vergüenza, Dios mío!

VI

Señorita doña Aurora Pabón
y Pichardo.

Distinguida señorita y estimadísima amiga mía: Yo sí que no me perdono el haber dado motivo con mis intemperancias a que haya empañado el llanto esos bellos ojos... ¡Por Dios, permíteme y permítame ir esta noche a dar a usted todo género de explicaciones y hasta de satisfacciones, por la crueldad de mi conducta!

¡Quien hace llorar a una mujer está juzgado!

Nuestro amigo D. Andrés de Lerma, me hará el inmenso favor de presentarme.

Así, pues, hasta la noche.

Suyo, amigo y criado, que le besa los pies en señal de desagravio y simpatía,

Arturo Larramendi.

VII

A los diez meses. De un periódico local:

«Han celebrado esponsales el Sr. Don Arturo Larramendi y Ochoa, ingeniero de las obras del puerto, y la bellísima señorita doña Aurora Pabón y Pichardo, hija del probo y pundonoroso magistrado de esta Audiencia don Enrique.

La boda ha quedado concertada para el próximo día de San José.

VIII

Víspera de San José por la noche.

—Mira, Arturo: ¡yo tengo que hacerte una revelación! ¡Me cuesta mucho trabajar.. Pero no me creería lo suficiente honrada ni digna de tí si no te la hiciera...

—¡Habla!

¡Que... las morisquetas desde el balcón... no eran a ninguna amiga, ni quien tal pensó. Eran... ¡a tí!...

—¿.....?

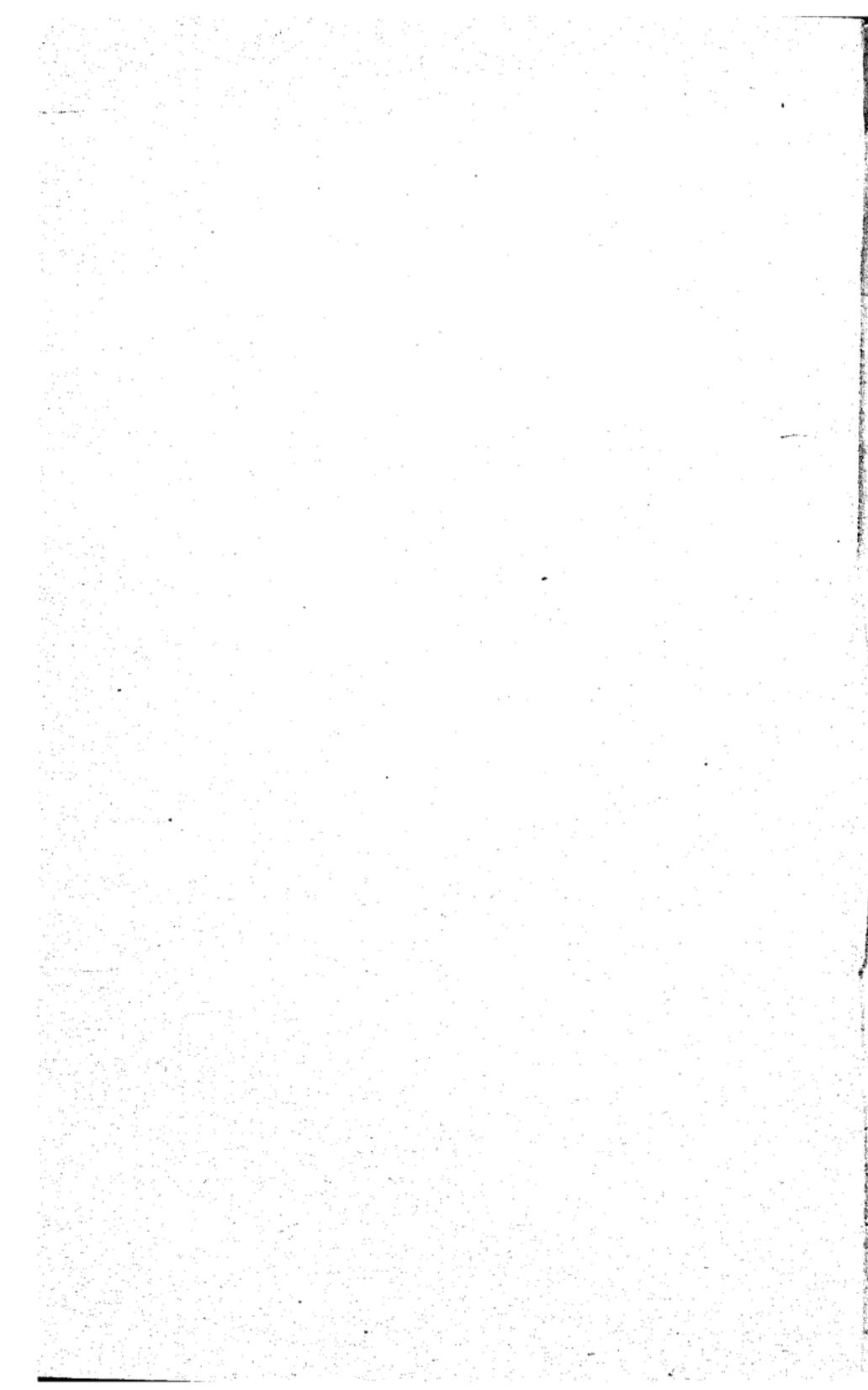
—Es que me gustabas muchísimo, ¿sabes? Como te ponías a leer los periódicos en cuanto te sentabas, y no mirabas siquiera, se me ocurrió esa... diablura para pescarte...

—¡Arte diabólica es!

Diré, torciendo el mostacho;

pero, en fin, a lo hecho, pecho, y hazme el obsequio, nena, de no alarmarme.





TRATAMIENTO DESUSADO

I

Se lo oímos contar a su Excelencia Reverendísima, como acaecido a él en uno de los pueblos más importantes de su diócesis.

Había ido de visita pastoral, y el director de un colegio de alto copete que en la población había, se propuso agasajarle con esa imprescindible velada literaria... que pone la Divina Providencia en el cáliz de amarguras que tiene reservado para los Obispos.

Primer número del programa: «Salutación por el alumno de tercer año, don Carlos Pérez Sánchez: ese niño prodigio, que hay en todos los colegios, despierto, recortado y declamador; sin el que no se concibe acto de lucimiento, y que lo mismo le recita a usted una oda quintanesca, que le

ejecuta un diálogo gitano: igual le da a usted una academia de física, con proyecciones en la pantalla, que le «vive» a usted el protagonista del soporífero drama que se pone en escena..., obra del profesor de Matemáticas.

Los papás están aturrullados, y si es las tías, locas... ¡La abuela, no se diga!

II

—Subes a la plataforma. Le besas el anillo, con la rodilla doblada, por supuesto. Te vas hacia la baranda, y sin volver la espalda al público, a fin de que se te oiga bien, le haces a su Excelencia una profunda inclinación y dices muy despacio, aunque sin deletrear: «¡Excelentísimo... y reverendísimo... señor!» ¡Anda, lee!

—«Llena el alma de entusiasmo y el corazón de júbilo, llego, señor, a vuestras augustas plantas, yo, el último de todos mis compañeros, a daros la más cordial al par que más respetuosa de todas las bienvenidas.

¡Ah, señor excelentísimo!... etc., etc.»

—Con que ahora, a aprendértelo muy bien y a bordarlo enteramente. Nada de carretilla, que parezca que dices de memoria. Sino aplomo, serenidad, clarooscuro... ¡como tú haces las cosas cuando quieres!

III

Rebosaba de gente el salón de actos del colegio. Todo lo más granado de la localidad habíase allí congregado, así para deferir a la atenta invitación del director, como para más honrar con su asistencia al que les había hecho el honor de visitarlos...

Alfombras..., colgaduras..., arañas de cristal y macizos de plantas y de flores..., uniformes y toaletas..., rumor de conversaciones y «piccicatos» de templaduras de violines..., y de pronto, todo el mundo de pie, como tocado de un resorte... y un formidable aplauso, que ahogaba los acordes de la Marcha Real, ejecutada por el piano y el cuarteto, y la entre aristocrática y ascética figura del futuro Cardenal, atravesando

el salón acompañado de las autoridades, el personal de santa visita y el claustro del colegio.

Su Excelencia se ha sentado en el sillón presidencial, dando la derecha al alcalde y teniendo a la izquierda al señor Arcipreste. Los demás se han colocado sin distinción. Ha cesado el aplauso, y resueltos los últimos compases de la Marcha, el director ha tocado la campanilla.

Un alumno de los mayores, desde la plataforma: «Salutación», por el alumno de tercer año don Carlos Pérez Sánchez.

IV

Otro aplauso, de esos que pudiéramos llamar de «ante praevisa mérita», acogió el ya «consagrado» nombre del alumno: un muchacho de hasta unos trece años, de cabellos de oro y facciones de niña, vestido de marinero, que se levantó de su sitio—la mitad de la sala—, y un si es no es entrecortado por el rubor natural que le produjo el aplauso, salió de entre sus compañeros, y

precedido de dos—la comisión de etiqueta, —atravesó la entrecalle del auditorio y se dirigió con carne de gallina hacia la plataforma.

V

Ramírez, ese otro alumno de todos los colegios, hosco, malevolente e ineducado, que por lo mismo que está siempre a la cola, se goza en mortificar a los que valen y brillan, al ver pasar por delante de él a nuestro Carlitos, con quien «se las traía» desde que éste había empezado a destacarse, no le pudo sufrir el cuerpo el triunfo literario de que iba a ser pedestal la plataforma; y cogiéndolo por el brazo y sacudiéndolo, díjole con su vozarrón de cazurro en que puso todas las hieles del desprecio:

—¡¡A ver si metes tú la pata, gachó!!
Carlitos no dijo nada. Sino saliendo al fin a la entrecalle, con el alma amargada por la frase despectiva del muy animalote, holló con sus zapatitos de charol la alfombrada escalinata de la plataforma. ¿??.....???

(Sus padres necesitaban una bacía de afeitar para recogerles la baba. Las tías no cabían en el asiento. ¿La abuela? ¡Hecha una canasta... de colar!)

VI

Besó el anillo al Prelado, rodilla en tierra. Con paso majestuoso y acompasado, se vino hacia la baranda. Volvió a sonar la campanilla, para hacer más silencio... Y tras una reverencia muy estudiada, no exenta de elegancia natural, empezó con su vocecita de tiple, aunque de timbre masculino:

—¡Excelentísimo... y reverendísimo... gachó!...



PECES DE COLORES

I

¡Cuesta mucho dinero viviren el mundo!
¿Vé usted una cosa tan sencilla como tener en el patio una fuente de mármol, que una vez adquirida, parece que ya no necesita nada más?... ¡Pues nueve realazos como nueve soles me costaron a principios de verano seis peces colorados y uno negro, que entró de cominitos! Apunte usted otro real de corretaje, que me pareció de conciencia darle al «botones» de la librería, que fué el que me los trajo a domicilio, y ya tiene usted ahí medio duro, gastado de una mano a otra.

—¡Chiquillo!, ¿a real y medio cada pez?
¡Ni que fueran del lago Lucrinol...

—¡Misté, señó don Juan, que con esto de la guerra...

—Sí, va a subir hasta el termómetro. Bueno; pues cómpralos, y quiere decir que más se lleva el demonio al cabo de año... ¡Córcholis con la guerra!

II

Donde, figúrese usted mi sorpresa, cuando, al salir de coro esta mañana, me tropiezo en la calle de Don Remondo con una pareja de vendedores de peces, de la edad y de la catadura de Rinconete y Cortadillo, sentados en el umbral de una puerta, cansados, sudorosos y maltrechos, dando guardia de honor a un balde de zinc costroso y abollado, en cuyo negro fondo, y con un litro y medio de agua sucia por único medio respirable, había hasta diez y ocho o veinte peces, atontados por el calor y por la asfixia...

Sentí un movimiento de caridad hacia los mercaderes y de compasión hacia la mercadería, y me paré de pronto.

—¿A cuánto son esos peces?

«Por sé pa usted», una chica, uno. Tres, una gorda, y ocho, un reá.

—¡¡¡...!!!

El negocio me pareció tentador. Me cegó la codicia y sin más vacilaciones ni tuteos dije a los vendedores:

—¡Venid conmigo!

III

—Ea, vamos a ir contando, ¡y cuidado con las equivocaciones! Los negros no los quiero. No me gustan.

—¡Quisté, Padre, quearse con er resto!

—Si me hacéis un razonable tanto por ciento de rebaja...

—Le regalamo los negros. ¿Estasté conforme?...

—¡Convenido! Y esos peces, ¿de dónde los cogéis?

—De una laguna que hay del lao allá del Emparme... Los llevamos a los revendeore de la calle de la Sierpe y se quean con los mejore y dejan los peore.

—¡Por eso debéis tener en cuenta que me voy a quedar con el saldo!

—¡Esta mu malo er negocio, Padre cural! Está to er señorío por esos puertos, y no se vende un pé ni pa er Pastó. Ayé, tres gordas y una chica. Y hoy, lo que sarga de aquí. ¡Y que no está mu lejo el Emparme

—Pues a contarlos y a ir echándolos en la pila...

IV

—Unó... y tre, cuatro...

—Y do, sei... Este que va medio muerto no se le cobra a usted. ¡Quiebras que tién los negosiol...

—Y tres, nueve...

—Y dos, onse...

—Catorse... desisiete...

—Diesiocho... y los negro... ¿Está bien en dos reale y una gorda?

—¡No! La gorda debe ser la rebaja, por quedarme con el saldo. Dos reales, ¡y a vivir!—

—Como usted quiera.

—¿Quiusté que beba en er chorro de la fuente?... ¡Jase unas calinas por ahí!...

—Cuando hayamos liquidado nuestra cuenta... De modo que dos reales.

—Justo y cabá. Si quié usté dar la gorda...

—¿Teréis vuelta de un duro?...

(Y fué de ver la cara que pusieron y la mirada de ¡escándalo! que cambiaron entre sí).

—¡¡Que si tenemo güerta de un duro, Rafaél!... ¡Míá que tié er Padre salero!

—No, hombre; no es por chuscada— claro está que lo era.—Es... porque me parece que no tengo suelto... ¿Os da lo mismo cobrar mañana?... La suma no es tan grande que necesite fiador... Si acaso, os daré un «quedan»...

—Ahí está la cosa, Padre: que el negocio es el negocio, y nos gusta de liquidá cuando arrematamo la venta, pa que cá uno se quée con lo suyo, que alospué tós son di-justo... ¡Otavía me debe éste a mi media chica de ayé, que hoy tamié va a queá por er diviso, con haberse enserrao usté con los dos reales!... De mó que jaga usté er favó de mandá cambiá... ¡no es desconfiansa! ¿estasté?, sino que... ¡er día es mú largo, y es semenesté tapiá!

(Comer, a juzgar por el ademán que acompañó el vocablo).

—¡Tate! que ahora me acuerdo de que quizá tenga suelto en el otro bolsillo..

—¿Ve usted?

—¡Caball! Dos reales. Y se los dí al mayor.

—Po güeno: toma tu er tuyo, pa que no haiga trabacuentas..

—Y... vamos: una gorda por los dos que van a más de los diez seis.. Por más que, si os doy una gorda, salgo perjudicado. ¿Una gorda, no eran tres?... ¡Yo os voy a dar una chica y bueno está lo bueno!

—Güeno: po dásela usted a este, y queamo ya en pá. ¿Te enteras?

—Po en pá, y jugando.

V

.....
—Bueno ¿y si yo os diera ahora esta peseta para los dos...?

—¡¡¡Ojú!!!—y dió unas pocas de vueltas sobre el talón.

—Y un refresco de corteza de cidra a cada uno?

—¡La Virgen de la Esperanza y er Señó der Gran Podél... (Y eran de ver las caras: ¡dos poemas!).

—¡Conchal! ¡Sírveles un refresco a estos señores! ¡Con hielo, por supuesto!

VI

—¡Contral! ¡Qué cosa más rica! ..

—¡Diól! ¡!!!qué hombre más bueno!!!!

—¡Pa que tú veall! ¿No dise tu padrastro que los cura no tienen religión? ¡Po mía tú si este santo Padre tié güenos sentros y cree en Diól!

—Si tuviera aquí un bote le llevaba un buchito a mi madre, na más que pa que lo probara.

—¡Llevaos la botella, y repartíros la hermanitamente!

(Y se quedaron atónitos).

—¡No señól! ¡Muchas gracia!,,. ¡Ya eso es más que inasiao!

—¡El haberte acordado de tu madre merece mucho más!

—Po mie usté: titito er día me esty acordando de ella. ¡Es más güena la infelí! ¡misté si será güena que cuando mi padrastro me va a pegá, se pone elante pa que en lugar de atracarme a mí la atraque a ella!... ¡No quisiá en este mundo na má que cantá misa, como usté: que le iba a jasé un artá en mi parroquia!

Y me hizo que se me arrasaran en lágrimas los ojos el demontre del muchacho.

.

VII

—Güeno: ¡gorvemos mañana... pa que escoja usté los mejore y armita usté dos «de tres cola», que le vamo a traer de regalo!... En un pobre una fló es un diamante.

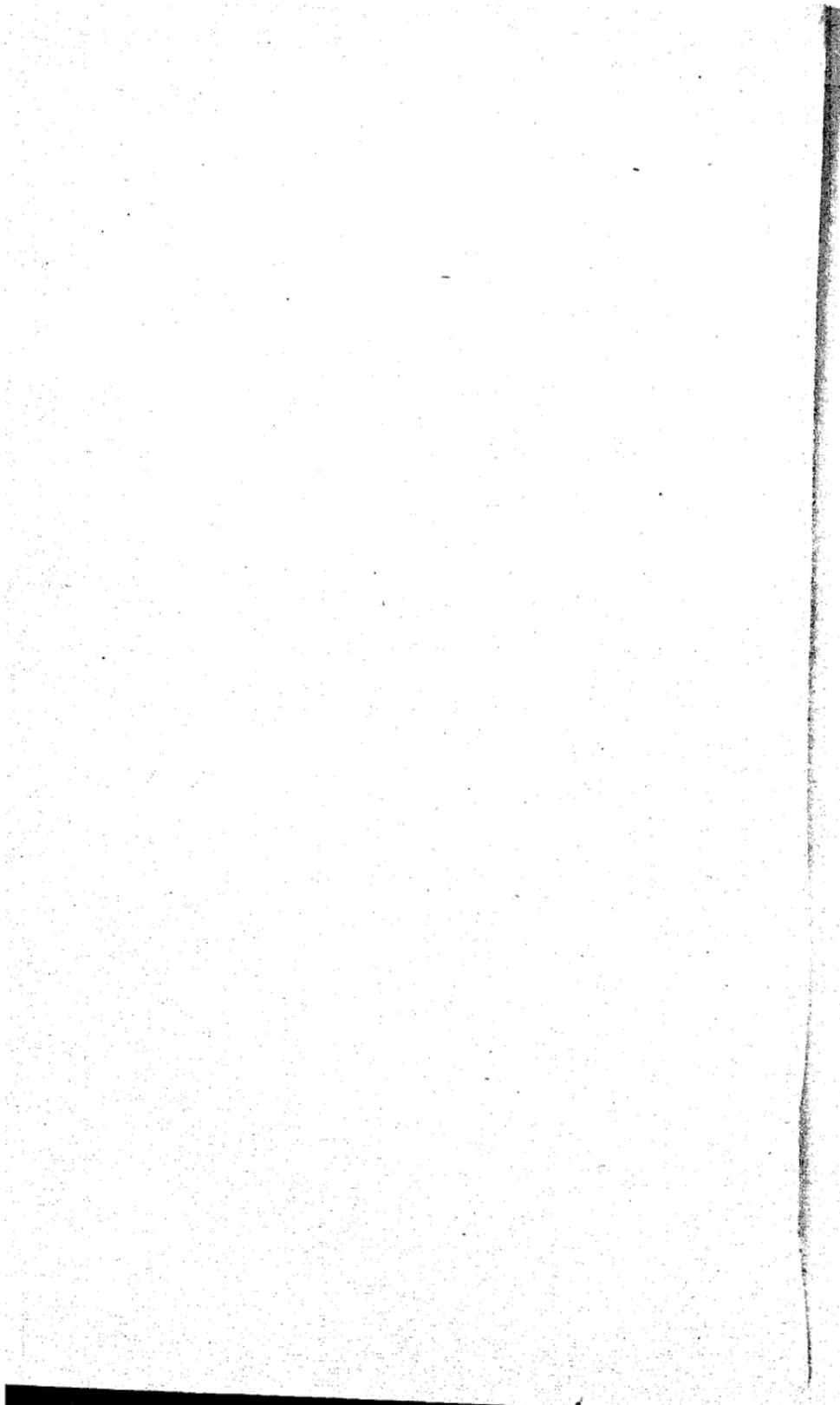
—Volved cuando queráis. Con personas decentes y agradecidas, como vosotros, voy yo a todas partes.

(Y tornaron a mirarse espantados de que se les tuviera por personas decentes).

—¿Y por qué no?... ¿no vivían de su trabajo, se acordaban de su madre en los momentos de gusto y eran agradecidos? ¿O es que la decencia va a estar vinculada a las clases superiores?

Como dentro de una mala capa suele ocultarse un buen bebedor, dentro de una blusilla remendada y unos calzones desflecados, suele haber un caballero.





JOYA ARQUEOLOGICA

I

—Miusté: ¡la má de cosa! ¡Como que no hay en titito er pueblo quien sacuerde de la úrtima vé que lo limpiaron!... Ande no le quió decí a usté lo que habrá salío de aquer pozo... ¡un arca de Noé!

Lo meno, lo meno, setenta, si no han sío má, esportones e fango... Tres o cuatro cubos e lata efondaos y tititos llenos e picaura... ¡iguá que una regaera!... Dos latones e pretolio... Un armiré... Una cubeta en muy güen uso... Veinte o veinticinco medios cántaro... Un zapato de hombre... Una llave de puerta de la calle... Un peazo e caena. ² ¡De peazos de platos y de cazuelas, no se digal... Un cencerro como de media vara de largo, con su badajo y tó... Una cuchara

de petre y un peine blanco... Una fardá de tazas y pocillos... y, por fin y por remate, ese cacharro, que le digo a usté que tiene que sé der tiempo de los moro, o de cuando er Señó andaba por la tierra, porque yo no he visto otro en la edá que tengo.

Es de barro, ¿sabusté? De barro en su coló... vedrio, aunque er vedrio no es de mucho cuerpo... ¡vaya una cosa linda!

—¿Tamaño?

—Media vara, por ahí, por ahí: más bien más que meno.

—¿Hechura?

—Tó seguío, tó seguío, jasta que estrecha de pronto, y en lo arto, su asa. Lo que más no ha gustao a tos los que lo himos visto es lo sanito que está. Sin faltarle ni una asca, y como si hubiá estao toa su vía entre argodone.

—¿Y tiene algún adorno?... ¿así, muñecos negros, como esa ánfora de encima de la repisa del comedor?

—No, señó: liso, liso; sin dibujos ninguno; pero mucho más bonito que tos los que tiene usté, y, sobre tó, más raro... ¡Ya quisieran estas arcarrazas, que las hay a

montones por esos talleres... y esa botija verde y ese jarro pa er vinagre que, cuando usted lo tiene en tanta estima, su mérito tendrá, yo no niego. ¡Pero que ande está er cacharro que le digo, no está ninguno!... Lo que es a mí me parece más bonito que ese tarro de botica del rincón y... la verdá: más propio de una sala como esta, que esas dos sangraeras y que esa bacía de afeitá... Claro que cuando usted los tiene, y onde están colocaos, tendrán mérito pa ello, aunque una no se lo vea; y que quizá vardrán más que er que le digo, aunque a mí me parezca lo contrario .. ¡Es una prenda!

—¿Y por qué no te lo has traído y saldríamos de dudas?

—Porque mi hermano, que es er que lo sacó der pozo, no lo suerta, ni aunque le den pa un coche. Dice que, o poco ha e podé, o ha de sacá de la venta pa librarse e quintas: ¡ande no hay quien se lo arranque, ni aunque le den en los nuillos! Dámelo, hombre: se lo llevaré a don Juan, pa que lo vea, y jasta pa que lo aprecie: no sea que vayas a contentarte con tristes seis mil reales pa la quinta, cuando quizá puá valé millones y millones... ¿No verdá usted?

Que tiene que sé de mucho mérito y una cosa mú rarísima, no hay quien me lo quite de la cabeza... ¡Tiene que sé mu raro, cuando usté, que tiene tantísimos, no tiene siquíá uno que medio se le parezca!

—Pues mira: sin verlo, no es posible formar idea de lo que es, y menos apreciarlo. Que lo traiga y veremos.

—Pontonce, le escribiré.

II

«Apreciable Curro: Me alegraré que al recibo de ésta te halles en la más cabal salú, que yo para mí deseo. Yo quedo güena a Dios gracia.

Curro: sabrás que he hablado con don Juan ar repitive del tarro, y dice que sin verlo no lo pué apreciá en sus cabale. Pero que si está sano y es der tiempo en que er Señó andaba por la tierra, no hay dinero en er mundo pa pagarlo.

Curro: es semenesté que vengas y que te lo traias.

Curro: como está er mundo tan malo y

hay tantos pillos por toas partes, es sementé ponerse siempre en lo peó; asín es, hermano, que no debes de vení solo, sino buscá quien taconpañe, no sea que te lo vayan a robá en cuarquíé escudio y se lleven tu suerte y er pan de tus hijos er día que los tenga.

Curro: que no te se vaya a rompé; si acaso líalo en er mantón de estambre que me dejé ahí esorvidao, y alospué un papé con su guita.

Curro: que no le digas a nadie que vas a vení, ní que lo vas a traé: que quien quita la ocasión-quita er peligro.

Memoria a Mama y a Marcelina, y a la gente de tu novia, y a Gravie, y a todo er que pregunte por mí. Y tú recibe recuerdo de tu hermana que lo es *Dolores Muñoz*,»

III

—¡Quite usted allá, criatural ¿Qué había yo de vendé esto por un duro, ní por dó, ní por cincuenta? Esto, mientras a mí no me lo aprecie una persona como el amo de mi Do-

lore, que es un señó que entiende muchísimo de cacharros y que no tiene na más que verlos endeje una legua pa decirle a usted jasta onde está enterraó er que lo jizó, esto no lo suerte yo por dineros ninguno, asín venga a precurármelo er mesmo rey en persona.

Mu justo y mu naturá que usté quiera jacerle un regalo a su padrino, y más ahora que viene er día de su santo: pero como usté comprenderá, yo no vy a sortá por una bicoca lo que pué valé miles, ni usté me va a da a mí este mundo y el otro por lo que, lo mismo que pué valé un capitá, pué sé una cosa de ayé de mañana.

Que tié que sé mu antigüísimo, no hay más que verlo, porque ¿ande ha visto usté un tarro como este? Y si ar mérito de la antigüedad que debe de tené, le añfe usté lo sano y lo preferto, porque esto es un jigarro del arroyo, de lo fuerte que es y de lo sánito que está, eche usté onzas e oro y billetes der Banco... que quizás contimás y mucho haiga ahora mismo encima de esa mesa, paponé una viña riparia y pa jacé una boega.

Yo quisiera complacé a usté y que or-

sequiara usted a su padrino, que tan bien lo jace con usted, y a mí me gustá que los hombres sean agradecíos. Pero, como usted comprenderá, yo no vy a tirá por la ventana lo que pué sé mi suerte, ni a vendé por una copla las minas e er Potosí.

—...

—No, señó. No hay de qué: aquí no hay que dispensá: ar contrario. Usted es el que tiene que dispensá que no se lo venda. Pero póngase usted en mi lugá, a ver que jacia usted. ¡Se han visto tantos casos de jugarse a una carta su fortuna!...

IV

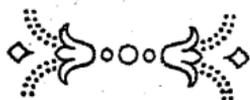
—Mi hermano, que está ahí con er charro, pa que lo vea usted.

—Dile que pase.

V

Los cumplimientos que impone la buena crianza, y encima de la mesa un envoltorio que no lo saltaba un galgo.

Un papel de hule... dos o tres periódicos... un mantón de estambre... una o dos mudas de ropa blanca de la hermana del interesado... y, envuelto en un pañuelo blanco como la nieve... ¡un tarro de ginebra!



AUMENTO DE FAMILIA

No sé si serán chocheces de tío cura, si serán chifladuras de artista—dado que yo merezca tan excelso dictado—que queremos ver quintiesenciadas exquisiteces en lo que después de todo quizá no sea más que pura nadería; pero tengo para mí que merece ser contada, sin quitar punto ni coma, la interviú que acabo de sostener con el señor don Juan Muñoz y Pichardo, personaje... dē «una peseta» de edad, que todo no ha de ser contarla por duros.

Llegué de Sevilla, y lo mismo fué verme que venirse hacia mí corriendo, con los brazos abiertos, con ese desate de alegría de los niños... cuando entrevén juguetes y bombones. Lo besé y lo achuché, y hasta lo remonté en el aire, y lo zarandé a mi sabor, y cuando lo solté en el suelo, se me montó so-

bre las rodillas, para decirme, con una alegría rayana en el entusiasmo:

—¡Tenno una cabba!

—¿Una capa?

—¡Noool ¡una cabba! ¡¡una cabba,... que tene cuennó!!... ¡de cannel!...

—¿Con que una cabra?

—Me la ha dao tita Zora.

—¿Tita Flora?

—¡Zí!... ¡pa mí zolo!

El «para mí solo» equivale, en la legislación de los niños, a la nuda propiedad, con la quieta y pacífica posesión. ¡Una escritural

—¡Y echa leche!... ¡y tene mucha espuma y está mu cica!

Y asentado este preliminar que juzgo necesario, para la cabal inteligencia, por parte de mí, del notición estupendo, que invadía toda su alma y saciaba por entero su corazón, prosiguió, poniendo en el acento un mundo de ternuras. ¡Crea el lector que casi se le saitaron las lágrimas al decírmelo!

—¡Y tene un chivito!

—¿Un chivito??...

—¡¡Pa que mame!!

—¡Ah, pícaro, más que pícaro!... ¡Be

berse la leche, tan rica como está!... ¡Déjate que lo coja!

Y persuadido mi interlocutor de lo sagrado del derecho natural, tan sagrado que ni el mismo derecho divino lo anula, sino antes, lo sanciona y garantiza, añadió, para desarmarme contra el chivito:

—¡Zi e zu niño!.... ¡Zi la cabba es su maddel...

—¡Ah, ya! Y vamos a ver—hube de interrogarle, interesado ya realmente por todas aquellas cosas tan peregrinas—; ¿a cuál de los dos quieres tú más? ¿A la cabra, que da leche, y está tan rica, o al tunante del chivito..., que se la beber?

Y me miró, como si la pregunta le ofendiera. Y sin pensarlo, ¡como se dicen las cosas que se tienen más que sabidas!, sin vacilar, contestó, moviendo de arriba abajo la cabeza, con entonación dogmática:

—¡¡A mi chivito!!

—¿Y por qué?

(Y, palabra de caballero, que se me saltaron las lágrimas cuando oí la respuesta).

—Poque... e mu quechetito y tene cío. Le dí un chaparrón de besos, por la ge-

nerosidad que entrañaba la respuesta, y torné a preguntarle:

—¿Y por qué sabes tú que tiene frío?

—Poque lloda en e coddá, y le pono mi godda y mi guzanda pa que no llode.

—¡¡Eres... un San Martín, pero por partida doble!! El santo le dió al pobre la mitad de la capa. Y tú, toda la gorra y toda la bufanda.

Convencido de que yo estaba de su parte aunque no fuera más que por el tono encomiástico con que entendió que yo aplaudí sus procederés, buscó mi autoridad de jefe de familia para que yo le ayudara a llevar adelante sus propósitos... hospitalarios con el chivo. Miró a su madre, poniendo en la mirada un entre queja y reproche, y me dijo con el amargo tono de quien acusa.

—¡Y mi mamá no quiere que se acoste conmigo en la cuna! ¡ezoz!

—¡¡Mujer más.... sin entrañas!! ¡Mira que no querer que se acueste contigo en la cuna tan limpito como estará! ¡vamos! ¡vamos!

Mi hombre se creció. Miró a su madre, como diciéndole: ¡chúpate esal; y ya, resuel-

to a todo, se me vino con esta otra delación que, la verdad, me dejó estupefacto:

—¡Y la maesta no quiere que lo lleve a la miga!

—¡Que es lo que me quedaba que oír!.. ¡Mira que no querer que vaya a la amiga, con la falta tan regrandísima que estará haciendo allí el animalito!...

Hay que advertir, para la perfecta inteligencia de todo el valor de la frase que sigue, que mi interlocutor tiene horror instintivo a la amiga. Como su madre, para hacerlo ir, lo conmina con que nunca sabrá nada, abarcó él todo lo triste del porvenir del chivo, de negarle la maestra la sal y el agua, y me dijo con honda convicción:

—¡Y no va a aprendé ná! ¡Ezo!

—O lo que es igual—exclamé lleno de indignación contra la arbitrariedad y la tiranía de la maestra—: ¡que se va a dar el caso de un chivo enteramente analfabeto!

Claro que él no le cortó pelo a lo del analfabetismo. Comprendió, sin embargo, que tendría que ser una cosa muy mala lo que habría de seguirse para el chivito, de la

testarudez de la maestra de negarle el derecho a matricularse, y a mi epifonema—se va a dar el caso de un chivo enteramente analfabeto—contestó, tan indignado como yo mismo, tornando a mover de arriba abajo la cabeza:

—¡¡Zíí!

—¡Esto no puede pasar, esto no puede pasar!... ¡ese chivo es menester que se haga un hombre!

Nueva mirada de triunfo a la autora de sus días y un suspiro de satisfacción al ver asegurada la educación literaria de su chivito.

—Bueno, y que yo me entere; ¿tú por qué tienes ese empeño tan decidido en que el chivito vaya a la amiga y se haga un hombre?

Y encogiendo los hombros y mirándome de medio lado, como extrañado de que a mí no se me ocurriera la razón, contestó con una sinceridad que me dejó convencido y hasta edificado:

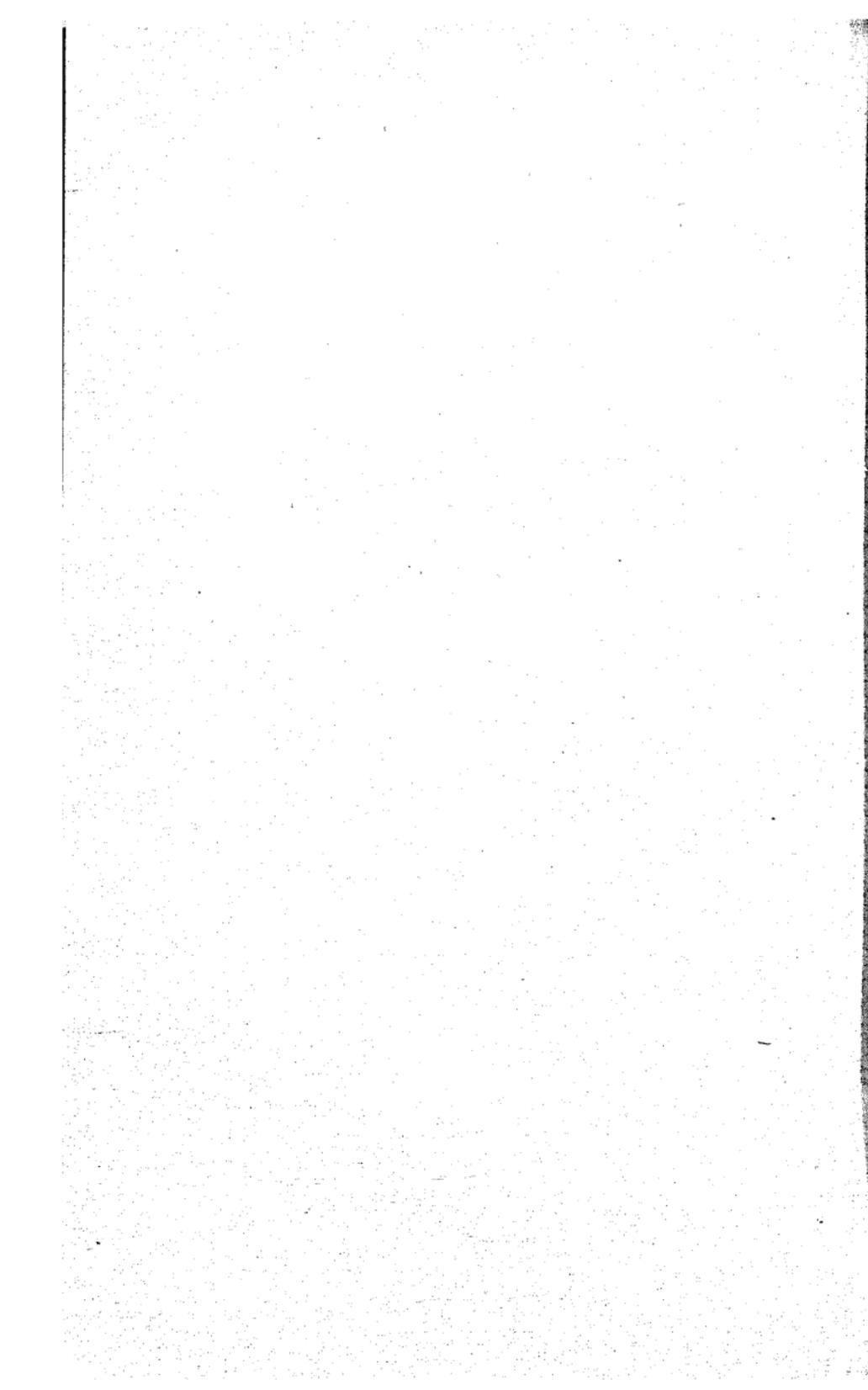
—¡¡¡Poque yo ero zu papá!!!

¡¡¡Ahora me lo explico todo!!!

.

De aquí que yo me crea en el deber de buena crianza, para con mis queridos lectores, de decirles, como retío que resulto del chivito, que tienen un criado más a quien mandar.





DATOS GEOGRAFICOS

(HISTORICO)

PERSONAJES:

MARÍA 'ER DOLÓ: buñolera gitana.

SACRAMENTO: gitano y marido de ella.

SEÑORITO LUIS: estudiante de los primeros años de teología.

CUADRO 1.º

(Casa de los padres del Señorito Luis).

María, Sacramento y Señorito.

Doló.—Que veníamos por una arrobita 'e aceite pa los guñelos.

Luis.—Pues mi madre está en Sevilla y mi padre, en el campo con los segadores... además el maestro del molino también

está en la era y no hay quien lo despache.

Doló.—¿Y usted, arma mía?

Luis.—Yo no entiendo de esas cosas...

Doló.—¿Cómo había usted de entendé, con tantísima latiniá como tiene usted metía en la cabeza? ¡Jarto tiene usted con sabé titito lo que jizo er Señor, cuando andaba por er mundol... ¡Un ministro de Jesucristo está mú en su lugá no entendiendo de meías!... ¿No verdá, Sacramento?

Sac.—Chipén.

Doló.—Pero la cosa es, señorito de mi corazón, que están tocando a vísperas, y ya tengo jasta amasao. Y a otra parte no me gusta de dí, porque la señora, Dios se lo pague, me lo da siempre fiao, y alospué cuando pasan las fiestas, ajustamos nuestras cuentas y onde hay joyo se echa tierra... Si quisiá usted vení con nosotros ar molino, Sacramento lo podía sacá de la tinaja.

Luis.—¿Y Sacramento sabe azarconear?

Doló.—De titito lo que usted vea en er mundo sabe él. Lo uniquito que no sabe es

decí misa, y eso, porque no se ha puesto... ¡Miá tú lo que pregunta er señorito: si sabrás tu azarconeál

Sac.—(Con aire de suficiencia.) ¡Y bordá en orol

Luis.—Pues vamos para el molino.

CUADRO 2.º

(Calle.)

Dichos.

Doló.—Vy pensando, Sacramento, que anlugá de una arroba, nos podíamos llevá na más que media.

(Gesto de Sacramento, con que expresa que no se le alcanza la razón; gesto de la gitana, que quiere decir—yo me entiendo y bailo sola—y gesto del esposo, que equivale a— ¡¡comprendí!!)

Doló.—Dígolo, porque como aquí su mercé no es na más que er señorito ¡vayal que no es amo prencipá, y mos lo vamos a llevá fiao, no sea que sus señores padres vayan a llevá a má que er se

haiga tomao manitú pa fiá una arroba... Con media tenemos bastante pa esta tarde y esta noche y toa esta madrugá. Y mañana venemos otra vé con nuestro dinero en la barciguera, y mos llevamos manque sea el espósito grande, que está conforme se entra en la caná.

Luis.—Eso, como ustedes quieran.

Doló.—Po güeno: media arroba, y mañana será de día y verá la tuerta los espárragos.

Sac.—Po pa eso, una cuarta, y comprometemos menos ar señorito. Acuérdate der día de Santiago, que mercamos na má una cuarta, y mos sobró mú cerquita 'e la mitá.

Doló.—¡Boca de ángel... Po una cuarta na má, señorito: y con eso no hay dijustos e familia.

CUADRO 3.º

Dichos.

(Franqueada la cancela de hierro de la cerca de la finca, atraviesan la corra-

lada, sombreada de árboles frutales y adornada de plantas de flor. La gitana coge unas rosas que se plantifica en lo alto del rodete y un grupo de jazmines, que prende en el ángulo del escote, de color caoba-hueso... El gitano va delante con la botija de barro trianero vidriada de verde, de hasta su arroba y media de cabida. Cruzando la nave de las trujas, penetran en la canal. El gitano descende por la escalerilla que va al almacén, mientras su «augusta» esposa le dirige saludables advertencias a fin de que no se manche la «toilete»).

Luis.—La medida de arroba es esa grande que está sobre la tapadera de esa tinaja. La de media, esa otra que está sobre el embudo, y la de a cuarta, esa chica que está sobre el pretil de la ventana.

Mirada del matrimonio, que equivale a—||mos partió!|—)

(El señorito está de pie junto a la prensa y el gitano, perniabierto en la boca de la tinaja con la cuerda del azarcón entre las manos. La gitana, entre los dos, de espaldas al marido y de

cara al señorito, hace cuanto está de su parte por ejercer de biombo entre uno y otro, para lo cual pone los brazos en jarra, con los picos del mantón recogidos en el cuadril correspondiente. Será casualidad: pero no lo parece).

Doló.—Endeje que entremos en su casa de usté, a procurá el aceite, me esty acordando de una copla.

Luis.—¿...?

Doló.— La Macarena y todo
Lo traigo andado:
Cara como la tuya
No la he encontrado.

Yo no ha visto en titito lo que tengo andao en este mundo (¡y cudiao que tengo echás leguas atrás: porque yo ha estao en feria 'e Consolación, yo en la feria 'e la Parma... yo en feria 'e Santiponce... yo en el Rocío... yo en Güerva, pa la Cinta, yo en feria 'e San Miguel...! ¡en las siete partías 'er mundo ha estao yo!) y señorito tan güer mozo como usté, yo no lo ha visto. ¡Cudiao con los ojos! ¡¡cudiao con los ojos, que

se le puén jacé trenzas con las pestañas!!... ¡Lo 'e dolores 'e cabeza, que tendrá usté arrepartíos por ahí!... ¡Y aluego, la coló! ¡que paece un clavé diciplinao, y no como nosotros, que paecemos er revé de una cazuela!... Lo que toca a mi Sacramento, es que me lo estetaron con tinta 'e calamare... ¡Miusté pa la ventana, na má que pa verlo de perfín... ¡Miá qué narí, Sacramento! ¡Miá que cordón de pratal

Tus cejas arqueadas
Son dos cuchillos,
Que me parten el arma,
Sin tené filo...

Ahorita poco se ha estableció en Güerva un señorito con su madre, que han tomao en arriendo la jacienda 'e Robaína y no he visto en er mundo cosa más própia a usté. ¡Vaya, que ni mellizos! ¿noverdá, Sacramento? La mesma narí aguileña, la mesma entaúra... los mesmos ojos de armendra... er mesmo bozo de tierzopelo... ¡No ha

visto hombre más guapo, ni señorito con más garbo en los andares!

Y lo que yo decía a Sacramento, un día que me lo vino celebrando y poniéndomelo por las nubes: po otavía er señorito Luin, er de Hinojo, me gusta a mí má. ¡Es mucho señorito er señorito Luin! ¡Si cuando lo jizo Dio dicen que rompió er mordel... ¡Si es cosa que tiene fama por titito er Condaol... ¡Y aluego lo que dicen que sabe esa criatura, que jasta deja callao al Arzobispo! ¡Con er monete der Papa lo himos'e ve!

Luis.—Bueno; déjese usted de tonterías. ¿Dice usted que ese señorito se ha establecido en Huérva, hace poco?

Doló.—Sí señó: mú poco tiempo: cosa de un mé.

Luis.—Entonces ¿no es de Huérva?

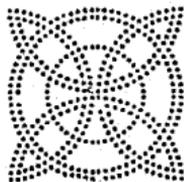
Doló.—No señó, no lo es. ¡Es más: que no lo ha sío nunca!

Luis.—¡Es natural! ¿Ni sabe usted tampoco de dónde es?

Doló.—Que yo sepa, no señó. ¡Ahora: que

de mú lejas tierras tienen que sé, por-
que er y la madre a los chícharos le
dicen... ¿cómo le dicen, Mariardoló? le
dicen... le dicen ¡*lúbidas!* (1) y a lospué
a las papas le dicen *patatas*.

(1) ¿Alubias?



«SEÑÓ TOMÁ DE AQUISI»

I

De alcurnia bíblica nada menos y de abolengo patriarcal primitivísimo es la razón que preside en Andalucía para poner moteles o remoquetes a los que no lo llevan hereditario.

Que los nombres de la Biblia no son sino palabras aplicadas al denominado con ellas, como definición abreviada de su esencia, de su carácter, de sus cualidades o de su misión. Y Adán se llama «Adán» porque esa es la expresión fonética de *sacado de la tierra*, en que va toda la historia de su origen; como la mujer es llamada «Vírago», esto es: *hembra, porque ha sido tomada del varón*, o «Eva», *porque es la madre de todos los vivientes...*

Caín se llama «Caín» porque por medio de ese sonido articulado, expresó Eva, al alumbrarlo: *he obtenido un hombre con Jehová*; y Abel—*vanidad, o cosa fugaz*—es la denominación (acaso posterior a su muerte) con que es conocido—en los anales del mundo, el que tan fugazmente pasa por la historia...

Isaac—*risa*— se llama de ese modo por la incredulidad con que su madre, anciana y estéril, acoge la promesa de su futura fecundidad, siquiera la haga un ángel. Esaú se llama así porque nace *velloso y peludo*, y eso vale la voz «Esaú», como su hermano gemelo que *lo suplanta* es por ello llamado «Jacob»: suplantador.

Y porque seguir aduciendo citas a este propósito fuera el cuento de nunca acabar, asentemos que en los tiempos que abarca el Génesis, «el santoral» a que se echaba mano para dar o imponer nombre a los recién nacidos, era el mismo individuo denominado con la razón o porqué del nombre que se le daba o imponía... ¡Y basta de «erudición»!

II

Mucho de esto acaece en tierras andaluzas cuando llega la ocasión de imponer sobrenombre o apodo al que se le rebautiza por el vulgo. Y hay quien es llamado Tragalindes porque con la manquera del arado en la mano se «bebe» las de todas las heredades que lindan con la suya; quien se apellida Jeose, porque nunca olió a ámbar; Estómago porque una vez que fué alcalde se comió cuantos bienes del procomún había dejado por comerse su antecesor, que mereció el remoquete de «La Lima»; y quien, en fin, por lo inacabable de sus cenas, adquirió para sí y para sus descendientes la altísima investidura de «tío Cenaó vitalicio»... De éstas y como éstas, a millares. No hay apodo en Andalucía que no sea el aguafuerte de un tipo o de un carácter, o la síntesis de una historia.

III

Y el héroe de nuestro chascarrillo, pues aunque me lo dan como «histórico» no lo puedo calificar sino de andaluzada, era conocido en Rosales por «Señó Tomá de Aquisí». Y no ciertamente porque fuese Tomás su nombre de pila, pues se llamaba José, sino porque en la fonética andaluza Tomá vale lo mismo que Tomás y que tomar, y tomar es la antítesis de dar, como Aquisí es la antítesis de Aquinó, y había que expresar la idea de no dar nunca nada, si quiera fuese diciendo por antífrasis tomar en todas partes. Señó Tomá de Aquisí...

IV

Era todo un carácter nuestro biografiado. Se ponía a hacer examen de conciencia y «no le remordía», de haber dado nunca a nadie ni... «un soplo en un ojo pa quitarle una mota». Detestabn los dátiles nada más

que porque empiezan por *da*. En cambio, por su gusto no habría más que *tomates...* Por no dar no daba ni consejo cuando se le pedía, y más de cuatro veces hacía alardes de irreligiosidad por no dar buen ejemplo.

Y sucedió que un día—y aquí empieza el chascarrillo —venía para el pueblo, de coger por su propia mano, a fin de no tener que dar jornales, la aceituna de un pequeño olivarillo que heredó de sus padres, y que era la ejecutoria de su dictado de *Señó*, pues, pobre de solemnidad o jornalero, no hubiese rebasado del nivel de *tío*.

Había llovido mucho por aquellos días, con lo que estaba hecho un barrizal el callejón de la Fuente, por donde se entra en el pueblo al venir de los campos del lado de Levante; callejón que, además, tenía la gracia de llenarse de «ojos», donde el pobre que caía había menester Dios y ayuda para salir... si no era que los mismos esfuerzos por librarse del peligro de hundirse más y más eran parte y motivo para hallar sepultura dentro de aquellos pozos de fango hecho papilla aglutinante y absorbente.

Más de una cruz, clavada en los valla-

dos, perpetúa el trágico recuerdo de otras tantas muertes halladas en los «ojos». Raro era el invierno en que no había un percance que lamentar, siquiera no todos ellos se resolviesen en autopsia.

De su campo volvía muy cariparejo nuestro Señor Tomás, cuando tuvo la mala ventura de pescar una liebre (dar un resbalón) al intentar precisamente bordear un ojo, con lo que vino a caer en él de patitas, hundiéndose, por primera providencia, hasta allá muy cerquita de la cintura...

Aunque no fuesen muchas las simpatías con que contaba en Rosales, no eran tan desalmados sus convecinos que fuesen a dejarlo perecer por no prestarle ayuda en tan apurado trance. Y como fuese la hora de la vuelta del trabajo, se llenó el callejón de gente que retornaba a sus hogares, dada por terminada la faena del día, sin que hubiese ni uno—dicho sea en honor de todos—que, aun en trueque de correr la misma suerte de Tomás, no se apease de su cabalgadura, si pertenecía a cuerpo montado, o, si era de infantería, no acelerase el paso y se acercase, rivalizando todos—Dios se lo pague—en prestar al infeliz el más generoso auxilio....

- ¿Qué es eso?...
—¡Por vía 'el...
¡Un ojito!, ¿verdad?
—¡No se menee usted por Dió!
—¡Damusté pa acá esa mano!
—¡Amárrase usted bien la faja a la cintura y tírala usted pa acá!
—¡Trausté pa acá la mano!
—¡Damusté er brazo!...

V

Y nuestro héroe, con un estoicismo inconcebible en quien se ve en lucha a brazo partido con la muerte, ni replicaba palabra a lo que se le decía, ni ponía por obra ningún consejo de los que se le daban... Diríase que el terror lo había petrificado...

- ¿Se habrá queao tonto d'er porrazo?
—¿Se habrá queao parálisi de pronto y no se podrá meneá?

—¡Damusté pa acá esa mano, señó José!

- ¡Damusté aunque sea un deol...

Y señó Tomá, inmóvil y hundiéndose por intervalos...

—¡Vamol, ¡que si no lo viera, no lo creía!

VI

—¡Pero sei rematao! — dijo uno que acertó a pasar, y que se enteró de la chirri-chomba.— Verei cómo yo lo sarvo. Dejarme a mí con él... Yo me entiendo y bailo solo. ¡A este hombre es semenesté entenderlo!

—¡¡José!! — empezó a decir, con estupefacción del auditorio.—¡¡No me des la mano, ¿sabe!! Na má toma esta. Anlugá de echá tú pa acá tu faja, ¡andá!... ¡agárrate a esa mía!... ¡¡Ajajá!!... ¡Ahora, muchachos, estirá de él!... ¡Si se rompe la faja, que se rompa: a bien que no es la suya!...

VII

Y señó Tomá *tomó* la mano, claro que con una suya, y se agarró a la faja con la otra... Y salió del ojo al fin, pero *sin dar* la mano *ni arriar* la faja...

¡Por algo le habían puesto Señó *Tomá de Aquisí!*

¡¡EN EL DEPOSITO!!

I

—¡Ni que lo pienses, ni que lo sueñes! ¡Un hombre en la convalecencia... y de una enfermedad como la que tú has pasado, salir de viaje de negocios, y sin necesitarlo, gracias a Dios, es un pecado mortal, ¡una avaricia! Nada, no; en tu casita, que para eso la tienes; con tu mujer y tus hijas, que se están mirando en tí como en un espejo, y anda y que trabaje otro, que bastante has trabajado tú y te has aperreado en este mundo!

—Si es ahí, a un salvazo, mujer. Si antes de las veincuatro horas puedo estar de vuelta, con mil duros ganados honradamente, Tomo el tren en el apeadero de los Pinares. Llego a las siete y media. Ceno

como... un senador vitalicio. Me acuesto como un patriarca. Me levanto a mi hora, y a la una de la tarde puedo salir para acá con el negocio hecho. Descuida que me llevaré las píldoras y el jarabe, y los tomaré a sus horas, aunque sea en el tren... Después de todo, el médico es el primero que dice que lo que me conviene es mudar de aires, de modo que mira tú por dónde me viene bien un viaje como ese, hasta por motivo de salud... Yo no me avengo, ¿qué quieres?, a comerme la sopa boba sentado en un sillón y leyendo los periódicos, que yo no he visto cosa más aburrida que las sesiones de Cortes... Conque ponme en el maletín un par de calcetines y dos o tres pañuelos, un par de cajetillas de tabaco y las medicinas... Manda por mí al apeadero mañana por la tarde y si no rematara el negocio por cualquier cosa, ya te pondré un telegrama para que esteis tranquilas.

II

—Con que el hombre salió de viaje sin encomendarse a Dios ni al diablo. ¿.....?

—Como que lo que toca los hombres, no tenéis hartura con los dineros. Le ha salido una partida de aceite en la Torbisca, y allá se encampó ayer tarde en el carreta. Esta noche le esperamos, y a los Pinares ha ido por él con la jaca Manolete.

—Pues una temeridad ha sido salir de viaje un hombre así, y más, solo y sin compañía... Aunque siempre se ha dicho que donde está el cuerpo está la muerte, y lo mismo va el carnero que el cordero, un hombre a su edad y con un padecimiento tan traicionero como el suyo, no ha debido menearse de su casa. ¡Que no y que no!

—¿Sabes tú algo quizás, Rafael?

—¡Ojalá no lo supiera!

—¡¡¡Por los clavos de Cristo, explícate de una vez!!!

—Pues, hija, ¿para qué vamos a andar con rodeos?... El telegrafista me ha mandado decir con mi cuñado que...

—¿¿¿Qué, Rafael de mi alma???

—Pues que he recibido un parte, que se ha muerto, y que si lo queréis ver, en la Torbisca lo tenéis... ¡en el depósito!

III

—¡¡¡Señor de los ejércitos!!!

El duelo consiguiente. Madre, hijas y sobrino, que era el que había llevado la noticia, salen destempairados a los Pinares..... cogen el tren por los pelos, para llegar a la Torbisca a las siete y media de la tarde..

Lo que lloraron aquellos cuerpos (y con razón) por el camino, no hay lengua que lo explique. La muerte de un ser querido es siempre, y por sí sola, de plañir, mucho más con la agravante de en tierra extraña, en el cuartucho de un parador y con el horripilante epílogo del depósito...

IV

—Oiga ustedé, buena señora: ¿por dónde se va aquí al cementerio?

—Sigán ustedes por la calle Reá, to seguío. Dejan ustedes a la izquierda la Crú del Humillaero. Siguen ustedes la carretera alante y las tapias y los arciprese le dirán a ustedes

cuá é. ¿Son ustés, aunque mar pregunte, la familia der muerto?

—¡Ay, sí, señora; para servir a usté!

—Po la acompaño a usté en su sentimiento.

∇

—¿Hace usté el favor de dejarnos entrar en el depósito?

—¿Son ustede quizá la familia der muerto?

—Sí señor, ¡desgraciadamentel... Su mujer y sus hijas, servidoras de usté.

—¡Pero si es un muchacho, que no habría entrao en quinta!

—¿Qué, muchacho ni muchacho? ¡Un hombre hecho y derecho, con cincuenta y cinco años a la cola!

—Pues aquí er cadáve que hay es er de un muchacho forastero, que ha apareció ajogao en «los tarajes», y que quizá será uno que se ajogó jace tres días en Cantillana.

—Pues nosotras lo vamos a ver si usté nos deja. Hemos recibido un parte de que

estaba aquí en el depósito, y figúrese usted cómo estaremos. ¡No ha oído usted hablar nunca de Ramón Cascajo, corredor de aceites?

—Esta mañana lo he visto por una cañalía, que salía del molino de los Frailes con don Justo.

—¿¿Entonces??...

VI

—¡Hombre! ¡Se pinta usted solo para dar bromas!

—¿.....?

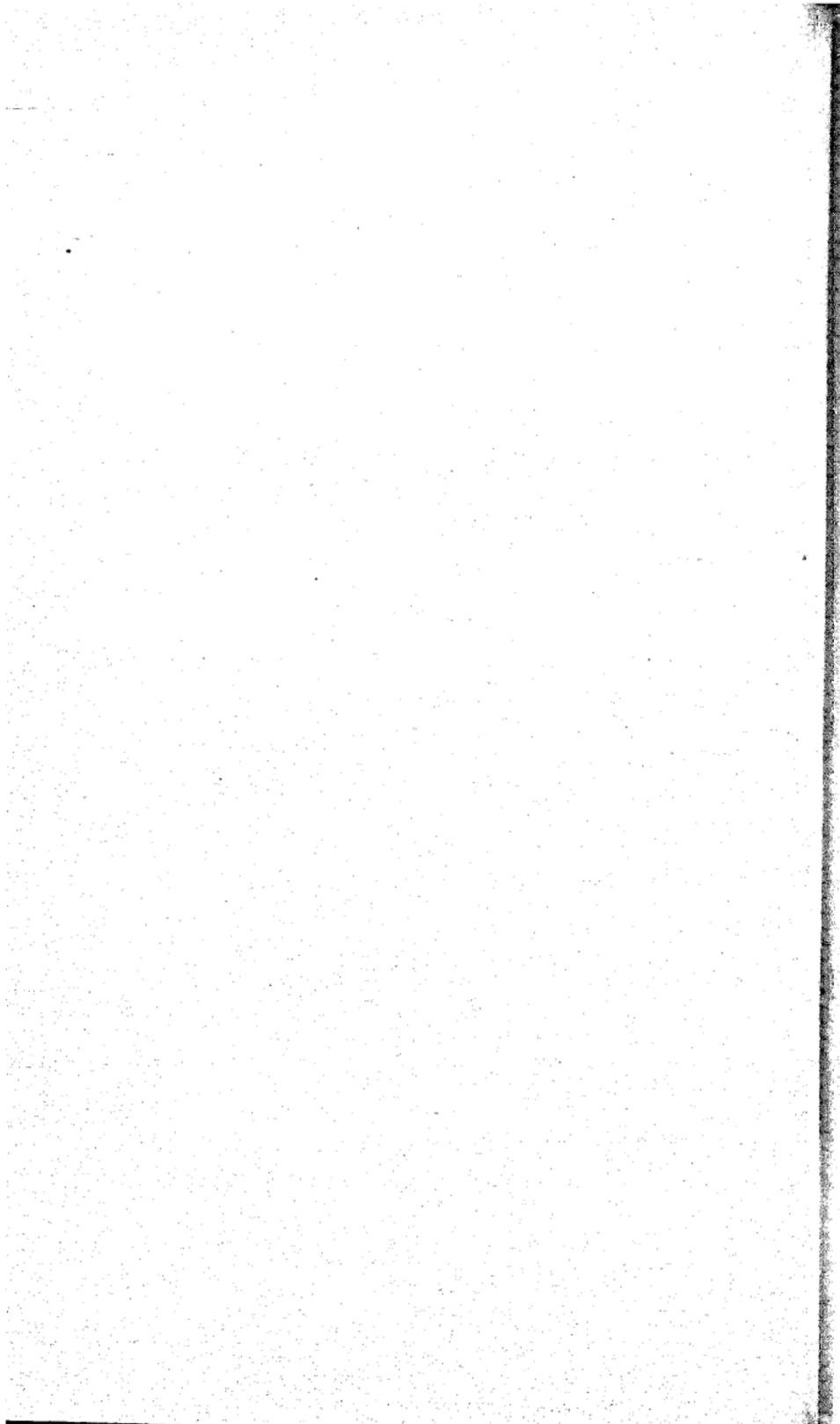
—¡El escándalo que ha armado usted, con que si yo me había muerto en la Torbisca y hasta que estaba en el depósito!

—¿¿Yo??

—¡Sí, señor! ¡usted!... ¡Usted que se prevale de un cargo tan serio como éste para apuñalarle el corazón a una casa de familia con una noticia falsa, como la que mandó usted a mi primo Rafaé con su cuñado!.. ¡Esto no es capaz de hacerle más que... un títere como usted!

¡Oiga ustedé, caballero! ¡Que ni aquí ha habido tal broma, ni soy hombre que tolera que se ponga en tela de juicio su seriedad! Lo que yo he mandado decir a su familia de ustedé es que había llegado un parte de la Torbisca (el que le puso ustedé, diciéndole que había llegado sin novedad.) Y que, como viven ustedes fuera de radio, mientras no mandaran por él aquí quedaba en depósito.





LA CHALANA

—Po misté, ésta de madroño... Nueve-cita, estrenándose, como acabaíta de quitá der telá... Le pone usté su peineta, mientras más arta, mejón. Manda usté ar jardín de Capuchino por dos reale de flamenquilla pa er roete, y alospué pa er pecho, y... ¡er clo-roformo, cuantito asome por aqué reá de aquella feria!

¡Diez duro, que se los gasta cualisquiera en una conviá, si a marno vien!... De moo que no seasté tonta, y quéesusté con ella, que eso lo tieústé vendío er día que le dé a usté la gana, y yo soy la primerita que se la chalaneo a usté sin interé ninguno.

Y a propósito de peina. Vy a enseñar-le a usté una, que me han dao las e Negrete, como pa que puá ponérsela el Ange de la Cofradía de Monte-Sión. No es mú arta,

¿sabusté?, porque e der Goya; pero de concha ligítima, titita ella calá como si fuá de encaje... ¡Místela!... A vé si he desagerao tanto asín, y a vé si no pué ponérsela con orgullo la reina e Montevideo... Ese piquito que le farta arriba, esa e una desinificancia, que se le tapa con las flore... Ocho duros quién por ella, y eso, por er defeuto; porque, anque eso no es ná pa comprarla, porque prefeuto no hay más que Dió, es mucho pa jacerse la ilusione atento custión de precio, y asín se lo jice vé, porque querían lo meno veinte duro... De moo que anque yo no me gane na con usté (porque mujeres agracías las habrá en er mundo, pero como yo, ninguna) se va usté a queá con ella y se jace usté cuenta de que ha mercao er creíto Lioné por una copla como quien dice...

Andusté. Llámala uste un istantito y pónsela usté, anque haiga que peí empresario er palio de la Vigen de la Esperanza, pa que puá satí a la calle como le pertenece... ¡Cudiao como está la criatura, cudiao como está la criatura!... Por supuesto, que tiene a quién salí, y dichosa la rama que ar tronco sale... ¡Sei mú regüenas moza toas

las Antune, y antier noche lo estuvimos platicando en er corrál Ande está er garbo de la señorita Aurora es que no hay otro en Sevilla; y anque la hija está hoy como la hoja de la rosa (Dios la bendiga), ¡es mucho el ánge que tié la madre, y alospué er cuerpo! Porque a mí que no me digan que ande está un güen cuerpo está ná... ¡Quiusté ná má bonito que Lulú Camacho, mejorando lo presente?... Po ahí está, sin tené quien le diga por ahí te pudra, na má que por ese cuerpo de cantimplora, que paese que está en roilla mesmamente y eso que gasta un parmo de tacone. Muerta y tuerta está endeje que nació por er primo melitá. Pero é no le jace caso por lo chica, asín e que está pasaíta la infelí y sin asomarse ni a la puerta de la calle. Lo cuá que me tié encargá una mantilla de madroño, y veremo a vé cómo la sirvo, porque andan más escasas que los Padres Santos en Roma, y ésta tengo yo gusto en que no se la ponga naide en er mundo, na má que la señorita Encarnación, y por eso me he venió flechaíta, aunque alospué se resientan las marchanta. ¿Usté sabe lo que las están precurando toas las

señora, endeje que vino la Reina y se la puso una tarde pa dí a los toro? Y es que una mantilla e madroño favorese mucho, y a las rubias má; que hay que vé lo bonito que e, encima de un cabello como de oro, estos cairele tan negro, que paecen moras maúra mesmamente... ¡Y el pelo que se trae er arma mía, que se pué bordá en oro con él! Lo cuá que le vy a encargá que me vaya guardando er que se le caiga, pa bordarme un brevetín... Acá semos mu cristiana y siempre tenemos argo corgao ar cuello...

Lo que me va usté a comprá tamié, aunque sea a plazo (y si no me la quiusté comprá, yo se lo regalo a la niña pa recuerdo) es este pá de zarcillos e corale. . ¡Misté qué camafeos, que yo no sé por qué esa nombradía de camas-feo a una cosa tan reprensiosa, porque es que están jablando mesmamente las carita! Y alospué de tres armen-drone arrecorgando, que tantísimo acompañan a la cara, y má en ella, con ese cuello de Vigen de Murillo. Conque no lo piense usté má, que la ocasión la pintan carva. Le plantifica usté su peineta con sus flores amarilla, y quien dice amarillas na má, dice

amarillas y colorá, pa que sean los colores nacionale... le echa usté poncima este jechizo de mantilla de madroño... le cuerga usté estos pendiente de Emperatrí Ugenia... se quea usté con esta gargantilla de corale (¡misté qué coló de rosa más particulá!)... le pone usté en la mano este abanico de naca de talle arto y alospué ar brazo er mantón de Manila sangre de toro que me compró usté pa er Carnavá... me la lleva usté una noche a la caseta del Círculo de Labraore, y allá pa er Corpu nos veremos las cara... ¡Esa se casa ar chillío, cuantito se menee, y es un doló por custión de veinticinco o treinta duro no decí: ¡He tenío er gusto de casá una hija con un título de Castilla, ar me y medio de vestirla de largo!

De moo que ni una palabra má. Dié la mantilla, y ocho de la peineta, diciocho... Y ahora sei los zarcillo, dicinueve, veinte, vintiuno, vintidó, vintitré y vinticuatro. (No me acostumbro, na má que por los deo)... Tre der collá, vinticinco, vintisei, vintisiete... Y cinco del abanico (pero que no se entere naide der precio, porque lo que yo jago con usté no lo jago con naide), totá: dos onza

je oro, que eso se lo gana er señorito, na má que con mirarle una postilla ar primerito que venga a la consurta... ¡Lo que es pa cosa de burtoś y jinchazone, es que no hay otro en er mapa! Así n e que estaréi poderosísimo, y ar que le pese que reviente, que yo no he e sé.

¡Por qué no me compra usté este cojín y le da usté la sorpresa cuando entre en er despacho? Primero, de damasco a fió de cuño, y alospué, con sus indiciales y tó... ¡Misté qué letras, misté qué letras!... Y alospué, la gracia de esta paloma cogiéndolas con er pico... A, Anrique. Y C, Santisteban: ¡de moo, que ni de encargo!



Y CON EFECTO...

I

—¡Que yo me voy a Sevilla con mi tito Juan, que me va a comprá una bisleta y un movi!

—¡Chiquillo, bájate!

—¡Po no me bajo, ea!

—¿No oyes tú que te bajas?

—¡Po yo quiero i a Sevillal! ¡Po yo me voy, ea!

Y soltó la poderosa.

—Déjalo; me lo llevaré. Con eso lo ve madre...

—¿Dónde vas tú con un niño que no sabe ni vestirse... tan ruidosísimo como es..

—Anda; tres días se pasan de cualquier manera. De todos modos, tengo que volver el sábado, y mientras va y viene, no falta gente por el camino.

Y me lo traje.

II

—Tito, ese hombre ¿qué es?

—Un guardia municipal.

—¿Y manda mucho, tito?

—¡Muchísimo!

—¿Más que el rey y más que tó?...

—Más que el rey, no; pero manda ¡un disparate!

—¿Y pué meté empresó a la gente y tó?

—Al que dé motivo.

—¿Y motivo qué es, tito?

—Cosas malas, como para que lo metan a uno en la cárcel, decir picardías... no hacer caso de su mamá ni de su papá... pegarle a su Juanito...

.....

—Tito, ¿el Cielo de quién es?

—El Cielo, de Dios.

—¿Quién se lo ha dao?

—¡Él que lo ha hecho!

—¿Entonce, no había Cielo de ante?

—Antes de que Dios hiciera todas las cosas no había nada.

—¿Na, na, na, na?

—¡Na, na, na, na!

—Entonces, ¿qué comía la gente, tito?

—¡Si no había gente, hombre! ¿No te he dicho que no había nada?

—¿Y el mundo, tito? ¡To, to el mundo!
¿De quién es?

—¿El mundo? De los hombres; pero porque se lo ha dado Dios.

—Entonces, ¿las mujeres no tienen na? Po tita Flora tiene olivares y viñas y...

—Cuando se dice «los hombres» se entiende también las mujeres. Donde entran los hombres entran las mujeres.

—¡Po las mujeres no entran en quinta! ¿Y eso por qué, tito?

—¿Sabes que preguntas tú más que el Catecismo?

—Catecismo, ¿qué es, tito?

—Catecismo es... que te calles y no preguntes más... ¡Muñeco más curioso!...

.....
—Tito, los tranvías ¿por qué no tienen caballos?

—Porque no los necesitan. Míralo.

—Entonces, ¿quién estira de ellos?

—Una... fuerza que se llama electricidad...

—Y electricidad ¿qué es, tito?

—Eso; una fuerza que va por esos alambres...

— Y no se cae, tito?

—No, hombre; no se cae. Va... por dentro del alambre, y...

—¿Y de quién es los tranvías, tito? ¿Del hombre que cobraba el dinero?... ¿Y cuesta mucho dinero un tranvía? ¿Costará... dos duros?

—¡Mucho más!

—¿Tres duros?

—Por ahí, por ahí.

—Y tú, ¿por qué no compras un tranvía y arrepico yo la campanilla... y tú recoges el dinero, y me compras a mí muchos dulces y muchas pelotas y un movi, y le pegas goferás a tos los hombres, y...

—Porque el dinero no debe servir para eso. El dinero debe servir para cubrir las necesidades propias y hacer caridad con los pobres.

— ¿Y caridad qué es, tito?

—Dar limosna a los pobres por el amor de Dios... Toma esta perra gorda y anda y vé a dársela a aquel pobrecito ciego que está allí en la puerta de la iglesia.

—¡¡Ojú, me ha dicho «usted» y ero un chiquillo!

—¿Pues qué te ha dicho?

—Dios se lo pague a usted. ¿Pague qué es?

—Que Dios nos da premio por socorrer al prójimo.

—¿Y prójimo qué es, tito?

—Todos los hombres son nuestro prójimo, y los pobrecitos, con más razón.

—¿Y por qué está ciego, tito?

—Pues... porque se le pusieron malos los ojos, hasta que se le saltaron.

—¿Y le dolió mucho, tito?

—¡Figúrate!

... ..
 ¡¡¡Ojú, cuántas chiquillas!!! (Las niñas del Asilo que iban de paseo.) ¿Y toas, toas, toas esas chiquillas son de esa mujé? (¡La pobrecita hermana de la Caridad que las acompañaba!)

—No, hijo; cada una de esas niñas es hija de su madre y de su padre. Sino, como en la escuela del pueblo, sois muchos los niños y cada uno tiene su papá y su mamá, y el maestro no es padre de ninguno, esa

señora, que es una monja, como la que te regaló a ti esta mañana aquel escapulario tan bonito, es la maestra de todas esas niñas.

—Entonces, ¿por qué tienen toas los vestíos iguales?

—Porque así están mejor, y no hay riña entre ellas.

—¿Y cómo se llaman, tito?

—¡Vamos! ¡Eres imposible!

—Imposible, ¿que es, tito?

—Eso: lo que tú eres, ¡muy preguntón!

—Tito, la monja que me regaló el escapulario, ¿es mu mala, mu mala?

—¡Demonio! ¿mala una monja? Más buena... ¡vaya! que el pan. ¡Mala una monja!...

—Entonce, ¿por qué estaba encerrá?... Cuando yo ero malo, mi mamá me encierra en el cuartillo y me amarra a la máquina.

—Pues las monjas son santas, para que te enteres; y la que te dió el escapulario no estaba encerrada.

—¿Po pa qué tenía aquella ventana?

—Porque el convento es la casa de las monjas. ¿Y no hay una cancela entre el

patio y el zaguán de casa? Pues en la casa de las monjas también la hay, y las monjas se asoman por allí para hablar con la gente.

—¿Y quién la había achocao?

—¡Achocado, criatura!...

—¿Pa qué tenía arreatá a la cabeza aquellas... vendas?

—¡Cuando te digo yo a tí que eres capaz de apurarle la paciencia a un santol...

—¿Y paciencia qué es, tito?..

III

Y así desde que entró en Sevilla hasta que lo devolví «al lugar de su procedencia»: preguntándolo todo y ensartando las preguntas unas tras otras, sin cerrar aquel pico, ni de día ni de noche; entreteniéndome las más de las veces, aburriéndome otras y hasta desesperándome algunas, sin que hubiera santo en el Cielo que lo callara.

Y fué a nuestro viaje de regreso, allá por entre las estaciones de Sanlúcar y de Benacazón, cuando, rezando yo en el breviario y él enfrente de mí jugando con los

mil cachivaches que llevaba, me vino con uno de sus interrogatorios de costumbre:

—Tito, ese hombre, ¿por qué le hace bujeros a los billetes?

—Mira, déjame en paz, que estoy rezando y me distraes.

—Y me distraes, ¿qué es, tito?

—Lo que tú estás haciendo desde que naciste: quitarme la atención y apurarme la paciencia.

—Y paciencia, ¿qué es, tito?

—¡Pero eres... de remate!... ¡Toma esos caramelos y entretente! Y por Dios no hables más, porque te mato.

—Y entretente, ¿qué es, tito?

—¡Que te los comas y que te calles! Eso es entretente. Y como me preguntes lo más mínimo...

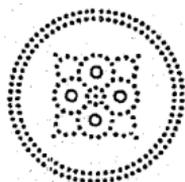
—Y mínimo, ¿qué es, tito?

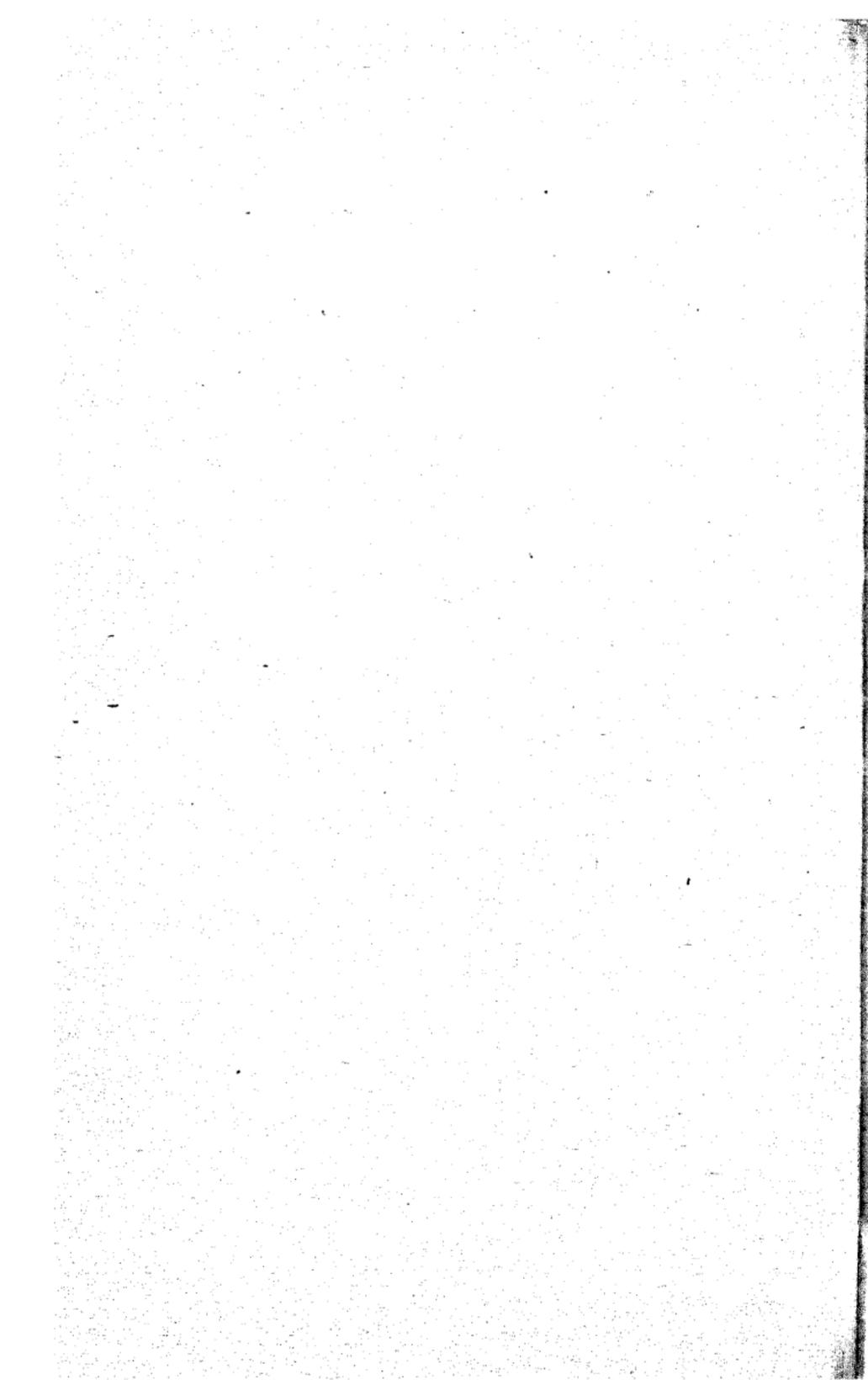
—¿Pero te quieres callar, por Jesucristo vivo?... ¡Mínimo es... fíjate! Que en cuanto me preguntes una palabra más, y en cuanto no te calles hasta Hinojos, ¡lo hago y lo retehago, aunque se hunda el mundo...

—¿Qué vas a jacé, tito?

—¡Que qué voy a hacer!... ¡Lo que debí haber hecho cuando íbamos para Sevilla!... ¡Lo que te estás mereciendo por preguntón! ¡¡Tirarte de cabeza al río de Aznalcázar!!!.

—¿Y está mu jondo, tito?





MISA DE CAMPAÑA

I

—¿El señor Muñoz Pabón?

—Servidor de usted.

—Ante todo; usted dispense que le detenga en la calle...

—Es usted muy dueña.

—Y que haga yo misma mi presentación: Aurora Flores, viuda de Vargas.

—Muy señora mía.

—Vi venir a usted, y dije: Yo voy a hablarle. Después de todo, no es para molestarle en lo más mínimo...

—Y aunque lo fuera.

—Sino para darle a usted asunto para un histórico.

—¡Pues figúrese usted la puñalada a traición que me da usted con ello!

—Pues allá va, y usted lo aprovecha o no, según le plazca. Lo único que le advierto es que es «de toda historicidad», como usted dice.

—Pues venga y Dios sobre todo.

II

—Ahí en el número 19, tiene usted su casa.

—En la calle de Abades, número 8, tiene usted una sucursal de ella.

—Muchas gracias, pero he dicho a usted donde vivo, porque entra por mucho en el «histórico».

Tenemos una muchacha para el cuerpo de casa, hará cosa de un mes. Y el domingo primero que le cogió sirviéndonos, como es de mi obligación, la mandé a misa.

Desde luego hubo que darle su pañuelo de seda negro, para la cabeza, porque eso, ya se sabe; peinecillos y porquerías, todas las que usted quiera. Pañuelo, o velo para ir a la Iglesia, perdone usted por Dios.

—¡Supongo que sabrás a la Magdalena, que está tan cerquita!...



—¡A je bél ¿Zi yo tonta quizá?

—Pues bueno; no pierdas tiempo, que están al caer las ocho... Oyes tu misa, y te vienes derechita, para que vayas por los calientes en cuanto los señoritos se levanten... Si por una casualidad estuviese el padre en el altar cuando llegares, espera a que salga otra misa, para que la oigas entera... ¡Y no te vayas a venir, en cuanto eche el padre la bendición! Después de la bendición, es el Evangelio de San Juan, que también pertenece a la misa, y después las tres avemarías y la salve, que por algo ha mandado nuestro Santísimo Padre que se recen.

De modo que ya lo sabes, ¡misa entera! ¡Y cuidado como te vienes sin traértela en el cuerpo!

—¿Entonce si me tardo...

—¡Así te den las ánimas de la noche! (Bastante tengo yo con mis pecados propios, para cargar con pecados de los demás!)

III

—Pues, señor, que se fué a las ocho, menos unos minutos. Desde luego con tiem-

po suficiente para llegar antes de la hora, porque, como usted está viendo, estamos a un paso. Desde luego que no estaría el padre en el altar.

Dieron las nueve, y sin venir. . . .

Las nueve y media, y lo mismo. . .

Las diez.... y las diez y media, ¡y que si quieres!. . . .

—¿Que le habrá ocurrido a esa criatura?...

Y empecé a desasosegarme, y hasta a llegar a temer que la hubiesen engañado y llevádosela por ahí, porque hay que ver cómo está el mundo y lo que es la ignorancia de esas criaturas.

En fin: que llamé a la cocinera; le hice que se pusiera su mantón y se plantificara en la parroquia, a ver si estaba allí todavía.

—¡Allí no está, señorital... He buscao por toas parte, y jasta por bajo mismo de los banco, y ni viva ni muerta, ni en cuerpo, ni en estampa. Esa, milagrito será que no se haiga inagenao, y haiga dío a pará con sus güezos ar Patrocinio de Triana!

—¡Pero si la Magdalena está muy

cerca! ¡Si no tiene pérdida! ¡Será que la habrán buscado para otra casa! ¡Todo; menos no dar con una mole tan grande y una puerta tan ancha!

IV

.....
Se levantaron mis hijos. Tomaron su desayuno. Se fueron a su misa de doce a la Catedral, y a todo esto la muchacha sin parecer, y yo volada.

Mando a la cocinera a misa de doce a la parroquia para poder ir yo luego a la de una en el Salvador—en mi casa, gracias a Dios, oye misa hasta el gato—y cuando vuelvo de misa, que por cierto alcancé por los pelos, me la veo entrar por las puertas muy cariacontecida.

—¡Pero muchachal, ¿qué te ha pasado?

—¡Nál!

—¡No; nada, nó!

—¡Nál... ¡Que endeje que me fui, a la hora esta no ha salío ningún padre!

—Mira, todo me gusta a mí menos

embustes... ¡Imposible que en una parroquia de las de más misas en toda Sevilla no haya salido una en cerca de seis horas que hace que te fuiste!... Además, Isabel ha estado allí a buscarte, y luego en la de doce. Conque ya ves, como se coge primero a un embustero que a un cojo.

—¡¡Po como hay Dió en er cielo !...

—¡A mí no me jures tú, ¿estás?!... Se dice sí o no, como Cristo nos enseña... Y con decir la verdad se va a todas partes.

—¡¡Po como hay Dió en er cielo!!!...

—¡Y dale, bola!

—¡¡Que no me he meneao de allí, endeje que llegué!!!... Fí y me sente en un banco, y lo que toca allí, no ha salío misa ninguna.

—¡Insistes, por lo visto!

—¡A vé! ¡Como que es la verdá, y con la verdá se va a toas parte!... Yo allegué, ¿sabusté? y me senté en un banco, ¿sabusté?... y hasta me presiné, ¿sabusté?

Po señó: que está, que está, y esojandítome viva, a ve si salía un padre, y lo que es allí, señorita, ¡allí no hay ná, más que cochel... ¡Güeno!.. Y argunos trenvía, pa que er demonio no se ría de la mentiral

—¿Pero dónde demonio has estado, criaturita de Dios?

—¡A vel ¡¡Ande usté me dijo!! ¿No me dijo usté que me fuera a la Madalena, y que no me meneara de allí jasta que saliera un padre, asín fueran las jánimas'e la noche? . . . ¡Po unos pocos'e padre asomaron la jeta por allí! Ahora: que tós, tós, tós, ¡tós pasaban de largol...

V

—¡Había tomado la plaza por la parroquia, por lo visto!

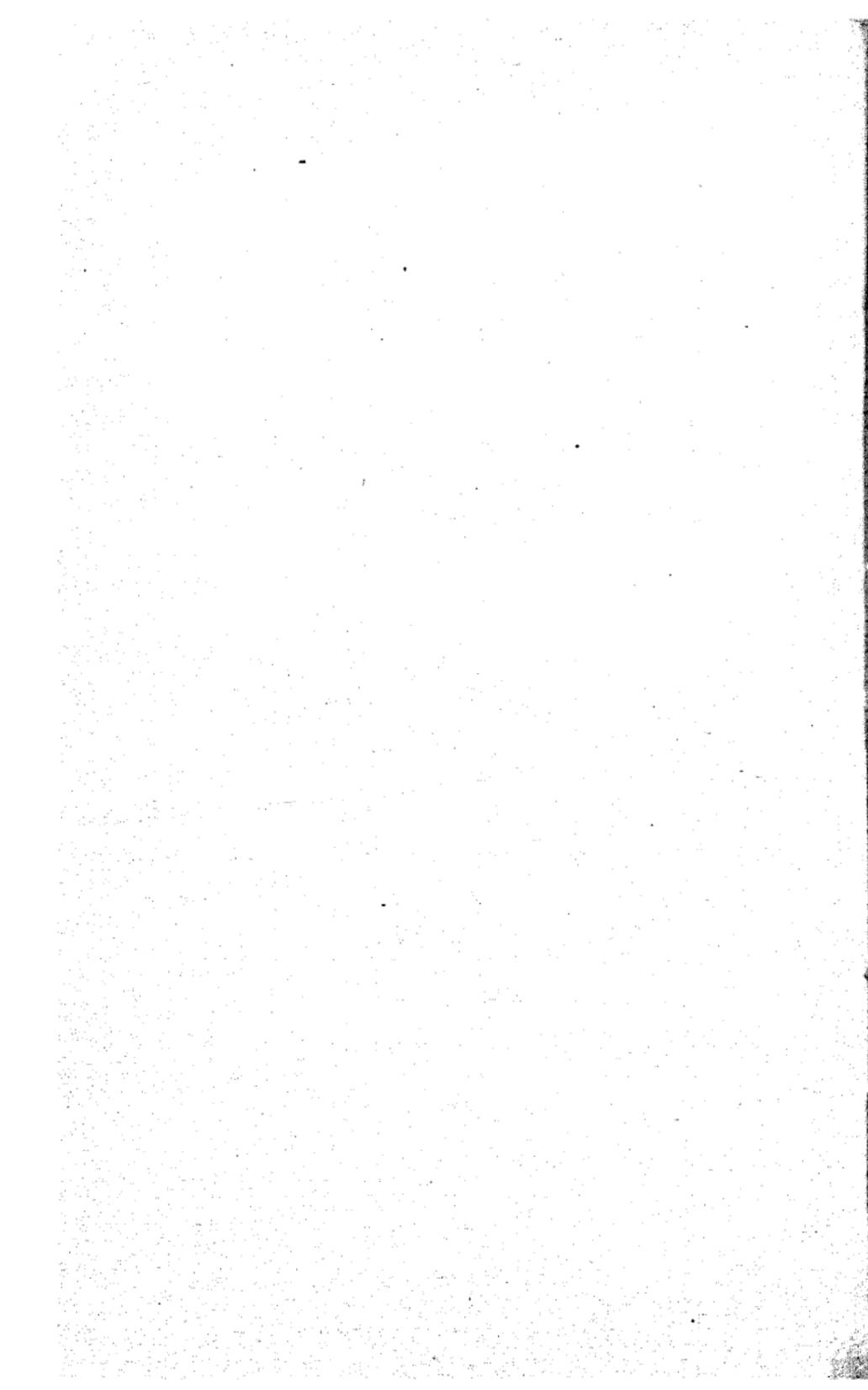
—¡Sí, señor!

—Pues nada: lo publicaremos y, para que lleve algo mío, le pondré el título..

¿¿....??

—Pues... «Misa de campaña».





SUERTE DE LAS CRIATURAS

I

Oír la maestra Rosa pregonar: «¡Er gordo y dos más se pagan en Sevilla!—y sentir un amago de apoplejía fulminante, fué todo uno. ¡Si quisíá er Divé der sielo que fuá er suyo!...

Y se asomó al ventanuco del tercero, donde en compañía de su consorte, el maestro Rafael y cinco churumbeles vivía... de milagro. Figúrense un zapatero remendón las casas con azulejos que podrá hacer, con siete bocas que tapar y siete cuerpos que vestir, y no diremos que catorce pies que calzar porque allí no se calzaban más que los del matrimonio, y eso por la «bendita» pública... ¡y con tó tan recaro, Dios eternal

No le quiero decir a usted, por consiguiente, lo de cábalas y castillos en el aire que haría todas las noches el matrimonio, desde que el montañés de la esquina les dió dos realazos de participación en el décimo de la lotería de Navidad.

—Ná, ya lo sabes. Er día der sorteo, endeje que Dió eche sus luce, yo en er telégrafo. Y como venga premiao, me tomo una jumera, que entre cuatro me van a tené que traé. Y lo primero que me tiras por la ventana a la calle, pa no verla yo má, es la banquilla, que mar rayo la parta, con tos los utensilios e el oficio, encomenzando por la lerna y acabando por er tirapié... Andispués la cazuela mardecía, a ve si quié Dió que se desencaste e chícharo de una vé, porque son muchos potaje tresciento sesenta y cinco potaje anuá, y trescientos sesenta y sei los bisiesto, y lo mismo me jaces con las sillas, siquiá pa que cojeen con razón arguna vé, y anjolá había una cómoda y un sofá pa que jicieras lo mismo. Yo, con que me quees tú, santa Mujé Verónica, y esos cinco claveles isiplinaos, no quió má en este mundo ni en el otro.

Lo primero, un hoté en la Parmera, con su urtumovi a la puerta, que llueva que ventee. Nuestra caseta en la feria tos los años, que riéte tú de la der Círculo de Labraore, y en caseta habrán de darno los bistele y las tortilla de güevos con espárrago. Alospué yo mi güen terno nuevo a tos los día y tú jasta tu sombrero y tu velillo, que la señorita Rosa te tienen que decí. Los niño, su tritufí, pa que apriendan er francé y er piano y de tó lo que Dios crió, los angelito, y apenita pase er Corpu, ya estamos en Chipiona, y quien dice en Chipiona dice en Cáí, pa no gorré a estos calore de este Sevilla jasta allá al reó e los Santo.

De moo que cuando yo entre no haiga títere con cabeza en la sala ni en la arcoba: que pa comé en la venta Eritaña y cená en la pastelería no es semenesté cazuelas espicás ni cucharas e petre. ¡Digo yol... ¡Y que mañana se juega! De moo que ncs alevantamos infelice, y a la hora de acostarno er Banco potecario. ¡Y que no va a sé jumera, Rafaé!

II

Y estar que estar en la ventana la maestra, sin ver ánima viviente con quien cambiar impresiones, sino un chiquillo corriendo como una exhalación, vociferando si tenía que vociferar ¡Er gordo y dos más se pagan en Sevilla!, y a poco unos murguistas hacia el lado de la tienda del montañés, «acometiendo» los primeros compases del vals de las olas.- ¡¡La Virgen de la Esperanza y Jesús del Gran Poder!! ¿...?

Y aquel diantre de hombre sin venir, ni por sus pies ni entre cuatro, y ella muerta de ansiedad y sin saber qué hacerse...

Lo de menos hubiera sido comprar un listín para salir de dudas. Lo de más era que no sabía leer, ni recordaba el número... ¿Cuándo se moría una, Dios Eterno?... ¡Hasta que vió venir a Rafael entre cuatro!... ¡¡Madre suya de los Reyes, y que alegría tan regrandísima!!

III

Loca, frenética, entre histéricas carcajadas y fermatas de llanto, la maestra Rosa empezó a tirar chismes a la calle, hasta no dejar uno: la cazuela, los platos y una olla...; las sillas, las cucharas, el cogedor y la escoba...; la banquilla, por supuesto, con todas las herramientas del oficio, y un cuadro con el retrato de Belmonte de sobre la cabecera de la cama..., los peines y la aljofifa..., una ponchera de cristal que les había salido en una tómbola y un aparato de luz de acetileno. Lo único que respetó fué la guitarra, y eso porque era la mitad de la vida del consorte. No tiró los chiquillos porque era madre.

IV

—¿¿Qué has jecho, mardecía??

—¡Tirarlo tó a la calle, pero tó, tó, tó!

¿No queamos en eso?

¡Si no nos ha tocao por un número!

—¡Anda y no seas bromista! ¡¡Decí que no nos ha salío, y vienes entre cuatro!

—Porque me he rompío una pierna de la patá. Ar ve que no nos tocaba por un número, dí una patá en er suelo con toas mis ganas, y ¡míala! toa arrecorgando como un lárvalo.



CUESTION DE SITIO

I

Se apeó de la burra. La amarró del cabestro a la voleada reja de la ventana de la casa del doctor, y se entró por el zanguán como trasquilado por iglesia.

Aunque el cerrado portón tenía su al-dabón correspondiente, él no se anduvo con chiquitas. Sino largó dos garrotazos en la puerta, que hizo retemblar la casa.

—¡La pa je Dió, en esta santa casa!

—¿¿...??

—¿Está don Luterio?

—Acabando e cená está..

—Po dile que está aquí Calostro, pa avisarle pa un enfermo.

II

—Que era semenesté, por lo que juera, que se viniá usted conmigo a la Jesa Boyá, a

ve a mi padre, que está mu malito...Tié una tosiguera endeje antier tarde, que está tuese que tuese, como si estuviá a jorná, y lo peó e que pierde jasta er sentío, que se nos ha queao dos o tres vece entre las mano, como si estuviá en el otro mundo. ¡Yo creo que está en el apure el infelí, y que cuando le dé otro ataque y güerva en sí, ya va a está muerto! De moo y manera, que era sementé que se viniá usted conmigo y le mandara usted argún remedio; porque no es cosa tampoco dejarlo que se muera en un rincón, como si no estuviámos entre cristianos.

—Lo que tiene tu padre, Manuel, no es cosa que se cura con medicinas... Tu padre está en el último período de la tuberculosis—tisis, como ustedes la llaman—, y para eso no hay más remedio que un milagro de Dios. ¡Para qué voy a ir, con la noche que está haciendo? ¡Tendrá que ver esos caminos y esa pasada de ese arroyo! Así, pues, lo que vas a hacer ahora mismo, es llegarte a la botica por lo que te voy a recetar; y mañana, si Dios quiere, cuando haya terminado las visitas, me montaré en mi caballito y me tiraré las dos leguas al coletto... ¿No

es la choza que se ve desde El Sotillo, conforme se pasa el álamo redondo?...

—¡Sí, señó! Allí tiene usted su casa.

—Pues bueno—y recetó.—Te llegas a la botica. Te darán una cajita con doce píldoras...

—¿Eso a moo 'e pelotillas?

—¡Eso a moo 'e pelotillas! Le dais dos cada dos horas, y si no se le calma la tos, a cada hora,.. Más no, porque tienen opio, y pudieran hacerle daño si se abusara. Lo otro es un cáustico para el pecho; y ese, se lo aplicáis en cuanto llegues... Si le duele, como si no le doliera, y que se aguante con él, hasta que yo vaya por la mañana.

—¿Pero va usted a dí de verdá?

—¿Cómo se dicen las cosas, hombre? Si no pensara ir, te hubiera dicho resueltamente que no. Es que no lo creo preciso, porque sé lo que tiene y puedo desde aquí hacer la primer receta. Descuida, que mañana, entre once y doce, estoy allí, más fijo que el reloj.

—Po quee usted con Dió, y usted perdone.

—No hay de qué.

III

Serían las tres de la madrugada. El bueno de don Eleuterio dormía a pierna suelta dando cada ronquido, que vayan con Dios las contras de todos los órganos de todas las Catedrales... Era una especialidad. Cuando héte aquí en la ventana unos fuertes garrotazos, como los tableteos de una tormenta.

¡Tras! ¡Tras! ¡Tras!

—¿Quién es? ¿Qué ocurre?

—¿No me conoce usted, don Luterio?

—Yo, no; ¿quién es?

—¡Yo! ¡Manolillo Calostrol, que er probecito e mi padre está en las última; y como usted no vaya, pero ahora mismo, se muere er probecito sin decí Jesús... Allí está revorcándose en la cama el infelí, como si tuviera un perro en la boca del estógeno. La tó se le ha quitao, ¿sabusté?, pero se ha

echao a morí, como si se lo hubián mandao de penitencia. ¡Ay, qué lástima de hombre, en la fló de la vía como quien dice!

—Pues espérate: me vestiré... Entra y vete a la cuadra, y aparéjame el caballo mientras me visto... ¡Y que está la nochecita como para bordar al lausí!... ¡Tú! ¡Matilde! ¡Dónde demonios está el impermeable?... ¡Y para seis mil reales indecentes de titular, que así y todo no se cobran!... ¡Si es una delicia ser médico de pueblo! Estudie usted una carrera y ostente usted una borla de doctor, para estar a merced de todo un pueblo, y que un tiranuelo de campanario lo sitie a usted por hambre... ¡Y hay ministerio de Gobernación! ¡Un cuerno retorcido es lo que hay!...

IV

Y como Dios les dió a entender, atravesando fangales y vadeando arroyos, en medio de un aguacero contumacísimo, que se resolvía en un chorro como el de un grifo en el rabo de las bestias; trochando por aquí,

y desandando por acullá, por entre pinos y encinas, acebuches y alcornoces, llegaron a la explanada del Sotillo y dieron vista a la choza del paciente.

Todavía otros diez minutos de camino, y unos ayes y alaridos, como los de un alma en pena, despedazando el silencio de la apretada noche.

—¡Ay, Madrecita mía del Rocío! ¡Que no pueo má!... ¡Ese pícaro hombre me ha matao!... ¡Con razón le han puesto por mar nombre Matapobre! ¡Porque esto es matarlo a uno en despoblao! ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Madre del Rocío de mi arma, que doló tan atró! ¡Aaayyyy!... ¡¡Ayyyyyyy!... ¡Por Dió, matarme!... Por lo que más quiérai en er mundo, pegarme un tirol ¡Ayyy, que esto es el infierno en vía, y a lospué toas las penas e er purgatorio, de cominitos! ¡Ayyy! ¡Ayyy!...

V

Y el bueno de don Eleuterio se apeó del caballo, sin decir pío, y penetró en la

choza, tan complaciente. Conocía al dedillo la urbanidad y cortesía de su clientela, y «spoach» más apologéticos había escuchado cien veces en su carrera.

—¡Conque vamos a ver, hombre!... Vamos a ver a qué vienen esos lamentos. El cáustico, ¿no es verdad?

—A la juerza tié que sé.

—Ya lo advertí a tu hijo que dolía; pero que no es para tanto.

—¡Conque no, ¿verdá usted?! ¡Po lo mismo fué tomármelo, que emprecipiá a rabiá, como si fuan veinte lobos los que me estuvián mordiendo en la boca del estógamo!...

—¿Pero...

—¡Ná!: que lo jice tiras con la navaja, porque entero no me lo podía tragá, y me las fí engullendo poco a poco, y, ¡Dios!, qué cosa más fea y más repegajosa...

—¡Pero hombre de Dios! ¡Si eso era para el pecho!

—¡Toma! ¡Po porque era pa er pecho, me lo tragué! ¿Tengo yo quizá argo malo, ni lo he tenío nunca, na má que er pecho, y ahora el estógamo, por habérmelo usted efaratao con esa melecina pa alifantes?...

.....

TERNURAS MATERNALES

*A la señora doña Asunción Oria,
en atestado de gratitud, por la bon-
dad con que me lee.*

I

—¿Qué quiere usted que traiga? Er doló más regrande, que pué tené una madre en este mundo... ¡Un cuchillo, jincao en er corazón, como la Virgen de los Dolore, que, como usted no me lo arranque, me muero sin santolio! (Llora.)

—Bueno, siéntese usted y serénese y hable... Todo tiene remedio en el mundo, menos la muerte.

Y se sentó en el sofá que tengo en el despacho, poniendo sobre la mesa de centro una cantarita verde, como de medio litro de

cabida, con tapadera de corcho perfectamente enyesada.

II

—Po verá usted. Como usted sabe muy bien, tengo a mi hijo de novicio en el convento, que usted le andó los pasos pa que entrara; pero lo que usted no sabe es la pasión que tiene por el arroje, el arma mía,

Po güeno: con la uva tan recara como ha estao ogaño—¡ya ve usted, a diez reale! —po apenita, apenita, si ha jecho nadie arroje. Na má ancá señó Pepe, el Rico Nuevo, que han jecho su par de arroba, y ancá Manuela, la Poderosa, que han jecho otro poquito.

Y como una, aunque esté mal que una lo diga, es la que mejón lo jace en tó er pueblo (mejorando lo presente), po me han llamao a mí pa que lo jaga.

—Po güeno; como es costumbre regalarle un platito a la arropera, po he poío arrecogé pa llená esa jarrita.

¿Y pa quién en er mundo, don Juan de mi arma, sino ¡pa mi corazón! que tantísimo le gusta al arma mía y que tan remortificáito vive el infelí, con esas penitencias tan regrandes que se ha echao encima por vitalicio?

Asín es que con las mismas, he salío der pueblo esta mañana, en er caballo de San Francisco Y un rato a pie y otro andando, con un tostón por junto y una sardina jarenque, que me dió Mariardoló, Dios se lo pague, me tiré mis siete leguas ar coletto, con mi tarrito de arropo entre las mano, como Santa María Madalena, con su pommo de inguente. (Llora... y yo le hago el dúo.)

—Po señó: que me lleo a mi convento, muy joronda..., que le digo al hermano portero que po lamó de Dio, que me lo llame..., que viene a la portería mú diligente... ¡y me dice mú reuto que no pué recibí ni una ser de agua, sin permiso der superió, y que él no píe permiso pa una cosa de... ¿Cómo fué la nombradía que le dió, María Belén?... ¡Ah! ¡Ya: sí: pa una cosa de regalo, o pa er regalo de los sentidos... ¡Misté

que expresión, misté qué expresión!... (Llora, y me reconstruye este diálogo.)

¡Anque no sea na má que mojá er deo, mi corazón!

—Sin permiso, no puedo, mamá.

—Po anda, vé y píelo, ¡siquiá por er trabajito que me ha costao ganarlo pa traértelo, pa que lo pruebes!..

Jasta que se infaó conmigo, diciéndome que anlugá de ayuarle a su sarvación eterna había venío a ponerle ramas en el portillo... ¡Misté que puñalá en er corazón de una madre, (llora) cuando por su sarvación, me he desprendío de él, con tantísima farta como me jace; ¡arrancándítomelo de las entraña, que otavía me está doliendo el estirón!

Po güeno, y este es er quí; ¿cómo me como yo en er mundo una tajailla de este arrope, pa que se me eche un núo en los tragaero, ni cómo se lo regalo a nadie, con tantísimo como le gusta al arma mía?... ¡Mejón lo tiro ar caño cincuenta vece, que consentí que lo pruebe ¡ni su padre, que esté en gloria; anque viniera del otro mundo por una tajaíllita pa salí de pena! ¡Conque

a ver, señó don Juan, cómo me gobierna usted esta esaborición tan regrandísima! (Pausa).

—¿Y usted no ha visto al padre Superior?

—¿Cómo lo había de vé si me recibió con dos tejas, diciéndome que oracione era lo que er quería y no tarros de arropo ni chupeteos?... ¿Usté sabe lo enviciao que está esa criatura en la virtud, y lo a pecho que ha tomao lo de la santificación?... ¡Como si no fuá posible amar a Dios sobre todas las cosas y comé arropo!

—Pues nada: ya veremos cómo se puede arreglar. Déjeme usted aquí el arropo, y váyase tranquila. El padre Superior es un santo y se pondrá en lo justo de la cosa.—

—¡Si fuá madre, usted vería!... ¡Lo que tiene es que...!

(La criada, desde la puerta.)

—Dos frailes, preguntando por usted.

—Que pasen... Váyase usted a la cocina, mientras despacho con ellos.

• • • • •

III

—¡Hombrel ¡Ni a pedir de boca!... Casualmente iba a ir a ver a usted, y se me entra por las puertas.

—Usted dirá.

—Pero, siéntense.—Y lo hacen.

...
—¿Qué tal va mi novicio?

—Hecho un San Luis Gonzaga; lo más mortificado y lo más observante que ha entrado en el noviciado. Dios le conserve la vocación.

—¿No le ha dicho a usted nada de la visita que ha tenido hoy?

—Sí: su madre, que ha venido del pueblo, la pobrecita, y hasta andando.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Entonces, ¿no le ha dicho a usted nada de un tarrito de arrope?...

—No, señor: ¿qué?

—Que la pobre le ha traído este tarrito, que ha podido reunir con mil trabajos,

y el hombre la ha despachado con viento fresco.

—Es lo primero que sé.

—Pues ese arropo, Padre, es preciso ver el modo de que llene «el fin alto» para que ha sido traído... ¡Ese tarro es un poema de amor maternal, y es menester que ese hijo se lo coma, pero sin dejar rebañadura! Usted tiene talento suficiente, y a la vez que talento, corazón, y verá la manera de que sea... Usted ha tenido madre, ¿no es verdad? Pues a acordarse de ella y a mandarle ese sufragio.

.....
 Y seguimos hablando de lo que motiva su visita.

IV

—El hermano novicio me dirá en virtud de qué santa obediencia ha rechazado una limosna, hecha por amor de Dios.

—¡Padre, perdón!... Me pareció que eran mimos de mi madre, atentatorios contra la santa virtud de la mortificación religiosa, y me creí en el deber de rechazarlos.

—¡Pero sin consejo alguno, ni obediencia de nadie! ¿No es verdad?...

—¡Perdón, Padre! ¡Perdón!!

—Perdón, sí; pero perdón, con penitencia proporcionada.

—¡La que me imponga Vuestra Caridad!

--Pues vaya, ¡pero ahora mismo! y pídale al hermano refitolero un plato, una cuchara y un cuarterón de pan.

.

V

—Ahora, vuelque en el plato esa cántara de arropo.. ¡y a comérselo todo, de rodillas, sin dejar gota!... ¡Así!... ¡Para que aprenda en lo sucesivo a no volver a tomarse la justicia por su mano!

Recuerde las palabras del Santo Evangelio: «Mejor es la obediencia que las víctimas»... No hay sacrificio agradable a los divinos ojos, si no va envuelto en el humo del incienso de la obediencial

VI

—Mire usted lo que me escribe el Padre Superior.

—¿.....?

Mi respetado y querido señor Lectoral: Nuestro novicio se ha comido el arropo, no dejando del tarrete más que el vidrio.

Dígaselo usted a la madre, para que tenga la pobre ese consuelo.

Muchas gracias por el opúsculo del Cristo de Limpias.

Suyo, afectísimo en Cristo Jesús,

Firma.

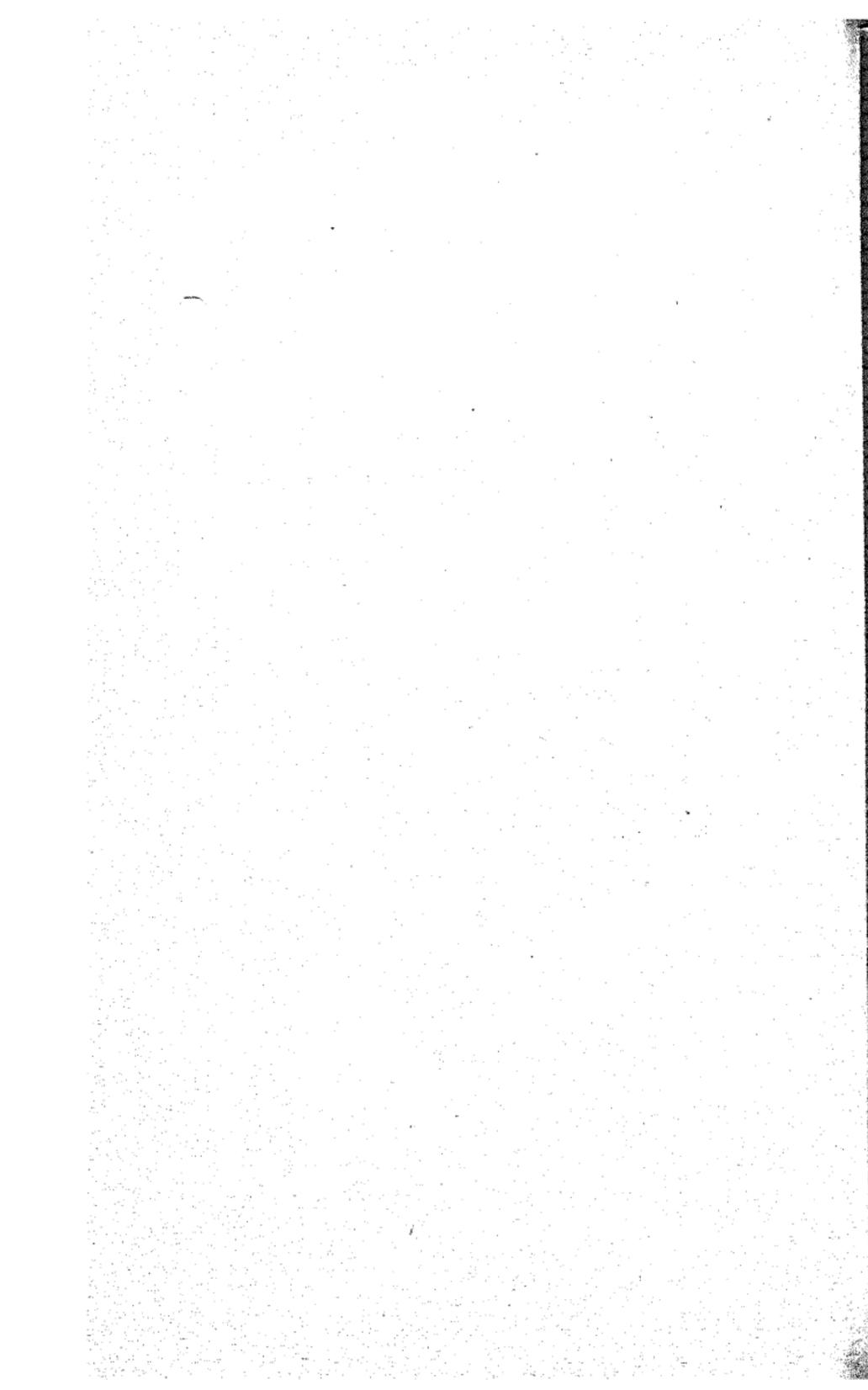
Y fecha.

VII

Y creí que a la pobre madre le daba algo.

—¡Como una es madre!—fué todo el comentario.





PROPOSITO DE LA ENMIENDA

I

—¡Que se llegue usted volando a la taberna de la esquina, que er Chicote está armando una escandelera de las 'e Dios es Cristo!.. Le ha dao por rompé botellas y por tirá vasos a la calle, ande tiene armá una que ni la de San Quintín... ¡Y que es menúa la pea que tiene encimal ¡Dios! ¡Y qué borracho más sinvergüenzal... ¡Conmigo podía dar, si fuá yo municipá como usted: que le iba a dar más gofetás que se dan en la vía sacral... ¡Oye usted la trapatiesta?... ¡Adiól ¡Hasta las cucharillas 'er café, roando por los suelos!...

II

—Hombre, Carmona: ¡ar propósito! Vamo a vé si empapelamo ar sinvergonzón de Chicote, que me han venío a avisá que está haciendo de las suya en la taberna de Casimiro er de la esquina... ¡A vé si lo metemo en la casilla (1) jasta que las ranas críen pelo!

—¡Po dí tú que nos ha venío Dios a vé con la capellanía der tar Chicote! ¡Un día sí y el otro también, y er de enmedio! ¡Totá!, que no gana uno pa carsao, de llevarlo cá lunes y cá martes a la casilla.. ¡Po lo que es esta se va a acordá, como Manué me llamo!... ¡Me vy a queá dormío dándole gofetás!

—Po a mí me gustan más los purgarones, pa que tú veas. Un purgarón, bien dao, jace lo suyo, y no escandaliza tanto.

—¡Cuestión de gustos!

.....

(1) La prevención municipal.

III

—¿¿No oyes tú que a la casilla??

—¿No oye usted que no me da la rear gana?

—¿¿Cómo que no te da la rear gana, so sinvergüenza??

—Es que a parroquiano como yo no hay que fartarle al respeto, ¿sabusté?... Yo iré a la casilla y ande sea menesté... pero con güenos modo y con prencipios... ¡como van los caballeros!... Ahora, con malos modo, ¡ni a arrecogé moneas e cinco duro!... Yo no le he fartao a usted, ni le he fartao ar señó... Y yo lo que soy capá ahora mismo es de echarle una conviá a usted... y otra ar señó... Y cuando tómemo, que tómemo, la espuela, vy yo con ustedes do, ande usted quiérai, aunque sea la fin der mundo... Porque ustedes sei dos municipale mú simpático... mejorando lo presente, y sabiendo estinguí, porque hay pupila; y ahora mismo le vy a dá un pitillo a ca uno, que tós los oficios quieren tabaco.

—¿No oyes tú que te guardes esa petaca y que árríes palante?, ¿o crees tú que vas a comprá a la utoridá por un cigarro e colillas, contimás y mucho?

—¡Es que yo tengo gusto en que jumento de lo mío; que me parece que estoy en mi derecho de jacé de lo mío lo que me dé la gana sin fartarle a nadie, ¡creo yo! Y que si de desagradecíos está el infierno lleno, yo no tengo la culpa.

—¡Güeno!... ¡A dí agüecando el ala, y a corré más que er tío e la lista, y que tengamo la fiesta en pa... No vaya a sé como el otro día, que te tuve que meí lo jocosos! Así pues,

Como que sale de tí
pregúntale si me quiere...

po, como que sale de tí, ya pues dí arreando...

IV

—Güeno... Po a mí no me vayai a llevá ustede como el otro día, con la lengua fuera,

como er que va a apagá un fuego... ¡Me parece que no le corre a uno tanta priesa que lo metan en la casilla, pa salí esatentao como er que va a avisá pa er santolio!... Espacito y güena letra, decía mi señó padre que esté en gloria... Ay, parecito e mi arma!... ¡Quién te había de decí que el hijo de tu centrañas y de tu corazón se iba a ve traío y llevao por malas lenguas, y conducío por do sayones como un reo de cuenta!... ¡Si alevantaras la cabeza y me vieras, padrecito de mi arma! ¡Tan güeno!... ¡Tan honrao!... ¡Tan cabál!... Porque me río yo de tititos los frailes de San Güenaventura, comparaos con este santo varón..., porque yo soy un santo varón... ¡Un santo varón!... ¡Eso!... ¡Un santo varón! Porque yo, güeno pa mi mujé...; porque yo, güeno pa mi cuñá...; porque yo, güeno jasta pa mi suegra, que jasta las lágrimas me se sarta de considerá lo güeno que soy... ¡Y verme perseguío por la inquisición... ¡Eso! ¡La inquisición!... ¡Y que lo digan ustéde: la inquisición... Porque esto no se jace entre cristiano; ¡meté a un hombre en la carcê porque le guste er vino! .. Porque ¿pa qué ha criaio Dios la uva, amos

a vé?... ¡Po pa que haiga vino en las taberna!... Y ¿pa qué hay vino en las taberna?... ¡Po pa que lo beban las criatural! ¿Pa que va a sé? ¿Que se le sube a uno a la cabeza?... ¿Y eso lo pué nadie remediá?... Güeno: pocos arrempujone, que no pué andá lo mismo un hombre pintoncete que un hombre frescol... Si tanta prisa le corre a ustedede llegá a la casilla, dirse ustedes pa allá, y palabra de caballero que, aunque sea a las ánimas e la noche, yo apareceré po allí... Primero, la verdá: quisiá pasarme por mi casa pa llevarme una armohá y a despeírme de la familia, por si se trata de una quincena, como pa Semana Santa... Ustedede seis esposos y seis yerno, y comprenderéi que alospué toas son intranquilidae pa la familia, cuantito uno se tarda...

—¿No oyes tú que palante?...

—¡Es que pa eso no es semenesté da purgaronel... Que aunque tenga yo mucho gusto en recibirlo, se pué ustedede escoyuntá er deo, y peírle al arcade, por mo de mí, arcidentes der trabajo...

—¡Amos pa allá, amos pa allá, si no quies que te junda otra costilla!

—Pero sin prisa ¿eh?... ¡Lugá hay en tor er díal

—¡No me enrites, Chicote, no me enrites!... ¡Miá que tengo las er beri, y no te quió esnuncá!...

—¿Amenacitas a mí? ¡Po ahora si que no llegamo jasta el año e'la nanal (Cantando.)

«¡Mira niño, que la Vigen lo ve todo, y que sabe lo malito que tú eres, que queriéndote yo a tí con fatiguita...

—¡Conque con fatiguitas! ¿No verdá? ¡Po toma fatiguitas, jasta que se te encaje el estógamol

.....

V

—Pues na: que una quincena, y que le pías a Dios que no haiga que emparmártela.

VI

.....

—Haga usté er favó de decirle ar señó

comisario que está aquí André Montilla y Vázque (alia er Chicote), que acaba de cumplí su quincena como Dios manda, y que tiene necesidá de hacerle una pregunta de interés.. Dos palabras na má, ¿sabusté?

VII

.....
 —Usté dirá.

—Cuando hay que traé un borracho a la casilla ¿qué es lo prencipá?... ¿Er borracho o los municipale?... Porque yo he creío siempre que es er borracho... Quantito no háiga borracho que conducí, ya están de má los municipale en er grupo, ¡creo yo!... Güeno, po ahora quiero yo que me diga a mi er señó comisario qué condurta hay que seguí: si es er borracho er que tiene que andá ar paso de los municipale, o son los municipale los que tienen que andá ar paso der borracho...

¡Lo digo pa mañana o pasao, que se le ofrezca a uno vení otra vé!

.....

PISTA DE UN CRIMEN

I

¡Horrendo! ¡Horrendo de verdad había sido el último atentado terrorista!

El ruido de la detonación del petardo había repercutido por toda la barriada como los tableteos de una tormenta... En la calle no había quedado cristal vivo... La fachada de la fábrica había sufrido horribles desperfectos... La casa de enfrente amenazaba ruina, y lo que llenaba el pecho de indignación y hacía que los ojos se preñasen de lágrimas: dos inocentes niños, de diez y de once años, respectivamente, que pasaban a la sazón camino del colegio, habían sido horrendamente destrozados; el uno, con la cabeza arrancada del tronco y arrojada por encima de la baranda del balcón de un ter-

cer piso, y el otro, convertido todo él en una masa informe de carne magullada, intestinos desgarrados y esquirlas de huesos.

¡Ah! ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo habíamos de permanecer a merced del furor de una horda de hienas sin entrañas, que se gozaban en el mal por el mal mismo y que, contando con la punible apatía de los poderes, seguirían en su carrera de destrucción y de muerte, siquiera fuesen pobrecitos niños inocentes e indefensos las víctimas de su crueldad y su barbarie?

¿Se habían hecho pesquisas por descubrir algún rastro que llevase al cubil a la fiera?

Los crímenes no se cometen ellos mismos ni los petardos estallan por sí solos. ¡Cada crimen supone un criminal, y las autoridades son las llamadas a dar la batida que extermine a la fiera de una vez, o a lo menos la amedrente y la acorrale!...

Tal decía, sobre poco más o menos, la gacetilla periodística que, con el título de «Un petardo en la puerta de una fábrica» le leía el doctor Bocanegra aquella noche a su mujer, quien con su hijo Pepín en el regazo

para adormirlo, oía consternada la narración, acordándose ante todo y sobre todo de la madre o las madres de los pobrecitos nenes tan bárbaramente despedazados.

Pepín, que tendría sus seis años, y que empezaba a darse cuenta de las cosas, también se enteró del pe a pa de todo lo horroroso de la catástrofe, sintiendo escalofríos de terror al imaginarse aquella cabecita cercenada del tronco y remontada a lo alto de un balcón donde había quedado detenida como pelota que se «embarca», y aquella otra espeluznante papilla de entrañas y de huesos entre charcos de sangre...

II

(Observación del narrador.)

Punible es la ligereza con que se suele hablar delante de los niños de todo lo de este mundo y lo del otro, como si tuvieran oídos y no oyeran.

Los niños no tienen para qué saber de muchísimas cosas, y una de ellas es esa serie de truculencias terroríficas que impreg-

nan esa sección que a la criminalidad ambiente dedican los periódicos. La imaginación de los niños es como blanda cera donde todo se graba al menor esfuerzo, lo mismo lo bueno que lo malo, lo plácido que lo terrorífico, y será el mejor pedagogo aquel que más aquilate y alambique lo que puede oír un niño impunemente.

Po lo que toca al suceso que nos ocupa, el nene se espeluznó con el relato; y echárasle un galgo al sueño, para el que su amorosa madre lo arrullaba.

A la nanita, nana,
Mi niño duerme;
Con los ojos abiertos
Como las liebres.

III

—¿Se puede?—dijo una voz femenina desde la puerta.

—¡Adelante!—y avanzó una señora muy emperejilada, con todo el rigor de la moda encima.

—¡Inés!—exclamaron a una Bocanegra y su señora, aquelsaliéndole al encuentro, y esta otra intentando levantarse, para abrazarla.

Por cierto que lo mismo fué ver el nene entrar en escena a doña Inés, que abalanzarse al cuello de su madre todo convulso: —¡Mamá, mamá!—desencajando las ojos con un horror sin medida, mientras la autora de sus días y doña Inés se abrazaban y besaban—. ¡¡Mamá, mamá!!

—¿Pero qué tienes, mi corazón?—le preguntó la doctora al verlo hundir la cabeza en su regazo, mientras le sacudía del cuerpecito un temblor como de perlesía y le castañeteaban los dientes.

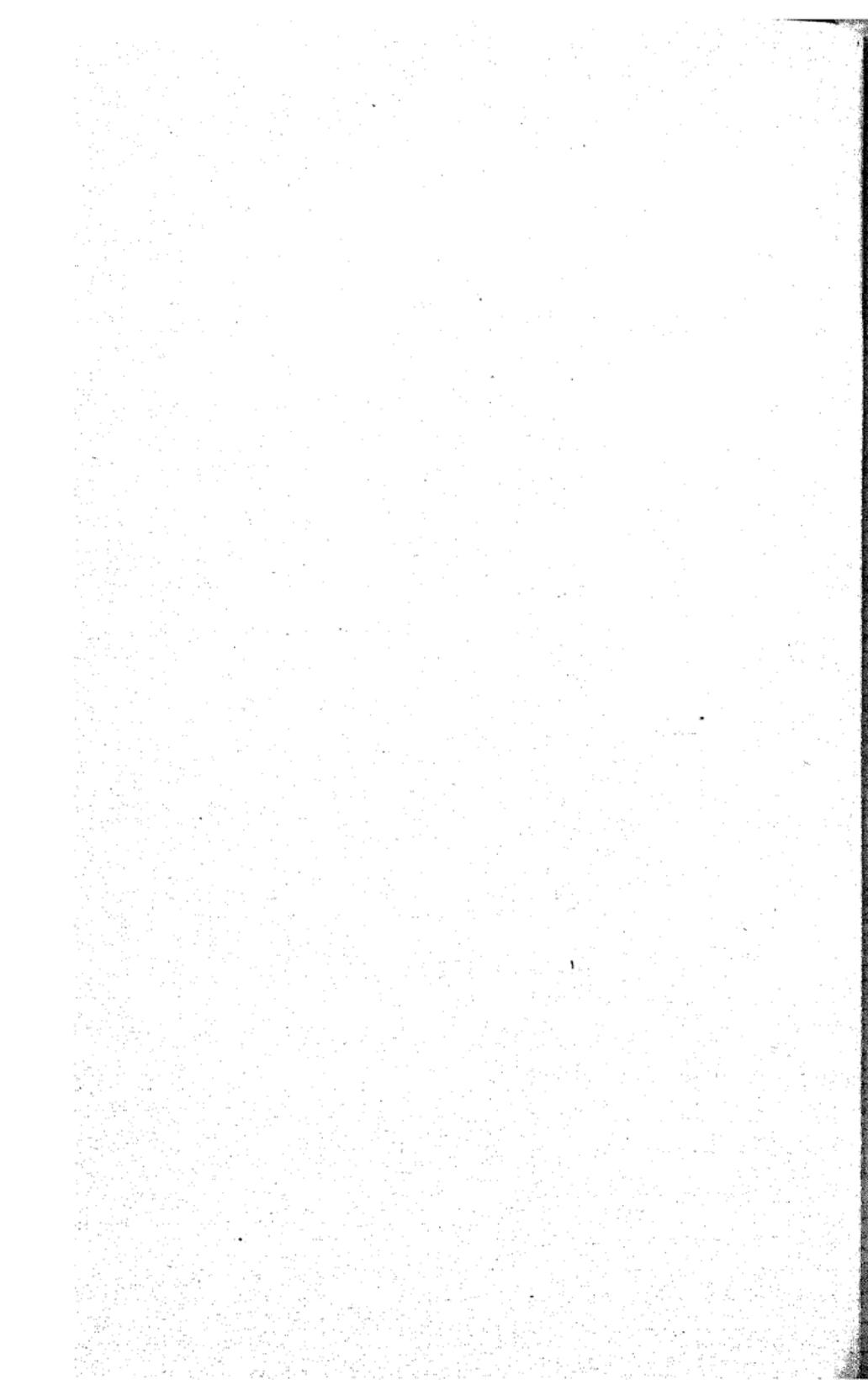
—¡Vete!—le rugió, más que le dijo a doña Inés, sentándose en las rodillas de la madre con los ojos desorbitados por el terror—¡Vete, ea!

—¿Por qué, monín, si yo te quiero mucho?—le contestó la dama acariciándole.

—¡Porque matas los niños! ¡Porque tiras petardos!

—¿Yo petardos, ángel mío?

—¡Sí! que dice mi mamá que eres mú petardista.



EXPERIMENTO PELIGROSO

I

Fingíanse los dos extranjeros, italiano el uno y belga el otro... aunque eran naturales de la Puerta de la Barqueta y del Puerto Camaronero, respectivamente; y allá por los primeros años de la guerra europea se dedicaban a comprar retales en las tiendas de tejidos de la calle Francos, para luego venderlos por las casas como procedentes de un barco inglés, detenido en el puerto de Sevilla «por mó de il submarini». Era a donde se llegaba en último extremo, después de haber tomado nota del número de docenas de medias de seda, a dos reales par, y de cajones de azúcar de cortadillo, a cinco o seis pesetas la arroba... de gruesas de cajetillas de fósforos como cirios, a perra gorda la

docena de cajas, y de piezas de Holanda y de seda cruda, todo ello como la muestra, a cambio de maldiciones o punto menos.

Mientras el que hacía de italiano charlaba hasta por los codos gracias a su políglota verbosidad, el pobrecito belga no habría el pico ni decía expresarse en otro idioma que el suyo nativo, ni entendía palotada de lo que en castellano se le dijera.

Y mire usted por dónde llegaron ante la cancela de un amigo nuestro, cuyo buen humor corre parejas con la grosura de su sangre, a ejercer su mercadería, llevando un gran envoltorio de cajas y paquetes y al hombro unos retazos de telas de caballero.

—¿Vuole il signor videroe alguni yérno-do ello baratisimi? (1)

Y nuestro amigo, que ardía en echárselos a la cara para hacer con el belga un experimento que tenía «in mente» desde cierto «negocio» que con él hiciera, los hizo pasar al patio, pues era en pleno verano; y ofreciendo a cada uno una cómoda mecedora, se sentó él en la que ocupaba antes de

(1) Pronúnciese tal y como está escrito.

levantarse, para con más cortesía recibirlos.

—Siéntense, siéntense...

Aquí, el italiano hace su presentación y la de su compañero, que «non capisca sprola in spañolo. E bélyico, señor, e nunca ha viaja' o el infeliche... ¡Il póvero!»

Nuestro amigo quiere darles un cigarro; deseo que no puede llevar a efecto por no tener ni polvo de tabaco en la petaca. Esto le contraría lo que no es decible...

—¡Por vida de...

—Y casi se tira de las greñas.

—¿Digue señor; no si apure; altra veche sirá.

—¿Qué otra vez, ni otra vez? ¡Ahora mismo! Tome usted una peseta, y haga el favor de llegarse de un salto al estanco de la esquina y tráigase dos cajetillas de cincuenta... Que se quede aquí el compañero, mientras usted vuelve.

Y se quedó a solas con el belga, que era lo que deseaba.

II

—¿Conque belga, eh? ¡Pero, belga cerrado! o lo que es lo mismo: que se le pueden decir a usted en su cara los mayores improperios en castellano, sin que acuse usted recibo. Pues nada: vaya tomando hora. Y para que no le sepan tan amargos se los diré sonriendo... ¡Canalla!...

—¿...?

—¡Sinvergüenza!... ¡Charrán!...

—¿...?

—¡Estafador!...

—¿...?

La cara del pobre belga era un poema. Hacía esfuerzos inauditos por sonreírse para por una parte no darse por enterado de lo que oía, y por otra, corresponder al tono cariñoso, insinuante... arrullador, con que el otro le hablaba; pero por más que se empeñaba el infeliz, «el gesto» no le salía... ¡Por algo son tan contado los grandes actores!...

—Pues sí—siguió diciendo el único que hablaba.—Sabrá Dios los presidios por

donde habrás tú rodado a la hora ésta, con esa cara de ladrón a domicilio. Por supuesto, que no tienes tú la culpa, sino quien no te entrega, por el señor a la justicia... ¡Valiente roa!

Y el pobrecillo belga sin comprender palabra; aunque la sonrisa con que escuchaba a su interlocutor se le iba haciendo más forzada cada vez. Quizás de tanto forzarla, llegó a temblarle el labio... Era toda una mueca. ¡Ah!

—Bueno: pues no vayas tú a creer que lo del tabaco era porque realmente no lo tenía. Era por quedarme a solas contigo y ver si eras un hombre, o no lo eras.

—¿...?

Y nada: que me he salido con la mía; ni tú eres hombre, ni lo has sido nunca.

(Y la cara del belga se nubló de pronto, y los ojos le relampaguearon).

Ni eres ni más ni menos que un «malamare».

Y el brazo derecho del belga se sintió sacudido de arriba abajo por una fuerza tan instintiva, como instantánea, que lo hizo

ponerse en ángulo recto con el tronco. La mano se le abrió cuan larga era, y, veloz todo ello como el relámpago, descargó sobre el rostro de nuestro amigo un bofetón, del tamaño del asiento de una silla. ¡Dios que chuleta!



TERAPEUTICA INFALIBLE

I

—¿Pero no vé usted, criatura, que se está usted asesinando? Esta vida sedentaria, escribe que te escribe en esa mesa, sin pasar un rato ni conversar con nadie, sino hala que hala como el que está a jornal, sin más respiro que el ratito de visita que le hace un amigo, es capaz de acabar con el más fuerte.

Y si no, vea usted cómo se está usted poniendo: encharcado en grasa y hecho un tonel de tocino.

Lo que debe usted hacer antes que se vengan encima las oposiciones, es irse al pueblo. Llevarse una escopeta. Echársela al hombro en cuanto Dios eche sus luces y salirse a la ventura por aquellos campos, hasta

la hora de almorzar. Su almuerzo. Su ratito de siesta, pues de todo quiere Dios un poquito, y en cuanto empiece la tarde a refrescar, otra vez a los pinares, hasta el sol puesto. Así: a quemar esas grasas indecentes y a meter unos pocos de glóbulos rojos. ¡Un hombre en la flor de la vida, haciendo vida de ermitaño!

Ni es esto solamente. Lo primero que debe usted llevarse por delante es a Blanquita. ¿No vé usted cómo se está quedando?... A esa niña hay que cuidarla mucho, no vayamos a tener la segunda edición de su prima Carlota; pues, aunque todavía no hay motivo para alarmarse, a Segura lo llevan preso y no hay mejor cebada que la de Antequera.

A esa niña lo que le conviene es mucho sol, mucho campo, mucha leche y mucho aire de pinos. Me la echa usted por delante todas las mañanas, y a andar por aquellas campiñas hasta cansarse y a sentarse a descansar a la sombra de aquellos pinos, tomando inhalaciones de brea, hasta la hora de almorzar.

Le compra usted a ella su escopeta,

ahora que está tan en moda el que las señoras tiren, y con eso no se aburre de acompañarlo a usted. Lo que haga el uno que haga la otra y viceversa. Afortunadamente no necesita otra medicina ninguno de los dos.

Mañana los espero a ustedes en el laboratorio, para que se pesen. Ya verán la diferencia cuando vuelvan... Hoy mismo le escribo a mi madre para que los espere a ustedes. Por lo demás, ya usted sabe lo extremosísima que es y lo que se desvive y se ha de vivido siempre por su hermano.

Te has enterado, Blanquita?... Pues a liar el tate y a ctoñar en los Blancos. ver si te traes un pedazo de novio, que no quepa entrar por esta puerta.

II

Se levantaban muy tempranito: con las claras del día.

Desayunaban con un gran tazón de café con leche, acompañado de mojicones y tejerings, y quien dice mojicones y tejerings

dice perrunillas y magdalenas, y la escopeta al hombro y a la cintura la canana, hételos salir pitando,

«allá por los levantes de la aurora»,

hasta el riñón de los pinares, si no era que se internaban en la dehesa boyar.

Rara era la excursión en que no se cobraba un gazapillo, una paloma torcaz o una tórtola—una vez hasta una liebre del grandor de un chivo,—sirviendo esto de acicate para internarse más y más en lo abrupto y enmarañado del bosque, con lo que nuestro hombre sudaba hasta empapar la elástica y la camisa, traspasar el chaleco y humedecer la chaqueta... Si la cosa era sudar, bien que sudaban, por lo menos él; Blanquita, ni por esas.

Sentábanse a descansar a la sombra de los pinos, cuando ya estaban jadeando y con la lengua fuera. Y, pasada media hora de descanso, trepando por este cerrete o saltando este arroyo, bajando aquella cuesta o atravesando aquel arenal, llegaban a la casa de la hermana y tía, respectivamente,

cuando ya la impregnaban de banda a banda los olores a clavo y a laurel de los guisotes.

Almorzaban como Dios les daba a entender. Se recogían a sestear, y a las cuatro de la tarde, sobre poco más o menos, héte-los camino de las viñas, hasta eso de «Oraciones», en que volvían a poblado, más ganosos de cenar y de acostarse, que de todo lo que usted viera en este mundo...

—¡Aaaaah! (bostezando)... Nada: vamos a acostarnos, que estos señores se querrán ir...

III

«Mi querido hijo de mi alma: Me alegraré que al recibo de estas cortas letras estés con la más cabal salud que yo para mí deseo. Yo quedo buena a Dios gracias.

Sabrás cómo la estada en ésta de tu tío y de tu prima, está sirviendo para todo lo contrario que deseábamos. Tu prima con el ejercicio o qué sé yo, ha perdido el poco apetito que trajo, así es que no come nada,

con lo que se está quedando en la espina la infeliz.

En cambio, tu tío, con tanta vida de campo y tanto aire de pinos, tanta agua del Cañuelo y tanto ejercicio moderado, se le han despertado unas ganas de comer que come más que una lima (mi palabra no le ofenda): así es que se come todo lo que vé, con lo que se está poniendo, que no cabe en la ropa, y ayer, sin ir más lejos, le he tenido que sacar los botones del chaleco cerca de media cuarta, que añadirle otros cuatro dedos a la pretina del pantalón y que pegarles a los blancos una cinta, porque no daba la cinturilla para más.

No cabe en ropa ninguna con tanto como come. Y no porque a mí me duela lo que se come, pues bien sabe Dios que oro molido que fuera, habría de parecerme poco para lo que le debo. Pero que tanto comer no puede ser bueno, dígalo quien lo diga, y luego un cuartillo de leche como postre.

Te digo que no lo vas a conocer cuando lo veas.

Sin más por hoy, recibe muchas memorias de todo el pueblo, con un abrazo y

un beso de tu madre que tantísimo te quiere,

María del Carmen».

IV

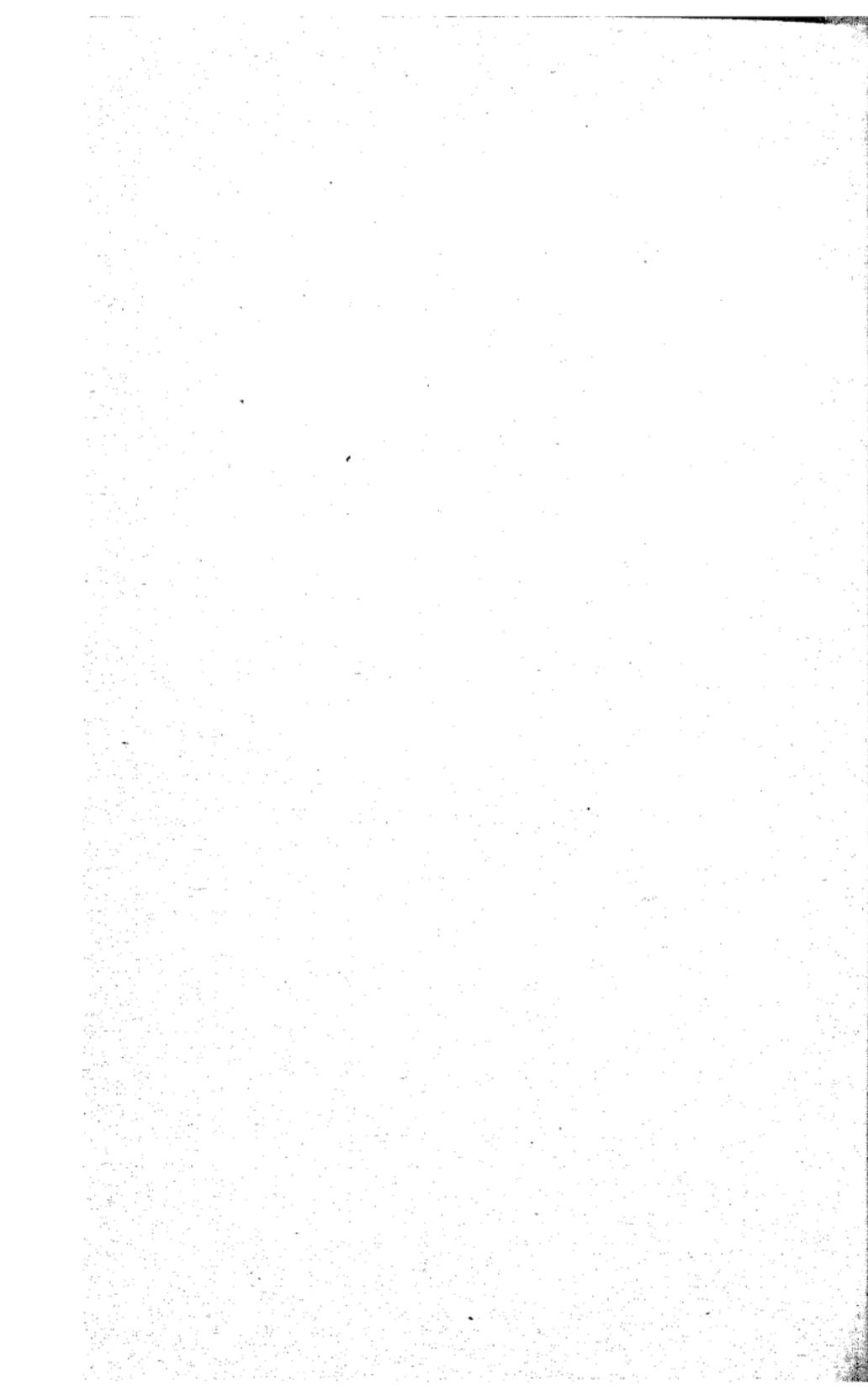
Reflexión del autor:

Será una equivocación de los aires campestres...

Será que no se enterarían bien de lo que tenían que hacer con cada uno de los dos, y los tres kilos, lo menos, que habían quitado a la una, se los habían puesto al otro... multiplicados por dos, o más.

Por lo demás, la terapéutica, infalible.





PRONOMBRE FINO

I

—Bien vestía y bien comía, sí está una. Y alospué sin trabajo mayormente. La señora es muy güena; y si e er señó un santo, y no tiene una lengua pa alabá la casa.

Ahora: que ande está la casa de una y er pueblo de una, no está ná, y anjolá pudiá dirme de un voletío toas las noche, cuantito se arremata, que se arremata de echarle de comé a los niños.

Ya ves: ahora están en la novena de la Pastora y tendrá que vé aquer prebisterio con aqué risco... Y alospué aquellos arreore de aquella ilesia, con tantísimos puesto de arvellana y de titito lo que Dios crió, que dice mi Maríantonía que está aquello lo mismo que una feria; con un paragua de faroli-

llo alante der cabirdo, y aquer tamborí que se esgaja, tocando si tiene que tocá toas las noche jasta ya las dos última; que dicen que va a dí la música de Bollullo.

Cinco ocnas e cojete lleva pa allá Iné la cosaria y tré rueas volaora; una pa la salía de la procesión y otra pa la entrá, y la otra pa arzá a Dió, ande no te quiero decí, hermanita, lo bien que van a está ogaño los festejo... ¡Pa que una no se alegrara de asomarse, aunque fuá por un bujero lleno de telaraña!...

II

—¿Qué es eso? ¿Por qué lloras?

—¡Por ná!

—No, por nada no se llora. Cuando se llora, se llora por algo. Con que por algo será... ¿...?

—Porque er señorito Carlo es un chufión y me jase mucha burla siempre que jablo. Esta mañana porque le dije «de tó ar tó», anlugá «de todo ar todo», sortó una risotá que se oyó endeje la plazuela, y ahora

porque le he dicho que en los ojos no debe una dè andarse na má que con er có, usté no sabe er chungueo que ha armao con er señorito Danié, que tamié tié lo suyo, atento custión de burletero.

De moo, señorita de mi arma, que yo se lo digo a usté, ni jarta de carne, ni jarta de vino; vaya usté jaciendo diligencia pa otra muchacha más fina que una y quíe decí que yo tamié buscaré ande no le desijan a una tanta presopopeya. Pa un peazo de pan que una se come, andequiá lo gana; y ¡es mu triste servirle de burleta a éste ni al otro!

—Bueno, no seas inocente, no seas inocente. ¿Irte tú de mi casa por un motivo así? Ni que lo pienses, ni que lo sueñes: mucho menos teniendo, como tengo sobre tí, los planes de hacerte mi doncella.

Ahora: que es menester que te afines en el hablar, y que no digas patochadas. ¿Por qué has de decir, como acabas de hacerlo, «de moo que»; y no «de modo que»; «er có», en lugar «del codo», y otras mil cosas por el estilo, que desdican cien leguas de una casa como esta?

Con que te fijes un poco nada más en cómo hablamos los señores, no tienes necesidad de libros ni de maestros. Pero una doncella mía, que tiene a lo mejor que recibir a señoras, que anunciar visitas o que llevar recados, no puede descolgarse con gansadas de cortijo.

Afortunadamente, el tipo no puede ser mejor, porque eres esbelta y blanca y rubia y ojigarza... ¡una holandésita enteramente!, y hasta sabes tenerte y andar.

—¡Tuvía que vé que nol

De modo que con que te cuides de lo que hayas de decir y pierdas los resabios lugareños, una damita particular de una reina.

III

—Oye, Clara: ¿de dónde te has hecho de una doncella tan mona?

—Pues... del pueblo.

—¡Si parece una irlandesa!

—Pues del pueblo, y cortijera, por más señas. Me la traje de pinche cuando fuimos a la vendimia, y hará cosa de un mes que la

tengo de doncella. Tiene una cosa muy buena, ¿sabes?: deseo de agradar; y como además es lista, porque no tiene un pelo de tonta, cumple pero muy bien su cometido. Si vieras qué bien me peina y con qué habilidad me viste... En lo que deja todavía mucho que desear es en el modo de expresarse, aunque ya está de lo vivo a lo pintado... Deja: te la llamaré para que le tires de la lengua.

¡Riiiiiiii!

IV

—¿Señora?

—La señora condesa de Puertofranco, que quería hacerte una pregunta.

—La señora dirá, ¿.....?

V

La señora condesa, que no está preparada y que no tiene costumbre de improvisar, se ataruga con la pregunta que, según

su confidente, tiene que hacer a la doncella. Piensa, vacila... hasta que, por fin, se arranca:—Oye: ¿quién peina a la señora con tanto arte, que parece un figurín enteramente?

—Yodo, señora.



EL ENCARGAO DE LA JACIENDA

I

Habíame levantado muy temprano— con las claras del día—, celebrado el Santo Sacrificio en el altar de la Patrona, tomado el desayuno y montado a caballo, para irme en compañía de mi sobrino Manuel allá a tierras de Melos, donde su madre tiene la labranza, a pasar un día de campo y tomar de camino un buen baño de sol y unas inhalaciones de aire de pinos, entretenido deliciosamente en presenciar la faena de la sembrante.

Hijo de labradores, las faenas del campo me gustan todas ellas a perder; siendo la de la sembrante lo que más me place, embebe y hasta cautiva. ¿Que por qué?

La sembrante ha tenido siempre para mí el hierático hechizo de un salmo de confianza en la divina Providencia, entonado—ejecutado, mejor dicho—por el sembrador, en medio del augusto templo de la campiña... Cada puñado de trigo, tirado a la besana, me parece una nueva manera de decir el que lo arroja: «¡Espero en Dios! ¡Espero en Dios, que si alimenta a los pajaritos del aire, sin que siembren, ni sieguen, ni amon-tonen en hórreos, ¿con cuánta más razón a los hombres, y a los hombres que siembran?...» Si la recolección es un himno que canta la alegría, la sembrante es un salmo que reza la esperanza.

Ni es esto sólo. Siguiendo mentalmente el proceso de la divina parábola de «el sembrador, que salió a sembrar su simiente», me pregunto al ver caer los granos en los abiertos surcos: ¿cuál será el que hollarán los caminantes, y cuál será el devorado por las aves del cielo?... ¿Cuál será el que caerá entre piedras y nacido se agostará por falta de jugo, y cuál el que nacerá entre espinas, que lo ahoguen en berza?... ¿Cuál será, finalmente, el que caerá en tierra buena y

óptima y dará el ciento por uno de rendimiento?... De este, centuplicado por la bendición de Dios, ¿cuál quedará en el rastrojo, para alimento de las tórtolas y de las torcaces; cuál se llevará la hormiga de la era...; cuál se convertirá en sustancioso pan que alimente al hombre, y cuál en blanca Hostia, que transustanciada en Jesucristo vivo atravesará triunfante nuestras calles y plazas el día del Corpus, entre aires de marchas militares y estampidos de cañones, nubes de incienso y rumores de plegarias, flexiones de rodillas y golpes de pecho?..

Para mí un día de sembrante equivale a uno de retiro espiritual... De aquí mi entusiasmo por aquella excursión a tierras de Melo, en aquel hermoso día de Diciembre.

II

Y serían las once de la mañana, cuando, dado lo frugal del desayuno, el ajetreo de una hora a caballo y el ejercicio de andar de acá para allá por entre surcos y terrones, empecé a sentir un apetito, rayano con el

hambre. Di cuenta del fenómeno a mi sobrino, que hacía de acompañante y reposero, y que se limitó a contestar: «De ese color todos tenemos un vestido»; con lo que enderezamos la proa hacia las alforjas, que aderezadas por la munificencia de su madre, habían de dejarnos como trompos.

—Más harto que un trompo--se dice—. Y la verdad: no sé por qué.

A extender servilletas y desliar viandas comenzábamos, cuando héte aquí llegar a revientacaballo hasta nosotros uno de los trabajadores de la casa. Pararse en firme y decirme, destocándose:

—De parte de don Javié, que si no ha armozao usted otavía, que no armuece usted. Que se venga usted conmigo inmediatamente; que está allí el encargao de la hacienda, pa que armuecen ustedes allí los tres juntos, y er señorito Manué.

III

Entiéndese en Hinojos por una «hacienda» lo mismo que se entiende en el dic-

cionario: finca rural, pero finca rural de notable extensión, a las veces de leguas cuadradas, con dehesas, olivar, pinares, y tierra calma, con su gran caserío, desde luego, así para apeadero de los señores, como para vivienda habitual de servidores y dependientes; su molino aceitero y sus tinados, sus corrales para gallinas y sus graneros; y diseminadas por aquí y por acullá, en puntos estratégicos, sus casas para guardas y sus zahurdas, sus almiaras y bienteveos.

Al frente de cada una de estas grandes heredades, y residiendo en ellas, hay necesariamente un encargado o capataz, que un imprescindible al dictado de su profesión o empleo, el nombre de la finca que administra y regentea.

Y porque la de Torre-Cuadro, propiedad de los marqueses de la Motilla, es la de más tronido de por allí, el capataz de la hacienda, dicho así a secas, se entiende el de Torre-Cuadro, aunque muy rara vez se dice «el encargado», sino siempre «el capataz».

Créome en el deber de hacer estas aclaraciones.

IV

La orden transmitida por el mandatario de mi hermano me alarmó, y no poco, por no ocurrírseme qué tuviese yo que ver con ningún encargado de ninguna hacienda, para haber sido llamado así, tan intempestivamente. Y pensando que quizás se hubiese recibido carta de Sevilla con algo grave, o que hubiese ocurrido en el pueblo cualquier desaguisado, que reclamase mi presencia allí, pregunté a mi interlocutor:

—Pero, ¿ha pasado algo...?

—¡No, señó! A lo meno, que yo sepa... Yo llegaba ar molino, con un viaje de aceitunas, y me llamó don Javié, y va y me dice, dijo: «Ahora mismito, en una carrera a Me-lo; y le dices a don Juan que se venga sin armozá, que está aquí er encargao de la jacienda, que lo quiere vé, porque se va esta tarde.»

—Y ¿por qué no han venido ellos con la peana del alma?

—Catusté ahí una cosa que yo no sé.

—¿Ni sabes de qué hacienda es capataz?

--Er no me dijo a mi ná má, que «el encargao de la jacienda». Será er de Torre-Cuadro... ¡Digo yo!

—Pues vamos para allá. Quien manda, manda...

Y mohino con el desbarajuste de mis planes, y preocupado con lo que pudiese ser la causa de aquella llamada, pues lo del encargado de la hacienda tenía toda la catadura de un pretexto, liamos las viandas y tornamos a montar, tirándonos al colete la legua larga de talle que nos separaba de poblado.

Las doce daban en el reloj de la iglesia, cuando entrábamos por la corralada de la casa de mi hermano.

Al oír las pisadas de las caballerías, éste salió de la casa a recibirnos, acompañado de un caballero de facha distinguidísima y perfil aristocrático, vestido como un *dandy*.

Me apeé de mi cabalgadura y saludé ceremonioso al forastero, mientras decía mi hermano, presentándonos:

—El señor delegado de Hacienda, que tenía deseos de conocerte... Mi hermano Juan.

V

Gesto de triunfo en el mandatario,
equivalente a esta frase:

—¡Lo vé usté!



“ESTATUA ECUESTRE”

I

—¿Qué tiene ese de rigores?

—¿Qué quieres tú que tenga? Lo de todos los días y los de todas las noches y lo de toditas las horas que dé el reló: ¡Un anejo perenne, que no se sale con una, cuando la emprende con otra! Ahí lo tienes aperreado, queriendo que se le compre un borrico que le ha parido la burra a Antonio el Peñasquero; que nada más que un borriquito chico nos estaba haciendo a nosotros falta. De modo que déjale que lllore, que ahí se le quedará la boca.

—¿No te da lástima?

—¡Ya me estaba a mi extrañando que no te entrara a tí la lástima! ¡Siempre se le aparece la Madre de Dios a los pastores!

—¡Lo que tiene que ver es la importancia que le das tú a las cosas! ¿Por qué no se le ha de dar gusto al angelito? ¡Lo que necesita un hombre para ser feliz!... En cambio, un niño, lo es con una perra gorda...

—Pues no salgas de ahí y no te perderás; de esa manera se educan a los hijos: dándoles todos los gustos y no quebrándoles nunca ni una chamarusca encima... ¡Ahí está el niño, que es menester ayunarle los viernes, de lo reteconsentidísimo que está!... ¡Míralo como aprieta, en cuanto te ha sentido.

—Pero vamos a ver, mujer, y pongámonos en razón: ¿qué tiene de particular que le compremos el borrico?... ¿Tanto cuesta eso?...

—Sí, para que se caiga y se rompa una pierna, o se nos quede jorobado para siempre... ¡para que no me deje una maceta viva en el jardín y hasta quiera acostarse con él, como cuando el chivito ... Nada; déjalo llorar, que hasta a los niños de los reyes dicen que los dejan llorar todos los días una hora, para que se desarrollen los pulmones.

—Entonces, ¿no hay apelación?

—Por mi parte, ninguna.

II

—¡Ujún!... ¡ujún!... ¡ujún!...

—Por qué lloras? ¿Qué es eso?

—¡Porque... ¡ujún!... quiedo un boddico... ¡ujún!... y mamá ma pegao una zoba mú gandel ¡ujún!... ¡ujún!...

(Conste que lo de la soba era mentira. Mero recurso oratorio.)

—Bueno: ¿un borrico tarrero? (de barro, de esos que los vendedores ambulantes compran en las alfarerías de Triana, para cangearlos por trapos y por hierro viejo).

—¡No!... ¡de veddad!... ¡decannel!... ¡pa zubime!... ¡E má fonito!... ¡tira despingol!

—Entonces, si te lo compro, ¿vas a ser muy bueno... y vas a querer ir a la escuela?

—¡Zí!

—¿Y no vas a llorar nunca?

—¡Zí!

—¿Y vas a dejar lavarte?

—¡Zí!

—Pues anda, dale un besito a mamá y dile si quiere que te lo compre.

.

—Ea, ¡a ver qué hace una mujer, con dos niños: uno de cinco años y otro con bigote!... ¡Cuando te digo que eres peor que él cincuenta veces! Nada; ahora, para que no nos falte ni sarna que rascar, un borriquito chico a mesa y mantell... ¡Y estos son los hombres buenos!

III

—¡Mira, mujé, qué cosa más salál... Jaciendo tós los mandaos e la calle en el borricol...

—Toma, mi corazón: tráeme de la Corporativa media cuarta de bacalao.

.

—¡¡Juanito!!... ¡Ven pa cá, padre! Veme a las Cuatro-esquinas, y disle a la pescaera, de mi parte, que te dé un par de caballas. Cuérgate la esportilla, pa que no te ensucies er babi.

.

—Toma, mi arma, la arcuza y tráeme, de acá Frasca, una panilla aceite...

—¿Pero no lo ves, mujé, qué rebién mandao?

—Como que era semenesté que le mantuviéramos er borrico por pensión veciná, entre toas las e la calle.

—¡¡Espejito!!

.....

IV

—¿Está la señora?

—Sí, señó. Entrusté... Se está peinando. Pero ya habrá arrematao, por el tiempo que jace que se entró en la sala... ¡Señorita! ¡Er padre cura, que pregunta por usted!

V

—¿Tanto bueno por aquí?

—A lo bueno vengo yo buscando.

—¡La mano!

—Que Dios la bendiga.

--Pero siéntese usted.

—¿Y se puede saber a qué hay que agradecer la honra de que venga usted por esta casa?

—Pues a nada; que venía de confesar a la pobre de María, la Jarenque, y al pasar por la puerta, me dió gana de entrar a saludarla.

—Pues mucho que se le estima la fineza.

—¿Y ese caballero?

—A la perdiz. Ha comprado estos días un pájaro, que dicen que es lo que tiene que oír el animalito, y está con él como Mateo con la guitarra. Rara es la tarde que no le mata dos o tres.

—Ya me mandó anteayer uno, hermosísimo... Así es que tantas gracias.

—No las merece.

(Pausa.)

—¿Y Juanito?

—Con el mundo por jaula... ¡Niño más libertino! Ahora, el alma de cántaro de su padre, le ha comprado un borrico para que juegue, y ahí lo tiene usted por Santa María

y todo el mundo, haciéndoles mandados a todas las de la calle, sin bajarse del borrico ni para dormir... Dios quiera y María Santísima del Valle que no le pase algo.

—Pues, apropósito de ello, quería hablar con usted.

—¡Ay, no me lo diga usted!! ¡Se ha caído! ¿Verdad?... ¡Si me lo estaba dando el corazón!... ¡Si ese niño es mucho niño y su padre es peor!... ¿Dónde ha sido y cómo ha sido? ¡Ay, Dios mío, qué desgracia!...

—¡Mire usted, por Dios, señora, que no ha pasado nada!...

—¿Qué no había de pasar, cuando usted, que no visita nunca a nadie, ha venido por aquí?... ¡Ay!... Yo me voy, señor cura, ver qué le ha pasado... ¡Ay, mi niño!... ¡Ay, mis entrañas!... ¡Qué dolor!...

—¡Por Dios, cálmese usted, que ni el niño se ha caído, ni yo sé ni una palabra de que le haya ocurrido el menor percance!... ¡Palabra de sacerdote, que no he venido a preparar a usted para ninguna mala noticia!

—¿De verdad???

—He dicho a usted que palabra de sacerdote, que equivale a un juramento. ¡No

sé nada del niño, desde esta mañana, que le ví... Ahora bien, que quería decirle a usted algo, relacionado con él y con el borrico, y por eso he llevado la conversación hacia él.

—¿De verdad no le ha pasado nada, señor cura?

—¡No, nada; no, señora!

—Pues entonces, ¿qué tenía usted que decirme relacionado con él y con el borrico?... Señor cura, ¡por Dios!... ¡que no ví... ¡Anda, sal, Mariarvalle, y tráete a Juanito de donde esté! Usted dirá...

—Nada, una cosa de criaturas... que, aunque fué una irreverencia, tuvo la mar de gracia. ¡Cuando yo solté el trapo!

—¿¿¿...???

—Que esta mañana, en plena comunión general de las Hijas de María, se nos entró por la iglesia montado en su borrico... con su gorra quitada, eso sí... ¡y tomando mi hombre, su agua bendita y todo!

—¡Ay, qué vergüenza!



PORTADOR DE MALAS NUEVAS

I

Emula de las de San Sebastián y de Biarritz, por no citar otras, es para todos los pueblos del Condado y parte del Aljarafe la deliciosa playa de Matalascañas, del litoral del Atlántico, entre Huelva y Sanlúcar de Barrameda, a donde van de veraneo patriarcal y primitivo gentes de Almonte y de Hinojos, de Pilas, Villamanrique y Aznalcázar; Carrión de los Céspedes y Chucena; Rociana y Bonares.... toda «la feligresía», en fin, de la Virgen del Rocío.

Aunque se habita «oficialmente» en tiendas de lona o en barracas de follaje, lo que se llama «vivir», se vive a pleno aire y a pleno sol, o pleno cielo estrellado, pues

nadie entra bajo techado, sino para dormir, esto si no instala su dormitorio sobre la misma movediza arena, con una sencilla manta por todo ajuar, y por dosel del lecho, el tul bordado de estrellas del firmamento azulceniza, enriquecido por el espléndido «entre-dós» del camino de Santiago.

Aunque ahora, según dicen, hay allí de «tó lo que Dios crió» (pues para haber de todo hay hasta su fonda y su casino, éste con su gramófono y su «cine»), allá en las mis mocedades no había nada, de este mundo ni del otro: ni más carne, ni más pan, ni más fruta, sino sólo las coquinas que cogíamos sin el menor esfuerzo con sólo escarbar un poco en la mojada arena del bajar, y lo que quiera que cada uno hubiese llevado de su casa al incardinarse allí, o se hiciese llevar de tiempo en tiempo de sus remotos lares.

Ahora bien, que lo que era de uno era de todos, y de la misma boca nos lo quitábamos, para darlo al que lo hubiera menester, con esa prodigalidad característica de la gente de Andalucía, que parece remedo de «cor unum» del libro de los Hechos de los Apóstoles.

II

Garantizados por la mujer de un primo hermano nuestro, hubimos de ir un año mi hermana Matilde y yo; ella porque necesitaba baños de mar, y yo para que fuese con un hombre—yo había cumplido diez y siete años;—para lo cual—lo del viaje—se entoldó la carreta, donde se puso todo el menaje de una casa en miniatura, y donde acomodados a última hora los viajeros, nos tiramos a pecho las once leguas de arenales de Sahara que median entre Hinojos y el Atlántico.

Nuestra madre, rumbosa como una reina y amante de sus hijos como ninguna, nos mandaba cada dos o tres días un antiguo jornalero de la casa, conocido en todo el pueblo por tío Gigante y llamado así por antífrasis, pues era de la altura de una maja de almirez, con repuesto de pollos y gallinas, huevos, caza, carbón, aceite y vinagre, fruta del tiempo, dulces..., ¡qué sé yo lo que mandaba aquella criatura!, acompañado todo ello de su obligada carta, en que con pelos y señales de la salud de todos los que que-

daban en Hinojos, venía el párrafo imprescindible de «os mando tanto de esto, tanto de lo otro, etc....», párrafo que nos hacía leer tío Gigante, no bien desvalijaba las anagarrillas, para, con la compulsión de lo salido del pueblo con lo llegado a la playa, dejar a salvo de la menor vislumbre de sospecha su nunca, ni por nadie puesta en tela de juicio, fidelidad.

III

Y una vez, de las últimas en que fué en su viaje de Rey Mago, nos lo vimos llegar todo desemblantado y tartamudeante, como todo el que se halla bajo la presión de una desgracia. Y con la acémila de las riendas, sacándose la carta de la faja, que es donde la llevaba siempre, me la alargó mohino y cabizbajo, diciéndome, punto menos que entre sollozos:

—¡Lee la carta, que hay noveá!

—¿¿Qué pasa??—le preguntamos anhelantes mi hermana y yo, entreviendo en el ademán y en el acento de nuestro interlocutor una horrenda desgracia de familia:

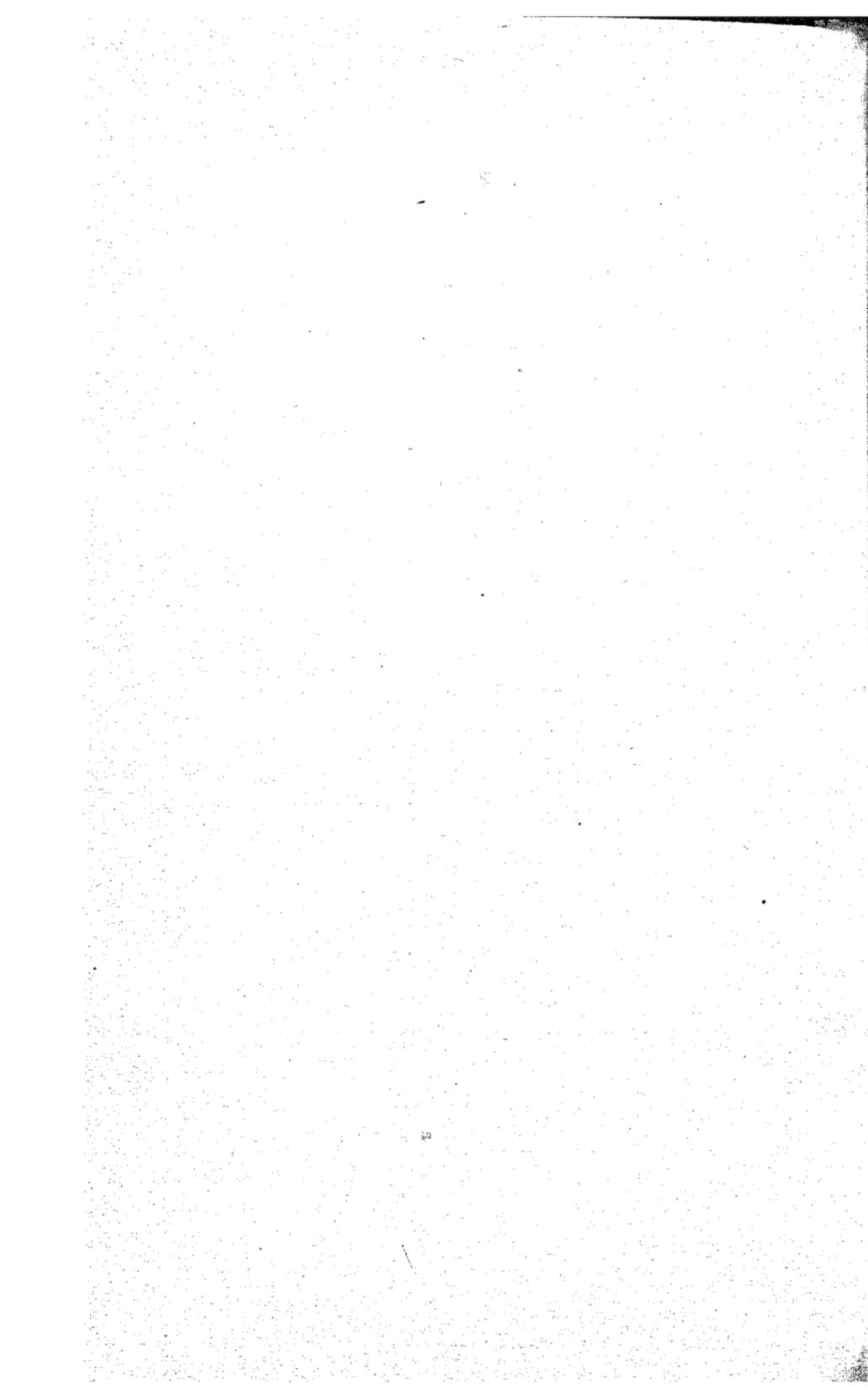
—¡Lee la carta, te digo, que lugá hay de hablá!

—¡¡Por Dios, dígalo usted ya—le conjuró mi hermana, deshecha en llanto.—¿Hay alguien malo?... ¿Se ha muerto alguien?...

—¡¡Por los clavos de Cristo!!—insistió yo.—¡Diga usted lo que sea, de una vez!...

—Po ná: que ar pasá esta madrugá po ahí a la vera e la laguna e Santa Olalla, me se espantó la mula, con un venao. Salió a campo atraviesa como un demonio, aquí pego un respingo, allí doy una arrancá, ¡y ha tirao er canasto de la masa frita, ha erramao la cántara del aceite, ha estrellao contra un pino la botija der vinagre y ha rompío tós los güevol... ¡En la carta dirá las ocena!... ¡Miá que ni los cascaronel!...





NOMBRE VERBAL

I

No niego que los hubiera más avisados e inteligentes. Más mandables, mentira. Como el mozo de la casa del inmortal Hidalgo manchego, así ensillaba el rocín como tomaba la podadera... Servía para todo, Y luego, con un agrado y una buena voluntad, que daba gusto mandarle alguna cosa.

—Mira: esto, lo otro y lo de más allá... ¡Oyes! Esto ahora mismo, que corre prisa. —Y el pobre, sin dolerse de sus huesos, mandárasele lo que se le mandara, sin tener día ni noche; pues—como él profesaba entre sus dogmas—entre el día y la noche no hay paré.

—Si tenía algún defecto como sirviente, era el ser demasiado locuaz y palabrero...

Enjaretaba un diálogo por quítame allá esas pajas, lo mismo con criados que con señores. La cosa era no estar callado... ¡Habilidad más grande para enredar la madeja!

II

—Te levantas mañana al Rosario, de madrugada. Aparejas tu borrico. Vas a Benacazón. Preguntas allí por la casa del señor cura...

—¿Don José Pastrana, er que estuvo aquí?

—¡El mismol! Y le dices que vas de mi parte a que te entregue los plantones de naranjos mandarinos que me prometió en Sevilla este verano.

—Los naranjos, ¿cómo?

—Los naranjos mandarinos: ¡mandarinos! Una clase de naranjos que no hay aquí... Y a ver si estás de vuelta antes del medio día.

—Escudiusté.

III

—¡Alabado sea Dió!

—Por siempre sea alabao y bendito.

—¿Vive aquí er padre cura don José Pastrana?

—Sí, señó; aquí vive. ¿Qué se le ofrecía a usté?

—Dilusté que está aquí un hombre de Hinojo a recogé unos narajos... mandaeros, de parte de don Juan Muñó, er canónigo.

IV

—Que se aguarde usted un ratito, que ya viene; que está acabando de rezar.

.

V

—Por lo visto sigue «enviciao» en el rezo, como en Hinojo. No se entraba una vé

en aquella casa que no estuviá dale que dale a las novenas con el libro en la mano. Una vé que nos repartió el Ayuntamiento entre los hacendaos porque no había trabajo por mó der temporá, a los dos que le tocaron a él los puso a rezá partes e Rosario..; lo cuar que al otro día no golvieron ni amarraos, y eso que echaban sus cigarros y tó. Pero lo que decía él: ¿en qué los ocupo, si ni tengo viñas, ni tengo olivares?.. ¡Po parte e Rosario que te crió, por mis defuntos... ¡Es mu güen hombre!

VI

—¡Hola, muchachol! ¿Conque de Hijos?

—Pa serví asté.

—Y mandatario del señor don Juan.

—Er mesmo, que viste y carza.

—¿Y hace mucho que está allí?

—Custión de una semana. Usté sabe que él no jace na más que una entrá por una salía...

—Y tú, ¿de quién eres hijo?

—De José el Alabao (1) y de Rita la Chucha, pa serví a Dió y asté.

—Los recuerdo a los dos. Que vivían en la calle de los Civiles...

—Allí tiene usted su casa pa lo que usted guste de mandá, con premiso de ellos.

—Y tú estás en la tuya. Y ¿cómo te llamas tú?

—¡Esa sí que tié gracia! ¿De moo que me bustizó usted mesmo y no sabusté cómo me llamo!... ¡En mi vía he visto otra!

—Hombre: ha bautizado uno a tanta gente en este mundo...—ya ves: sólo en Hinojos estuve ocho años—, que no es posible retener en la memoria tantos nombres.

—¡Po er mío no es mú corriente, que digamo, a lo meno en Hinojo! Uno había en Armonte, por cierto mú riquísimo, pero que ya se ha muerto...

—¿En Almonte, y muy rico?... Por esas señas, la verdad, no caigo.

—Po a vé si lo acierta usted: ¡mi nombre está en er creol

(1) Llamado así por ser muy alabancioso.

—Supongo que no te llamarás Poncio Pilato...

—¡Ni lo premita Diól... Pero rezusté er creo, que usté lo sabrá rezá, siendo de ilesia, y verá usté cómo lo encuentra.

—¿En el credo... en el credo... Como no te llames Jesucristo... o Espiritu Santo?

—¡Güeno! ¡Espiritu Santo!... ¡Asina se llamaba una monja que había en Sevilla en er convento de Santa Iné, prima hermana e mi madre... ¿Tengo yo cara e monja?... ¡Yo me llamo una cosa que está en er credo! Ré-zalusté, aunque sea por sus defuntos, y verá usté cómo topa con mi nombre.

—Te daré gusto, ya que te empeñas.

VII

El señor cura se puso a rezar. Su interlocutor, que como buen hinojero no se había destocado—eso no se hace en Hinojos nada más que para entrar en la iglesia—se destocó, reverente, ante la protestación de nuestra santa fe...

—¡Espacito, y fijándose!

—Creo en Dios Padre... todopoderoso...
creador del cielo... y de la tierra...

—Frío, frío; como el agua del río. Ahí
no está.

—Creo en Jesucristo... su único hijo...
Nuestro Señor... Fué concebido por obra y
gracia... ¿Te llamas Gracia, quizá?

—¿Soy yo acaso mujé, y nació en Car-
mona, pa llamarme ese nombre? ¡Sigusté!
¡Hombre de Dió!

—... por obra y gracia del Espíritu
Santo...

—¡Caliente, caliente, caliente!

—Hemos quedado en que no te llamas
Espíritu Santo.

—No, señó.

—Y nació de Santa María Virgen...

—¡¡Ya se lo dejó usted atrás!! ¡Ni jarre
que trote, ni só que se pare!

—¿Te llamas María, entonces?..

—¿Qué María ni María? ¡Estaría eso
mú precioso! ¡Un hombre como un jastía
llamándose María! Asegunde usted otra vé,
endeje «por obra y gracia»... Pero espacito
y güena letra.

—Fué concebido por obra y gracia... del Espíritu... Santo... ¿Te llamas Santos, quizás? Una s más o menos no va a ninguna parte.

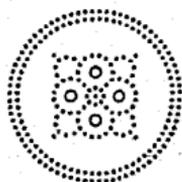
—No, señó. ¡Sigusté!

—Y nació...

—¡Arto ahíl... Ese es mi nombre.

—¿Y nació?

—Sí, señó. ¡Inacio! ¡Inacio de Loyola, porque nació er 31 de Julio!... ¡Na más que lo de Loyola, ya eso no está en er Creol!



JUST RECIPROCIDAD

I

¿Cicatero...? ¿Tacaño...? ¡Buenas y gordas! Caritativo con los pobres, como un santo, y rumboso con todo el mundo, como un Rey.

Era todo un gran señor, siquiera no procediese de la pata del Cid, ni tuviese opción a una corona heráldica que prestigiase, como hoy se dice, la cartulina de sus tarjetas. Y, aunque no fabulosamente rico, vivía con una holgura realmente señorial, dada la soltería contumaz a que se había condenado por no sé qué veleidades y malas andanzas del Niño Ciego, allá por sus años mozos; el sueldo del alto cargo que lo trajo a vivir a la Ciudad del Betis, amén lo que había heredado de sus padres, que no ha-

bían sido unos descamisados, ni mucho menos. Y ¿para qué quería él el dinero, sino para gastarlo, ya que no en prodigalidades y locuras, en lo que en su pundonor de caballero—siempre la dió de ahí—creía como obligado marco a su decoro? ¡Se gastan tantos duros al cabo del año en naderías y hasta estupideces, que es lástima no tener arriscos para tirar un puñado más, cuando llega la hora de quedar como un príncipe; pero príncipe, no *de incógnito*, que es como quedan muchos, por tristes cinco pesetas.

Poco importa ser rico si no se sabe serlo. Siempre será inmortal el dicho del poeta:

«Mira el avaro en sus riquezas pobre.»

II

Y llegaron las Pascuas de Navidad de aquel año de Cristo, primero de los de su residencia en la ciudad del «nomadejado», y cayó sobre él el chaparrón de tarjetas de felicitación que cae en dicha fecha sobre todos los mortales: el repartidor de perió-

dicos y el basurero; el cartero y el guarda de calle; el sereno y el municipal de la demarcación; el repartidor de la carne, el del pan, el de la leche y el de las hortalizas; el barbero y los monaguillos de la parroquia; los aprendices del hojalatero, del carpintero, del pintor y del electricista, y los «botones» de la camisería y del sastre... «y otros infinitos—como diría Don Quijote en la enumeración de los ejércitos combatientes, trocados por hechicerías de los encantadores en manada de ovejas—, cuyo rostro conozco y veo, aunque de su nombre no me acuerdo».

—¿Qué les doy, señorito? —le preguntó el ama de llaves, que pertenecía a la familia de los Puñonrostro.

—Mujer, ¿qué menos que un duro por cabeza?

—¿¿¿Un duro por cabeza??? ¿Pero está usted en sus cabales...?

—Anda, ¡infelices! Esperando todo un año tal día como éste, para echarse un roción de ropa encima, y quién sabe si para enjugar una deuda contraída en un día de apuro... ¡Pobrecillos...!

Total: quince o veinte duros de aguinaldos, con lo que quedó a la altura de los Hércules de la Alameda... ¡A la altura de los Hércules de la Alameda...! ¡A la altura del muñeco de la Giralda!

JII

La noticia corrió por entre los similares de los favorecidos como corre la llama por los rastrojos... ¡Contra...! ¡Duros y tó!— y para el año siguiente el número de pedigüños de aguinaldos formaron legión—¡Ahí es ná! Un tío que le larga asté un machacante por una mala tarjeta de «Felices Pascuas». Creo que se la enviaron hasta los dependientes de la funeraria de la esquina.

Y nuestro protagonista, que se vió tan favorecido, y que en medio de la hermosura de su corazón no tenía un pelo de tonto, sino antes era un zumbón de siete suelas, dió orden al ama de llaves para que citara a todos sus «favorecedores» el día de Año Nuevo, a las tres y media en punto.

—¡Cosa más particulál!

- ¡Cosas e ricos!
—¡Será pa lucirse!
-

IV

De su peso se cae que no faltó ni medio cuanto más uno, de los que, sabe en tarjeta de felicitación; habiéndose dado el caso de haber vendido alguno su participación al premio gordo, o sea su opción al duro, aunque, ¡claro!, con su bonificación correspondiente al comprador.

A la hora prefijada, el zaguán era un enjambre de criaturas.

—¿Se os queréis callá?

—¡Haiga educación y modos y preñipios!

—¡Ya...! ¡Ya viene ahí el ama!

—¡La mare e Diól, ¡y qué ojo de güey má saneao...!

Y con efecto: bajaba el ama por la alfombrada escalera, con toda la majestad y señorío con que la camarera mayor de una

Reina bajará por la escalera de Palacio en un acto de corte.

— ¡Porque se pué!

Silencio sepulcral fué el homenaje tributado a su llegada.

Con empaque de Dogaresa en el día de su triunfo, abrió la amplia cancela de forjados hierros que daba acceso al patio de la casa, trayendo en una bandeja de azófar tangerina un gran montón de sobres, en cada uno de los cuales iba el nombre o empleo de su correspondiente destinatario, y se lo fué alargando a cada uno, por orden alfabético. ¡El lo hacía así todo!

Los que llamar pudiéramos «felicitan-tes de plantilla», se encontraron dentro de su sobre su duro como un sol...

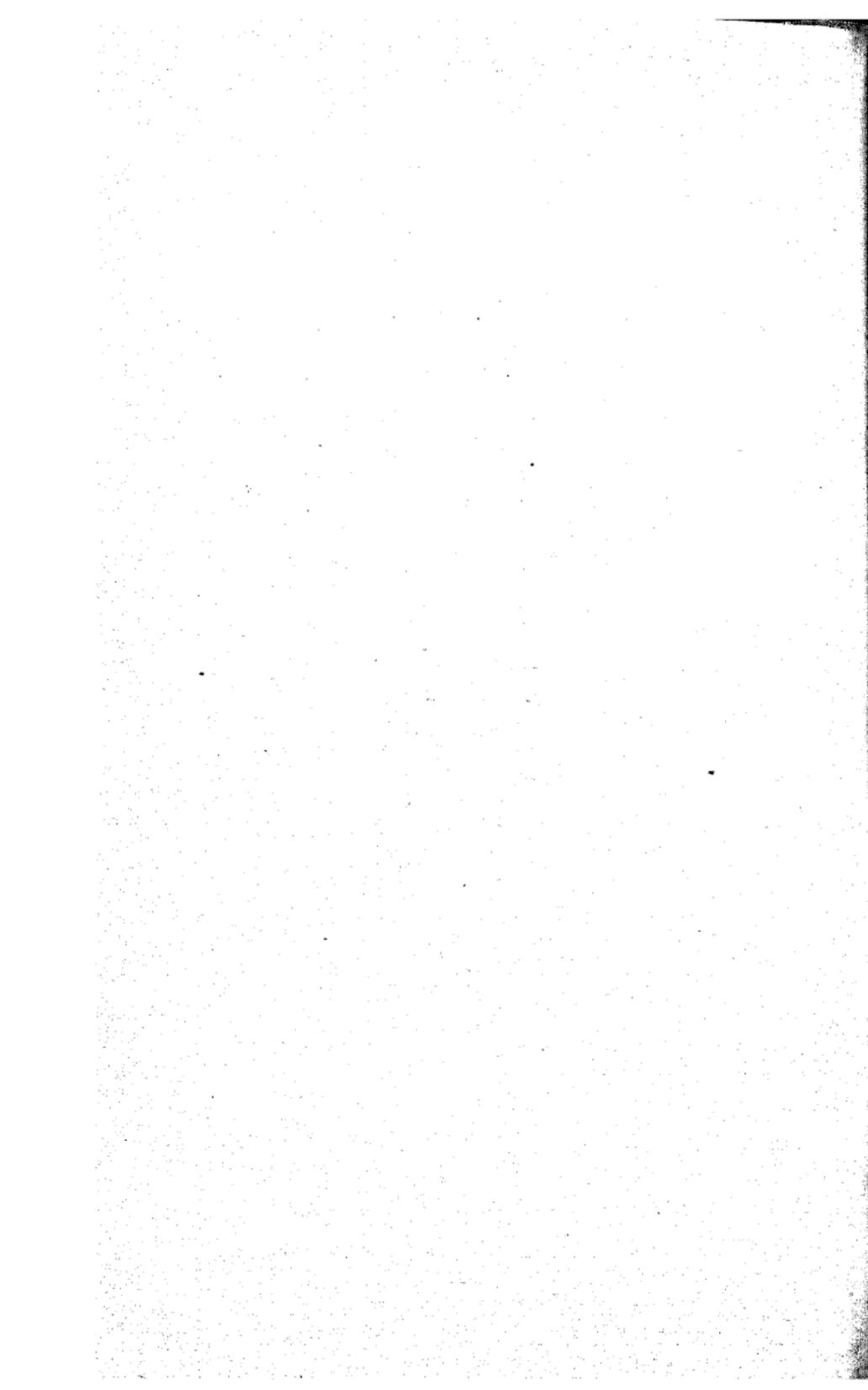
Los otros, los atraídos por la fama, y que no tenían por qué meterse a desear a nuestro protagonista ni felicidades ni desventuras, se encontraron con... una tarjeta de recia cartulina de intonsas barbas, que decía, con elegantes caracteres elzevirianos:

¡Muchas gracias! Es usted muy amable.—Yo también deseo a usted felices Pascuas, feliz Año Nuevo y... hasta feliz Semana Santa y feria.

Gabriel Dafnis

Sevilla, a tantos de tantos.





EL «INCARNATUS»

I

¿Quién no ha perdido algo alguna vez, sobre todo, de chiquillo?: la moneda de dos cuartos, que le dió la madrina... la peseta, que le entregó la madre para que fuera por el mandado... el botón o el bolindre?...

Y, perdido lo que quiera que ello fuera, ¿quién no se puso a buscar con la más voraz avidez, y el mayor ahinco, mirando y remirando; escudriñando y requiriendo, y tornando a escudriñar y a requerir, pica por pica del pavimento de la calle, y hasta se ha echado a llorar, para que la vecina de la calle salga con el velón y la escoba a ayudar a la búsqueda?—¿Qué te za perdió, padre?...

Tan humana es la cosa, que hasta ha

servido al Evangelio para una hermosísima parábola, que es todo un cuadro:

«¿Qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende el candil y barre la casa, y la busca con cuidado hasta hallarla, y después que la ha hallado, junta a las amigas y vecinas y dice: dadme el parabién, porque he hallado la dracma que había perdido?»

Así os digo que habrá gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que hace penitencia.»

Sirva esto de primer prenotando para el presente «histórico».

II

De entre todos los tratados de Teología Dogmática, el que más se me pegó de estudiante y el que más me ha servido como predicador, es el de «Incarnatione»: ese misterio, obra la más estupenda, de todas las que ha hecho Dios desde la eternidad—«*nullum ab aeterno majus factum, quam Verbum caro factum*»—como dice el Angélico;

ese misterio adorable, en que, como diría el Agustino «Dios se hizo hombre, para que el hombre se hiciese Dios»; ese misterio, en fin, que hace caer de rodillas tres veces cada día al mundo entero; a la hora del «ángelus» del sol en el cenit, y del «ángelus» del crepúsculo de la tarde.

«Verbum caro factum est et habitavit in nobis». El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

.....

Colocada por los Apóstoles la confesión de este Misterio en el centro del Credo del Cristianismo, su enunciación vuelve a hacer caer de rodillas otra vez a todos los asistentes en el incruento sacrificio del altar; lo mismo bajo las bóvedas filigranadas de las suntuosas catedrales, que bajo el humilde techo de la parroquia de la aldea...

¡Son unos cuantos instantes de adoración ferviente, en que el mundo agradecido se muestra como tal, postrándose de rodillas, con las manos cruzadas sobre el pecho, la cabeza inclinada y los ojos clavados en la tierra, en latréutico acatamiento de ese

Instante, el más augusto, de entre todos los instantes de la historia.

Y sirva de segundo prenotando.

III

Todo esto que sé ahora, gracias a Dios, no es posible que lo supiera, allá cuando frisaba en los seis años: edad en que mi madre, a fin de irme acostumbrando para cuando tuviese la edad canónica, empezó a llevarme a misa los días de precepto...

¿Qué podía yo saber de «Incarnatione»?

Para tenerme callado y con juicio... relativo... me compraba, camino de la iglesia, unas arropías—velitas—en el puestecillo ambulante que ponía una viejecita en la esquina de la calle de la Plaza; dándome una al entrar, y otra... cada vez que era preciso (era preciso en cuanto se me acababa la anterior), con tal que no rechistara durante la tres veces santa ceremonia.

—En la Casa de Dios no se habla, hijo mío; ¡mira tú todo el mundo qué calladito está!...

Sentándome junto a sí, me persignaba, con su mano, como al entrar habíame puesto agua bendita... diciéndome al oído, muy bajito, en el transcurso de la santa misa lo que yo debía ir diciendo:

—Adórote... preciosísimo cuerpo... sangre... alma... y Divinidad... de mi Señor... Jesucristo... que en el ara... de la cruz... fuiste... enclavado... para redimir... mis culpas y pecados...

¡Señor mío Jesucristo... no soy digno... ni merezco... que vuestra... Divina Majestad... entre... en mi pobre... morada... Mas por vuestra... santísima palabra... mis pecados... sean perdonados... y mi alma... sea sana y salva...

¿Quién olvida estas oraciones, que entraron con besos?....

¡Pobrecitos los niños que no han tenido madre!

.....
¡Si, ni hecho añicos, pago a Dios lo que le debo!...

Y entremos en el «histórico», no nos vaya a pasar lo que al templador del Rocío.

IV

Y llegó el «Incarnatus» de aquella primera misa mayor, en que asistí, dándome cuenta de las cosas.

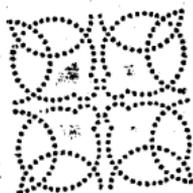
Sentado yo durante toda la misa, a excepción de los momentos más solemnes, como el alzar y el consumir, también fui requerido por la Señora, cuando llegó el instante del «Incarnatus»:— ¡Híncate!—

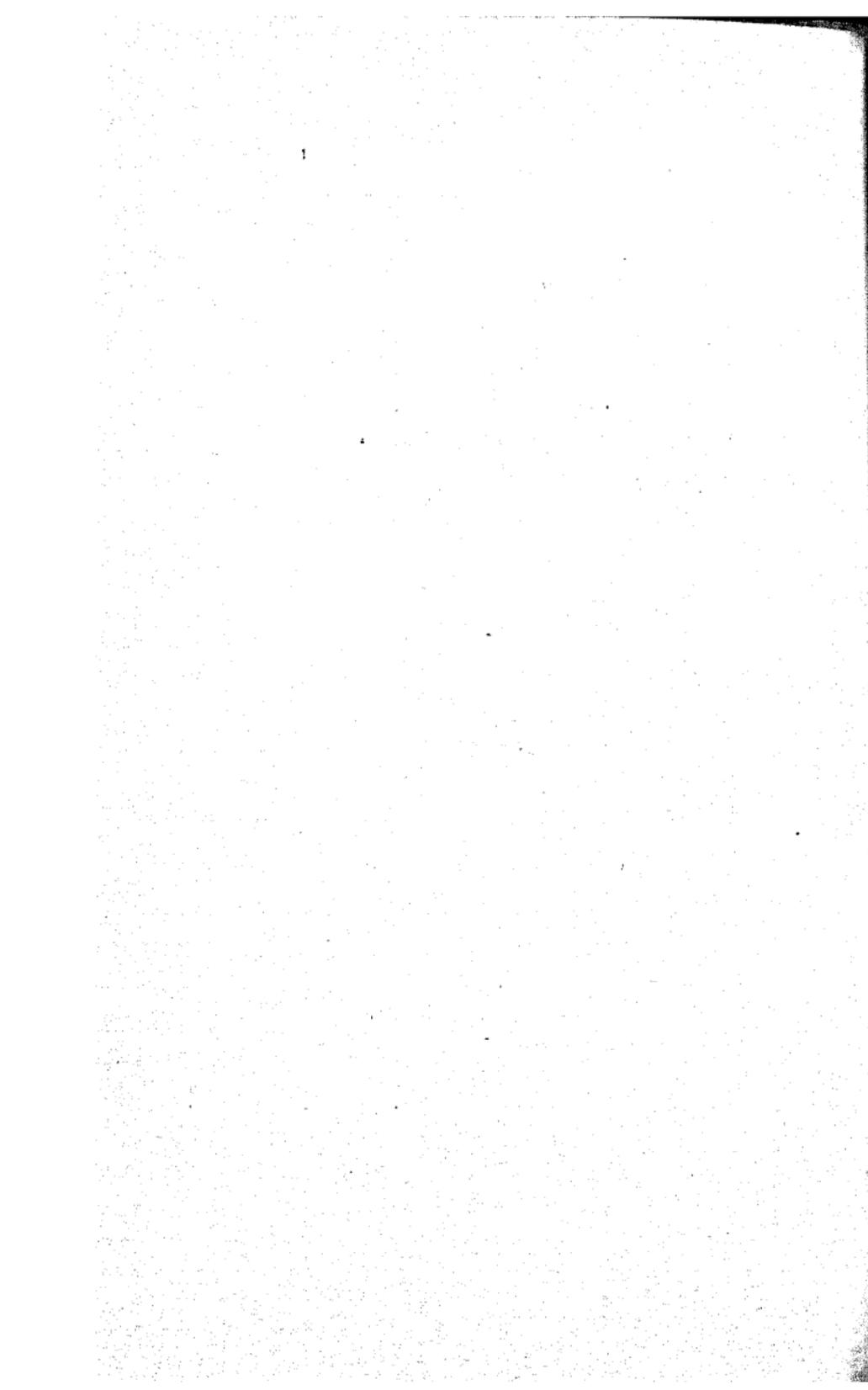
Y al ver que se me hincaba de rodillas... y al notar que en lo alto del presbiterio el cura se arrodillaba, devotísimo, se inclinaba hacia el suelo con inclinación profunda, y clavaba los ojos en la tierra... al notar que los ministros hacían otro tanto... que los hombres de los pies de la iglesia hacían lo propio y que mi madre y las demás mujeres hacían lo mismo, esto es: arrodillarse, inclinarse hacia adelante y clavar en el suelo los recogidos ojos... ¡yo me llené de una de esas curiosidades ¡infinitas! en que si uno no habla, revienta!... ¿¿¿.....???

— ¡Mamá!

— ¡Chist!

- ||Mamá!!
- |Chissst!...
- |||Mamá!!
- |Chiquillo, cállate!
- |||Mamá!!!
- ||Te he dicho que te calles!...
- |||Po dimusté qué za perdío!!!!





¡¡Y CON RAZON!!

I

--Así pues, ya lo sabes: me los tienes vestiditos, a las cinco y media. Los recogerá Fernando cuando salga del despacho. Comerán con nosotros, y nos los llevaremos con los nuestros a una sesión de *cine*... ¡Angelitos!: sin ir a ninguna parte, con tus beaterías y tu luto...

—Bueno: Conchita desde luego, sí. Manolo, no. Le están dando destemplanzas todas las tardes, y puede hacerle daño el relente de la noche... Veremos cómo lo engañó para que no se entere de que sale su hermana. Si no, no quiero decirte la que me va a armar.

—Pues adiós y hasta la noche, que volveré. ¿.....?

—No son de importancia, ¿sabes?... Es sólo del estómago, porque es muy tragoncísimo.

—Pues eso, con un purgante está arreglado.

—Tras eso ando, desde que le dió la primera...

A ver si pudiera mañana cogerlo de hoja, porque es que estoy aburrida con tantos males.

—Pues adiós y hasta la noche, que pasaremos a devolvértelos, o a devolverte a Conchita, si te aferras en no dejárnosla llevar.

—Pues adiós, y muchas gracias.
Y se besaron.

II

La chiquilla se volvió loca con la noticia.

—¡¡Uy!!

—Pero sin que Manolo se entere de lo más mínimo; porque, como está malucho, no lo quiero dejar ir. Anda, voy a peinarte

y a vestirte... Te pondré encima el baby, para que no te estropees ni te ensucies el vestido, y en cuanto veas desde el balcón venir a tu tío Fernando te pones el sombrero y te bajas con mucho disimulo, sin ni decir con Dios.. ¡Por Dios que no se entere tu hermano, no me vaya a dar la tardel

III

Conchita era una madre muy buena y muy cristiana.

Y por lo mismo, mismísimo, que no habría de poder rezar con su idolatrada pepona las oraciones de la noche, quiso dejarla con ese menester quitado de en medio antes de irse de bureo a casa de sus tíos. Así, pues, se entró en su cuarto de muñecas; desnudó a su pepona del traje de maja goyesca, con que la había vestido al mediodía; la persignó con su manecita de jazmines; rezó con ella, o por ella, el «Bendita sea tu pureza» y el «santo Angel de mi guarda, dulce compañía»; la acostó en su «moisés» de mimbres y tela de mosquitero,

y con un beso en la frente, la dejó arropada y acurrucada, hasta mañana por la mañana, si Dios quería...

— ¡Que pases buena noche, mi corazón!

IV

— Mamá ¿y Conchita?

— Se ha quedado castigada en el colegio, por desaplicada y desobediente... Ha mandado decir la Hermana Rafaela que no se espere para comer, que hasta que no se sepa la lección de Aritmética no la dejen venir, aunque sean las nueve de la noche... ¡Mira tú qué disgusto para mí! ¡no tener más que dos hijos, y si uno es malo, el otro, peor!... Tu hermana sin saberse las lecciones, y tú sin querer tomar purgantes... Pues lo que es de mañana no puede pasar. ¡Ya ves!... ya tienes encima la fiebrequita de todas las tardes, y a ese paso te vas a poner malísimo... y a morirte como el niño de ahí enfrente, que se lo llevaron en una caja .. y lo enterraron en el cementerio, y su mamá lloraba muchísimo...

—¡Po yo no tero puante!

—¡Pues no tienes más remedio que tomarlo, y de mañana no pasa!

V

—Mamá: ¡yo estoy mú burrió! ¡Yo tero juá!

—¡Pero en la azotea, no!... ¡Vete al cuarto de las muñecas, y entretente con los soldaditos de plomo, hasta la hora de comer ... Llévate las postales... ¡Y cuidado como te asomes al balcón, que es muy malo el relente!... En el cuarto, lo que quieras... ¡Si estás ardiendo, mi vida!

Y nuestro hombre se fué al cuarto de las muñecas.

VI

—Ya la tienes aquí sana y salva...
¿Y Manolo?

—Acostado. Se aburrió sin la hermana, y se amodorró con la fiebre y a eso de

las oraciones se me vino bostezando del cuarto de las muñecas y lo acosté. De mañana no pasa que lo purgue.

VII

El despertar de Conchita, al día siguiente, fué de una tragicidad realmente sofocliana.

Sin ni siquiera vestirse, se entró, como tenía por costumbre, en el cuarto de las muñecas a despertar a su pepona de su alma. Y al intentar cogerla entre sus brazos maternos—¡Manes de Tiestes — se le quedó entre las manos el tronco de serrín, y... la rubia cabecita de guedejas de oro, cayó al suelo, con un—¡pláfl—sordo y mate, quedando convertida de repente en una plasta informe de cartón mojado!

— ¡Ayyyyy! . . ¡Ayyyyy!...

VIII

A los gritos desgarradores de la nena, acudieron la señora y los criados, y hasta

el propio Manolo, descalzo y con la camisa-
lla de dormir.

Conchita estaba desoladísima... la se-
ñora y los criados, disgustadísimos y Mano-
lo ¡aterrado! ¿¿.....??

—¿¿Pero qué ha sido esto??

¿¿¿Pero cómo ha sido esto???

¿Habría alguna mano criminal abierto-
con un punzón la sonrosada boquita de la
pepona, y entretenídose en llenarle de agua
la cabeza?...

¡Cosa más particular!

IX

—No llores tú, mi vida. ¡Ahora mismo
va Julia al bazar, y te compra otra nueva!

—Sí; ¡pero primero que yo la quiera
como a ésta!... ¡Ay!... ¡Ay!...

—¿Y qué le vamos a hacer, mi corazón?
Ya le tomarás cariño, y verás cómo ni te
acuerdas del percance... Anda: a vestirse y
a tomar el desayuno... Si quieres, vas tu
con Julia en cuanto lo tomes, para que la
escojas a tu gusto.

X

—Mamá; ¡yo tero tafé ton leche y un bollo gandel!

—Tú, no, mi alma. ¡Ya ves! Ayer también tuviste calentura, y lo que toca de hoy no pasa que te purgues.

—Po yo no tero puante, ea —Y soltó la poderosa.

—¡Julia!... ¡La botella de agua de Carabaña!

—¡Yo no tero puante, mamaita!

—Vierta usted en el vaso como unos cuadro dedos...

—¡¡Yo no tero puante, mamaita!!...

Y con el terror más grande de los terrores... ¡con ese horror cervical con que se verá venírse nos encima una muerte segura... ¡indefectible! el chiquillo, convulso, desatentado, desorbitados los ojos, y con palidez mortal, hundía la carita en el seno de la dama, a dos dedos del síncope...

—¡¡Po Dió!!!... ¡¡Po Dió mamaita!!!
¡¡Yo no tero puante!!...

XI

Asustada la señora, ante aquel terror tan sin medida, dejó el vaso con la pócima en manos de la doncella, hasta más ver. Y acariciando y besando... y tornando a besar y a acariciar al espeluznado nene, le preguntó con arrullos maternos:

—¿Pero, por qué, vida mía, si estás malito?

—¡¡Poque... me vy a efaratá... como la muñeca de Conchita!!... ¡Ezo





¡TODA UNA ARTISTA!

I

Eralo, y consumada, en el difícil arte culinario Mariquilla Josefa la Cantimplora, como se le denominaba en el lugar, casada con Inocencio Infante, el hombre más a la buena de Dios y más honrado, que ha comido pan en este mundo, y más enamorado de su mujer, que ha vivido en matrimonio.

La diputamos artista y verdadera artista, porque así como el artista, talmente tal, de nonadas hace primores, nuestra amiga Lady Cantimplora de poco más de nada que podía percanzar del exiguo jornal de su marido, lograba hacer verdaderas maravillas culinarias: hoy unas habas como conejo, y mañana unas papas en ajopollo que daban materialmente la sensación de la verdad del

punto de la comparanza: cuándo unas berenjenas fritas y rebozadas en huevo que le sabían a usted a sesada enteramente, y cuándo hasta un arroz con leche de almendras o de piñones, que le decía quítate de ahí al genuino de leche auténtica.

¿Que no había espinacas por el mundo de Dios?... ¡Pues para qué había criado Dios las hojas de las acelgas? Con buenos materiales a la mano, cualquiera era cocinera. La cosa estaba en la gracia del barbero, dejar bigote donde no había pelo.

De aquí que al bienhadado del marido se le cayese la baba de puro gusto ante tales combinaciones, y que diese por el más bien empleado de todos los dineros en este mundo el que gastó en los derechos parroquiales del casamiento de aquella prenda.

—¿Quién? ¿Mi Jocefa?... ¡Mi Jocefa es un potrocolo!

II

Y como basta de media vez que haya una persona de mérito, para que tenga ene-

migos, las vecinas y comadres de nuestra biografiada no le dejaban hueso sano, deshaciéndose en murmuraciones y hasta calumnias contra ella: y lo primero que le decían a usted era que si regalona, que si chupetona; que todo lo más bueno y más en flor lo quería para ella, y al buenazo del marido que lo partiera un rayo...; que si sacaba del puchero el tocino y la carne, aquél para almorzárselo al día siguiente con un tostón o un arrepápalo, y esotra para merendársela al mediodía con picadillo de pimientos y tomates y poniéndole al marido para cenar un platado de garbanzos con la berza de la estación, pelado y mondado, y sin más que su ensalada de escarola en el invierno y su dornillo de gazpacho en el verano.

III

—Toma. Y se lo pone en la mano, tu gran joyo de sangre con tomate pa armorzá camino de tu tajo, escarranchao en tu burra, como un príncipe. Lo cuá, que mira con lo que yo me queo.—Le muestra una cazuela —con la arrebañaura y gracia. Pero ande

está lo justo no llega ná, y tú eres er que lo gana, y justo es que si hay alguna preferencia, sea pa tí... ¡Pos no que no!

Ya tiés avía la 'arfoja. Tu pan de ayé crujiendito, y tu señá esportilla con acituna gordale, las urtimitas que había en la tinaja. Por supuesto, que han durao lo que han durao, porque yo me he echao un jierro en la cara y no las he ni probaíto siquiera. Te he echao también una gorda de queso colorao y un papelón de jigos, que aunque están ya de guitarrita (1) otavía se puén comé.

To esto, pa er bocaillo de la siesta na má: que pa armorzá llevas tu sangre con tomate que eso no lo armuerza hoy en er pueblo ni er notario, y alospués pa cená a la noche tu gran potaje e garbanzos que le vy a echá su mijita de calabaza roteña, que tantísimo te gusta como yo te lo guiso, y

(1) Cuando los higos pasados fermentan, se les cuaja el azúcar formándoles una especie de caspa que se les quita con los dedos como quien está rasgueando la guitarra. De aquí la nomenclatura, un si es no es chufiona, de higos de guitarrita, con que la gente de Andalucía,—que todo lo toma a chungá,—los distingue.

vy a jacé jasta su poquita de sarsa pa echársela poncima, con su ajo, su comino y su pimiento verde...

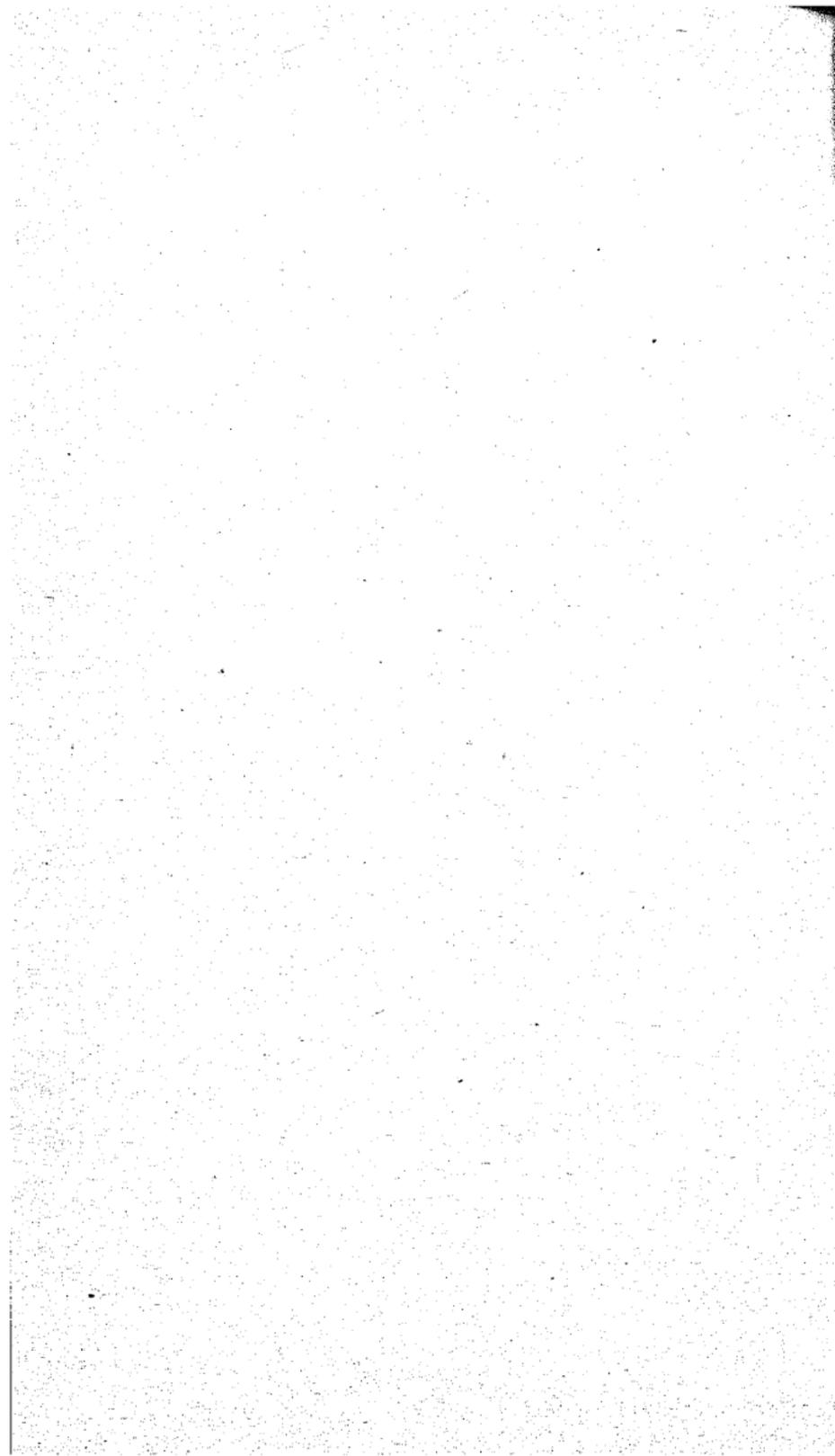
Sí, hijo: que pa eso te has casao: pa tené tu mujé, que te esté adivinando los pensamiento, y mirándose en tus ojos, como quien dice; quitándose der comé, si a mar no viene, pa que cuatro malas lenguas no le dejen a una güeso sano.

IV

—¿Quiéñ? ¡Mi Jocefa?... ¡Mi Jocefa es un potrocolol! ¡Mi Jocefa es una mujé de una sentá! ¡Mi Jocefa sale ar campo a echá su peoná, y no la deja atrá ni un hombre! Mi Jocefa se pone a cosé y no se le vé aquella mano de lo que corre con aquella abuja, y quien dice a cosé dice a lavá, y en titito, titito, lo que se pone.

Pero amigo; ande no tiene iguá es atento custión de guisandera... Le guisa a usted unos potaje... ¡Vamo! que saben a puchera enteramente... Como que se encuentra uno a lo mejón jasta cachillos e güeso, y mijitas e corteza de tocino.

.....



SULFÚRICO-FULMINANTE

I

—¡Pero hombre!

—¡Sí, señor! ¡Histórico, de toda historicidad, como usted dice! Y si lo quiere usted aprovechar, aquí está quien se atreve a firmarlo con usted.

—Pues lo haremos. Sí, señor.

—Pues a ello, cuando usted quiera.

—Pues venga ya de ahí.

—Vaya usted pensando el título.

—«Sulfúrico-fulminante».

—¡De rechupete!

—Usted dicta y yo escribo... Cuide un poco el estilo, a ver si nos ahorramos el borrador. Que nos hagan café y lo tomaremos. ¿Qué menos voy a dar a usted por un asunto?...

—Cate usted ahí una cosa que yo no desprecio nunca. Y más el que se toma en esta casa.

—Pues mire usted, el café, o bueno, o no tomarlo. El café «marca nosotras» me abre las carnes.

—¿El café «marca nosotras»?...

—El que hacen las criadas para ellas: «café del de nosotras», como ellas dicen...

—Comprendido, y aprobado. Pues que lo hagan «marca nosotros».

—¡Que nos sirvan café! Cuando usted quiera.

.

II

—Estaba yo de médico en Villamartín (provincia de Cádiz), en cuyo término municipal, y como a dos leguas de poblado, está ese manantial sulfuroso de que he hablado a usted...

—No: como para el público: «hay un manantial sulfuroso»...

—Que ríase usted de los de...

—No citaremos nombres, para no lastimar «intereses creados».

—Bueno: un manantial sulfuroso. Pero con una cantidad de sulfuro y una riqueza de sales de cal, de cobre y de hierro, como no conozco otro... ¡Una hermosura, que es lástima que no se explote como debiera! «El Serrillar».

Suelen bañarse en él algunos herpéticos de Villamartín y de los pueblos de la redonda: Prado del Rey... Benaocaz... Olvera... Pruna... Levantan sus chozajos o tiendas de campaña en aquellas inhospitalarias soledades, y constituyen una colonia de bañistas, de lo más patriarcal y primitivo. Aquí podía usted hacer un cuadro de primera.

Pues, señor: que una vez, cuando todavía no era temporada de baños... sería allá rozando con San Pedro, se me presentó un día en la consulta un pobre hombre, con un herpes tumaz, con honores de lepra, que daba compasión.

—Eso—le dije—se va usted de seguida a «El Serrillar». Se da usted veinte baños, y a la vuelta hablaremos.

—¿Mú largos, don José?

—Más de diez minutos es peligroso, porque son muy fríos. Procure usted que, si pasan de cinco, no lleguen a diez... ¡Siete u ocho minutos es bastante!

—Entonce, ¿es semenesté un reló?

—Es natural.

—Po lo peiré emprestao... Por la saltú tó se jace... ¿Y hay que jace argo má?

—Descansar y procurar alimentarse...

—Pontonce, jasta la güerta.

(Todo esto tendría lugar a eso de las diez de la mañana).

—Mire que en las narraciones no hay que descender a tantas minucias. Al lector también le gusta poner algo de su parte. Lo que no hace falta, huelga.

—¡Es que hace falta señalar la hora!

—Entonces no he dicho nada.

(Y entró en escena el servicio de café).

III

—Figúrese usted si será necesario consignar la hora del diagnóstico, cuando a las ocho de la noche de aquel mismo día se me

presenta en la puerta del casino una hija del interesado, convulsa, desatentada y hecha un mar de lágrimas, diciéndome entre hipidos y lamentos:

—¡Por lo que usted más quiera en este mundo, don José de mi arma!... ¡Ja usted er favó de llegarse corriendo a mi casa, que han traío a mi padre mú malito de los baños! ¡Ay qué doló de hombre!...

—Vete, que voy para allá.

.....
—¡¡Que vaya usted volando anca Manué er Paleta, si lo quíe usted cogé vivoll

—¿Pero?...

—Ná: ¡que los baños lo han matao, y usted perdone!... Lo han tenío que traé atra-vesao en una burra, ¡y milagrito será que ar-cance ni er santoliol!...

—Pero ¿qué demonios ha hecho?...

—Lo que usted le ha recetao: ¡bañarse y na má!... Gracia que estaba allí la mujé y el hijo Francisco, y que se habían llevao la burra con er costo, si no, se les muere en mitá de los campo, lo mismito que un lobo... ¡Lo han matao los baños, don José!

IV

—Usted sabe, amigo lectoral, lo que son los pueblos y el chiscarral y el *tolle tolle* que se arma en cuanto lo recetado por el médico no cura como «el unguento de la Magdalena» o como «la purga de Fernando, que desde la misma botica venía obrando».. ¡Donde figúrese usted lo que será cuando la medicina recetada no solamente no cura a ojos vistas, sino que *mata!*

Mi amor propio profesional se me encabritó, como a cualquiera que hubiera estado en mi lugar se le encabritaría, y, dejando plantada la taza de café que estaba tomando, requerí el bastón y el sombrero y salí de estampía camino de la casa del paciente... —A ver, hombre, a ver....

V

—¡Asesino!... ¡asesino!!—oí, al entrar, que decía la mujer, entre lamentos.— ¡Con razón le himos puesto Matapobrel...

¡Matao! ¡matao, como ar que le pegan cuatro tirol...

—Hágame el favor, señora, de reportarse y mirar lo que dice.

—¡Lo digo y lo retedigo! ¡Y er que no la jaga, que no la tema! ¿A qué enfermo en er mundo, y má a un hombre tan débi, ¡y a su edá!, se le mandan veinte baño?.. ¡veinte baño, que se dicen de una vél, que lo mismo fué salí der quinto, que echá mano a tiritá...

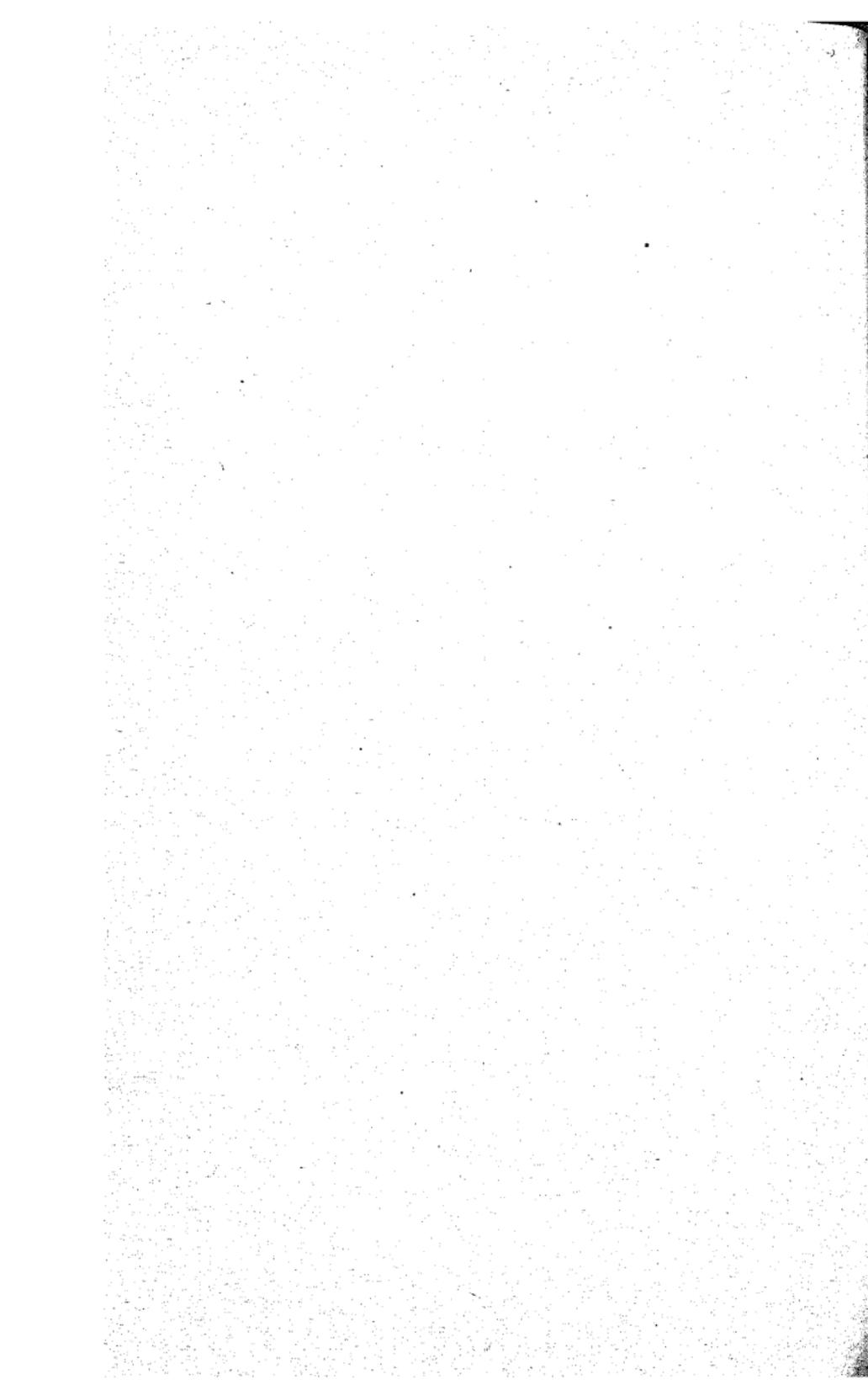
—¿El quinto dice usted? ¿Pero cuándo ha podido darse ese quinto baño, si se los he recetado esta mañana?...

—¿Po no le recetó usté veinte na menor?...

—Sí, señora; veinte baños...

—Po tó lo que ha poío resistí han sío dieciocho, ¡y quiá Dios que lo cuentel!





¡POBRE MADRE!

I

.....y en tu horror sublime
Empapada la ardiente fantasía,
Da a mi pincel fatídicos colores,
Con que el tremendo día
Trace al fulgor de vengadora tea.
.....
Y escándalo y terror del orbe sea.

II

—¡Crean que me siento don Juan Nicasio Gallego, solo en prosa!

Se trata de una pobrecita mujer, aunque conocidísima en todos los fielatos de consumos, en los que llegó a tener más fama que Barceló por la mar, allá en los no remotos tiempos en que anduvo en las ma-

las andanzas del matute, recogida al bien vivir a última hora, y observando una vida edificante.

No se sabe si porque Dios la tocara en el corazón, que es muy posible, si porque los carabineros le tocaran en las espaldas, cosa que tampoco está fuera de camino, lo cierto de ello fué que la pobre se «arrecogió a la virtud pa quitarse de mormuracione», y se encerró como una monja, en su casa de Castilleja de la Cuesta, a servir de ejemplaridad a todo el pueblo: educando a sus hijos en el santo temor de Dios, como una buena madre de familia, y ayudando a su marido a ganar el pan nuestro de cada día, como buena esposa.

¡Con agua pasá no molfa er molino!

Tan hormiguita era para su casa y tan de conciencia hacía lo de proveer a las necesidades de su hogar, que, aunque ya había pasado de los cuarenta, se resolvió a hacer una media crianza en Sevilla; para lo cual bajaba todas las mañanas de Dios, sin faltar una, por aquella cuesta con su nenito en brazos, camino de la metrópoli.

Entraba en la venta de «La Pañoleta»,

donde tomaba una pizca de aguardiente—
pero pa er flato, ¡coste—. Al pasar por
«Pinichi» (otra venta), hacía otro tanto—por-
que con un pie no se anda—, y, segura de
sí misma, y poseída de su «divino» papel
de «Caridad Romana», discurría por de-
lante del fielato del Patrocinio, entre la
turbamulta de carreros y cosarios, arrieros
y traginantes.

III

— Qué es eso, Regla?... ¿Otro crío a la
vejé?

— ¿Qué quieres, hijo?... ¡A la vejé,
viruela!... ¡Ande está er cuerpo está la
muerte!... ¡Ar cabo e Dios te sarve, miá
qué aguilando!

— Y ¿aónde vas toas las mañana,

Que llueva, que ventee,

Que jaga frío,

La hermandá de Triana

Va pa el Rocío?

— Po hermanito, a una crianza, que me
ha salío ahí en calle Pureza. Ande tengo que

vení toas las mañana, a darle de mamá a la criatura, y gorverme otra vé a mi Castilleja, escaeciíta der tiraero... ¡Ya vél, ¡a mis año, metía a criá, y alospués marcomía... porque, como dice el reflán, «a mi hija la güena moza, por la boca le entra la cosa»... ¡Er día menos pensao me van a tené que arrecogé con una cuchara, de tan escaeciíta como me queol... ¡Ya no está una pa andá en estos trote! Siempre se ha dicho que no hay bronces como los años once, y que de los cuarenta pa arriba no te mojes la barriga.

Pero como con los mardecíos e los consumos, que Dios confunda, no dejai a los infelice ganarse un bollo e pan, tié una que echarse a tó, si no quié andá a gofetás con la jambre...

¡Anjolá me salieran por ahí, aunque fuán unas licione de francés, que era escapá de darla!... ¡To lo der mundo!, ante que gorvé ar matute, que jace una tanto así—y señaló la primera falange del dedo meñique—y alospué aponderái tanto así—y señaló todo el brazo.—

¿Tú no has oío decí que de los escar-

mentaos nacen los avisaos?... Po yo estoy más escarmentá que Santa María Madalena, y a mí no me pone naide la ceniza en la frente.

Conque quéate con Dió, que ya me es tará llamando.

«A voce, Reina escogida.»

Cuantito ispierta, que ispierta, suerta la poerosa el angelito, y mientras no se jarta, que se jarta, jasta que se lo atienta el arma mía con er deo, ¡vayan con Dió lo sorchantre der coro 'e la Catredál! ¡Es un becerro!

¿Tú no has oío cantá:

Ni er canario má sonoro

Ni la tórtola en su bieña

Llorarán como yo lloro?

¡Po jate cuenta que por no oirlo se pueen jasta da dinero! ¡Te digo que es'e lujo!

IV

Pasaron días y pasaron meses, y nuestra buena Regla, yendo a diario a ejercer

sus funciones de nodriza, más fija que el reloj por aquella carretera, con el fruto de su amor en sus maternales brazos, liado en sus mantillas de bayeta gualda y arrebujado en su mantón de flecos, al suave calorcito de aquel santo corazón, todo ternura.

¡¡El seno de una madre!!...

V

—¡Eh!... ¡Amiga!... ¿Ande se va?

—¡Ande a naide le va, ni le viene, ni le importa!... ¡A cumplí con mi obligación y a ganarme honrámente un bollo e pan!

—¡Lo digo porque como se pasaba usted de largol...

—Er que va por su camino, sin meterse con naide y sin ofenderle a naide, no tié que tomá premiso ni pa pasá po alante er Rey... ¡Digo yo!

—Po güerva usted grupa, que hay novedá.

—¿¿¿...???

—¡Nál, que me se había antojao darle un besito a ese ánge de Dió.

—¿....?

—¡Tres que he tenío me se han muerto en leche, y en viendo una criatura, es que me jago porvo por besarla!

—Po éste está mu dormiíto, y va a sé un doló que me lo ispierte. Mejó a la güerta.

—¡ Un besito na má!... ¡que no lo ispierto!... ¿No verdá, mi corazón?...

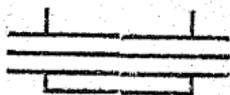
VI

Y aquel bárbaro, y bruto y desalmado, con las entrañas de hiena y el corazón de chacal, de los sicarios de Herodes el Idu-meo... aquel monstruo, que acreditaría al mismo Tieste de humanitario... ¡aquel baldón, en fin, para la humana paternidad, porque debía saber, por experiencia propia, lo que se quiere a los hijos, arrancando con un fuerte garfañón, del maternal regazo de la gitana, aquel vivo pedazo de sus entrañas de madre... entre gritos y alaridos desgarradores de la infeliz, como pudieron ser los de

Raquel, de que habla la profecía... sin que se abriera la tierra y se lo tragara vivo... ¡ni un rayo de la altura lo dejara allí mismo patitieso!, con una ferocidad de tigre del desierto, entre sardónicas carcajadas, de esas que hieren y abofetean, cogiendo por el extremo de las mantillas a la inocente criatura, empezó a sacudirla con desatada furia contra una de las trancas del sombrero...

VII

Mas... como hay una Providencia, que de los mismos males saca bienes, en lugar de pedazos de chiquillo, como era natural, empezaron a volar por el aire... ¡chorizos y morcillas!



«RELATA REFFERO»

I

Debo pedir mil perdones—y se los pido a mis queridos lectores—, por lo que pueda desedificarles la inmodestia que supone en mí escribir este «histórico». En Dios y en mi ánima que nada más lejos de mi intención que hacerme yo el artículo... Es que la cosa no deja de tener gracia, y, si yo no lo cuento, no hay nadie que lo cuente.

Así, pues, pecho al agua.
Y perdonado, ¿eh?

II

Convinimos la noche anterior en que yo daría mi clase, como siempre, a las nueve de la mañana. Y en que a las diez y media

estarían ellos en la puerta «del Apeadero» de San Telmo, esperándome en el *auto*.

Nos iríamos en un verbo a la magnífica finca de olivar que tienen en el término de Alcalá de Guadaíra y pasaríamos el día en paz y gracia de Dios, disfrutando de las caricias del sol, que tonifica los cuerpos, y de las delicadezas de la amistad, que afina las almas

—¡Verá usted qué hermoso día! Casualmente están las violetas dobles, que tanto le gustan a usted, en todo su apogeo, y podemos traernos un canasto para su madre... Nada, señora, que nos lo llevamos... Mañana es nuestro. Ya puede usted ir encendiendo a San Rafael (1) para que se lo devuelva sano y salvo, ¡Conque lo dicho!—

Y los despedí en la puerta de la escalera.

III

A la hora convenida, y con puntualidad de reyes, yo en la puerta de San Telmo y ellos dos en el *auto*.

(1) Mi madre enciende a San Rafael, hasta cuando vamos a Triana.

Era un día de sol esplendísimo, de estos días de Febrero de Andalucía, que ya quisieran en otras partes para el día del Corpus. Y aunque la carretera, como de Andalucía, estaba como para sincerar la lámpara de San Rafael, antes que nos diésemos cuenta (tan cerca está la finca), nos apeábamos ilesos a la puerta del risueño caserío.

Los chiquillos se abalanzaron al cuello de los papás y del padrino—los he bautizado a todos,—y con el notición del más pequeño «¡Mamá! ¡La gallina ha parió!», nos entramos en la casa a sacudirnos el polvo y lavarnos para almorzar temprano, a fin de poder tomar el té no tarde, si habíamos de volver con luz del día.

De su peso se cae la visita al molino aceitero, de que tanto gustamos los que nos hemos criado entre esas cosas y luego cristalizamos en señoritos... Su excursión por establos y cuadras, palomares, gallineros y hasta pocilgas... y ahora, al jardín soleado y riente—un verdadero bosque de rosales entre erguidos cipreses y desmayadas palmeras, limoneros, lunarios y espléndidos magnolios,—verdadero paraíso, aunque en traje

de invierno, hecho una bendición de Dios de tantísimas violetas

Las dobles son un hechizo y van escaseando, a lo menos por aquí, donde van siendo rarísimas. Aquéllas, más que violetas, parecen rosas de pitiminí color de lila... ¡Deliciosas, deliciosas!

Sentados en un banco de azulejería trianera anfitriones y huésped, mientras la gente menuda entraba a saco por los prados de violetas, vimos llegar al capataz de la finca, que había ido a Alcalá por unas bizcotelas famosísimas que allí se hacen y que habían de figurar en el *menú* del té. Se apeó del caballo, que metió en la cuadra, y vino, muy respetuoso, al llamamiento de la señora.

—Que se cubra—dije yo.

—Pues anda, cúbrete.

—Po tantas gracias.

—Este señor es el que escribe esos cuentos con que tanto os reís en la gañanía. ¿No os dije que os lo habíamos de traer un día, para que lo conociérais? Pues ya lo tienes aquí.

—¡Po tanto gusto!—y se hurgó en la ancha ala del sombrero cordobés.

—Muchas gracias—dije yo.

—Anda, dile al señor lo que me dijiste de él aquel día, cuando estuvisteis leyendo el cuento de «La venta de la burra».

—¡Po la mó de Dió, señora, no me comprometa ustél... ¡Ar mesmo interesao decirle una cosa así!

—¿Y qué? El señor tiene mucho talento...

—¡Muchas gracias!

—Y sabe muy bien oír. Sabe Dios si eso mismo le servirá para hacer otro cuento.

—¡Eso tuviá que vé! ¡Que salía Curro Botine en los papeles público, ar cabo e Dió te sarvel... ¡A que matrievo a apostá que no lo han traio los señore na má que pa que se lo diga?

—Pues mira, es la verdad. Aparte el gusto que tenemos en tenerlo con nosotros siquiera un día—ya ves: él fué quien nos casó y quien ha bautizado a todos los señoritos,—queríamos que escuchara de tus propios labios el juicio que te merece como escritor.

—¡Po yo no se lo digo, señorita!

—Pero ¿por qué?

—¡Porque me da vergüenza! Porque lo mismo lo pué tomá por la güena (lo cuá que esa fué mi intención ar decirlo), que echarlo por lo malo y tomarlo como un insurto a su dirnidá.

—¡Te he dicho, y te lo repito, que el señor sabe oír!

—¡Tuviá que vé que no!... ¿Es sordo, acaso?..

—Pues nada, sea usted obediente a la señora. Dígame de una vez lo que sea, que a eso estamos atenídos los hombres públicos.

IV

—Po verá usted. Los señore, sin que esto sea alabancia ni cosa parecía—a mí no me gusta ni magustao nunca lavarle la cara a a naide—po no solamente—. Dios se lo pague —nos pagan nuestro jorná y nos ayúan en toas nuestras necesiaes y nos socorren en tós nuestros apuro...

—¡Eso no viene al caso!

—¡Vaya si viene! Po no solamente nos

ampan como si fuán nuestro padre, sino que, pa que no escaescamos e ná jasta nos tienen diarios y libros, pa que nos entretenamos e noche, anlugá de ofendé a Dió con chismes y mormuraciones. ¡Primero farta er só en su carrera que er periódico en los tajo de esta finca! De eso lo conozco yo a usted... lo cuá que no lo he saludao a usted, y usted perdone. ¿Cómo está usted?

—Bien. ¿Y usted?

—Tan güeno, gracia, y pa serví a Dió y a usted. ¿Y la familia?

—Está bien; muchas gracias.

—Po güeno. En un libro de usted, que no me acuerdo ahora la nombradía que tiene....

—«De guante blanco»—apuntó la señora.

—Leí ese cuentecillo de «La venta de la burra», que me esternillé de risa. Y alospué, esta primavera pasá, er cuento de aquer chalán en er rodeo de la feria e Sevilla, que tamié lo estuvimo leyendo y comentando en la escarda e la cimentera... ¡Son cosillas de er paí, y, la verdá, nos gusta que sargan en los papele. ¡Tó no ha de sé en er mundo. cosas del listranjero!

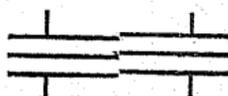
—Po, seño, que nos gustó tanto que a la señora se lo dije, lo cuá que le cayó tanto en gracia que se lo ha referío a tito er mundo, y ahora quiere que se lo cuente yo a usté pa ponerme en un compromiso.

—Pues nada, cuéntelo, que ya estoy intrigado.

—Po ná: que ar contarle a la señorita lo que nos habíamos refo, dígoles, digo, sin ofensa ninguna de usté, y si no que Dios no me dé salú pa acabá de contarlo: «Este hombre... una de do: este hombre... o ha sío chalán o... ha sío caballería.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

—¡Sí, seño! O chalán, y por eso tié espediente pa toas estas charranás e los tratos... o ha sío caballería, que se habrá estao empapando en titito lo que han dicho tani-mientras que lo han estao vendiendo... ¿No dicen los piritista que primero es uno una cosa y alospué otra? ¡Po cáalahí!



MODAS FEMENINAS

(SERMÓN PERDIDO)

Pase (este «pase» no quiere decir que pueda pasar, ¿estamos? No es más, ni menos, que valernos de un modo de locución usual y corriente), pase que las mujeres libres y realengas, sin padre ni madre, ni perrito que les ladre, hagan de su capa un sayo, o sea, de sus faldas, por lo cortas; de sus escotes, por lo hondos, y de sus mangas, por lo ningunas, una hoja de parra o poco menos! Lo que es incomprensible, de puro absurdo, es que las que tienen hermanos, padre y hasta marido, no solamente hagan otro tanto, sin que estos editores responsables les abran con el bastón la «ensoñadora cabecita», les descoynten «el piececito de muñeca» o les rompan el «ebúrneo y torneado».

do brazo», sino que las acompañen tan tranquilos, si no es tan orgullosos, por esas calles, para que todo bicho viviente se las «estudie»...

Hasta ayer, como quien dice, el... desnudo «de vestir» estaba vinculado a los actos de corte y a los que, sin ser realmente tales, tenían con aquéllos connotación y semejanza. De ahí el conocidísimo dicho de aquella señora: «Voy a desnudarme para ir al baile», o el del pobrecito del Cardenal Spínola, una vez que comió en una Embajada: «¡Mire, usted! Me parecía como si estuviese sentado a la mesa con las benditas ánimas del purgatorio». ¡De poco tiempo a esta parte es cuando esas procacidades de salón han salido a las calles y a los paseos, a las tiendas y a las visitas... y hasta a la misma casa de Dios mismo, y a la misma rejilla del mismo confesonario...

Que ellas lo hagan «tan frescas», es natural—lo raro sería que sintieran calor;—lo raro, lo inexplicable es la indiferencia de los hermanos, la desaprensión de los papás y, sobre todo, la «edificante» pasividad de los maridos.

Yo creo que eso será porque, tanto ellas, como ellos, profesarán el principio que cierta gran señora (una alta dama, con quien me documentaba yo no hace mucho para vestir a la protagonista de una de mis novelas).

¿Que cuál es este principio? Allá va, y Dios nos coja confesados:

—«¡No hay modas indecentes—me decía,— con tal que sean señoras las que se las pongan!».

—¡Aaaaaay!

¡Como si la carne de señora, y hasta la de la «en olor de santidad», no fuera tan incentivada a los ávidos ojos de los hombres, como la de... las señoras, con letra bastarda! Confieso que me quedé helado con la jurisprudencia de la dama.

Y ahí, y no en otra parte, está, a nuestro pobre entender, la razón del mal: en que «esa gente» se viste, «como quien es», y las que no son como ellas, ¡ni quieren serlo, gracias a Dios!, ponen todo su empeño en parecérseles.

Aberración más monstruosa no es posible que se dé: el que la moda vaya de abajo

arriba, o sea, del escenario de «varietés» al salón del palacio, o del tablado del café cantante al encerado «parquet» del nordelisado camarín de la duquesa, siendo así que de donde debía venir era de arriba abajo, como pasaba allá por la remota época del sentido común, en que la menestrala copiaba a la burguesa y la burguesa a la grande... las que estaban y vivían a rás del suelo, a las que se elevaban y sobresalían quince codos sobre los más altos montes.

¿Quién lee en el interior de las conciencias, para adivinar que esa dama que cruza las piernas como un «sportman», que fuma como un coracero, que se rasca como un mendigo... de los desaseados, metiéndose la pulida manecita por el escote—todo esto en público,—después de haberse pintado—esto en secreto—ojeras y mejillas, cejas y labios, no es, ni muchísimo menos, lo que parece, sino que aparte ese desenfado de «cocotte» y esos recursos de hetera, es una honrada madre de familia, o una niña piadosa, que se firma: Fulanita de Tal, H. de M.?...

Monedas buenas hay que, por tener

mal sonido, a causa de una hoja, o por cualquier otra avería que les da aperiencia de falsas, cuesta a su poseedor Dios y ayuda pasarlas en el mercado.

Y no, ciertamente, porque sean falsas, —ya hemos dicho que son buenas,—sino porque, a pesar de su bondad intrínseca, de su ley en el metal y de su justeza en el peso, por cualquier deterioro en el cuño dan lugar, sin que sean examinadas con mucho detenimiento, a que de ellas se diga:

—¿Esta? ¡Más falsa que el alma de Judas!

¡Qué pena, que para que haya de tenerse por decentes, tengan que someternos a discusión y examen!...

Si yo me vistiese de capitán general, ¿no estaría muy en su punto que cuantos militares se confrontasen conmigo me saludasen militarmente?.. Pues, ojo, ¡y mucho ojo! no sea que por vestirse y presentarse en distinta indumentaria de la que a su verdadera honradez y decencia interior corresponde, se las tome y se las considere como... fuera un desacato, de esos que las mujeres de bien no perdonan nunca... Aunque el hábito no

hace al monje, lo cierto de ello es que por el hábito se saca el monje... Vista usted de guardia civil a un benedictino, y a ver si no lo toman por uno de la benemérita.

.
Todo esto, que escribo para que lo lean las señoras y se lo apliquen, quienes debieran leerlo eran los modistos de París. . que en eso estarán pensando... Ellos, pontífices sumos, y por ende infalibles, y reyes absolutos, y por tanto inapelables, son los que tienen la culpa.

Dijeran ellos: gorgueras hasta las orejas y faldas hasta formar cola por delante, como los briales de las damas de los tapices góticos, y se acatarían sus pragmáticas sin rechistar... En los modistos, que son los árbitros es donde deben poner la puntería los moralistas... Las señoras, después de todo, no son ni más ni menos que el coro de la ópera, y ellos, los hierofantes que cantan la romanza, que luego el coro glosa.. ¿Pero quién es el mozo que le cuelga los cascabels al gato?... ¿Quién es el predicador que convierte a un modisto?...

¡En cuanto se convirtieran, se perdían

No es ya cuestión de moralidad. Es cuestión de negocio, y el negocio siempre se ha dicho que no tiene entrañas.

Me explicaré.

El modisto, aun el más cacareado por las revistas de modas, como genio, no es «un artista», como dicen los aduladores que le hacen el reclamo.—¡El artista no hace nada feo, ni nada monstruoso, ni nada ridículo!—El modisto no es más ni menos, que un «industrial»; un industrial que hace vestidos, sombreros y perifollos, como pudiera confeccionar conservas de sardinas, o elaborar específicos medicinales. El modisto es un industrial, y como tal industrial, un hombre de comercio. Ahora bien. En su obrador, caos de gasas y de cintas; de terciopelos y de botones; de plumas y de pieles, hay un instante en que se transfigura en mago alquimista que convierte todo aquello en filones de oro. Y de una pieza de «charmeusse» que le costó en fábrica doscientos francos; otra pieza de gasa, de tul... o de demonios coronados, que le costó cien por junto; unos cuantos rollos de «soutache»; unas cuantas docenas de botones; unas tiri-

tas de piel y unos sarteles de mostacilla por valor todo ello de otros cien francos, con la varilla mágica de su metro y los polvos de la madre Celestina del jabón de sastre, le saca a usted veinticinco «toilettes», cada una de las cuales se le truecan en mil francos, de ahí para arriba... Pues bien: en cuanto alargue un poco las faldas y suba los escotes otro poco; en cuanto estire las mangas y ensanche el vuelo, en vez de «veinticinco toilettes» no saca más que «quince»; con lo que son, por lo menos, diez mil francos los que se le diluyen y se le esfuman, de una mano a otra.

Hacen como los confiteros con los pasteles de la postguerra: que no sólo los cobran a razón de quince céntimos—antes costaban a diez—sino que los están haciendo... ¡más chicos cada día!

Por donde recomiendo a mis lectores que hagan con los vestidos, lo que yo en mis cortas luces hago con los pasteles; que me como ahora seis, en vez de cuatro... Pónganse dos vestidos: uno, desde los hombros hasta donde les llegue, y otro, a continuación... y así sucesivamente. Con eso lucirán

más, y lucirán menos. Más, de lo que, después de todo, se ha hecho para lucirlo, y menos, de lo que no es permitido lucir, sino entre tribus salvajes. ¡«Perdón, mes damas!»!





DE GORRA

I

Acabó de almorzar, sin convidados, porque tenía que salir de compras, y se fué por su prima la de Maqueda, fácil dama de honor, que la acompañaría al hotel, a examinar los últimos modelos de París que acababa de traer madamme Peplay, francesa... de los Cuatro Caminos, que, previo el pomposo anuncio en todos los periódicos de la localidad, había venido a visitarnos, como en todas las temporadas de otoño y primavera.

No le gustaba salir sola, por una parte, y por otra, creía a puños cerrados en e buen gusto nativo de su prima; así es que no prescindía de ella como asesora, cuando había que resolverse por un traje, elegir una

piel o decidirse por un sombrero... ¡Tenía tan refinado gusto la arrastrada, que, como dijera ésto o aquélllo, el acierto era seguro! ¡Toda una artista!

Así, pues, montó en el automóvil forrado de azul y adornado de creas de Encisnacia, con su imprescindible «bouquet» al vidrio de flores... ¡contrahechas! Y, deteniéndose ante la puerta de la casa de la prima, hizo bajar al lacayo para llamar desde la cancela a la señora, sin ella moverse de su sitio. Era plan convenido entre las dos desde la tarde antes, que la prima estuviese arreglada a aquella hora para no perder tiempo y ser de las primeritas que desflorasen el surtido de la madamme, escogiendo prendidos y perifollos como entre peras.

La prima, que aguardaba hasta con el sombrero puesto, bajó por la escalera como un cohete, no bien sintió en la puerta pararse el auto, y antes de cinco minutos—y eso por lo tortuoso y estrecho de las calles de Sevilla—entraban por el hotel y atravesaban el vestíbulo.

—¿Madamme Peplay?...

—Ahí, en el número siete.
—Pásele esta tarjeta.

II

Le gustó un traje de vestir, de terciopelo azul con franjas longitudinales de piel de mono, y lo adquirió en mil setecientos francos, sin rechistar, y, como complemento, un sombrero de «nielutine», gris azulado, con una «aigrette» en forma de corona, que era... ¡una monería! ¡Seiscientos francos, sin decir ni pío!

Ahora una capa de jerga, «beige», con cuello y zócalo de piel de marta, por valor de otros mil francos... y ya, un «renard», por valor de doscientos...

Hay que advertir que las diez mil pesetas para alfileres, que le daba su padre cada temporada, daban para todo eso y mucho más, y luego, el fortunón de su marido, que era uno de los capitales más sólidos de Sevilla... ¡Y con lo que había ganado aquel cuerpo con la guerra!

—Así es que todavía compró otras mil

costosas bagatelas, como un salto de cama elegantísimo, de crespón rosa, ribeteado de chinchilla..., una boina de terciopelo verde-mar y un collarón de cuentas multicolores..., amén un manguito para la prima, que jugaba con el boa que ésta llevaba puesto... ¡Una milada de francos como quien se bebe un vaso de agua!

III

—Ya que estamos en la calle, vamos al Bazar. Ando mal de esencias para el tocador, y con eso le llevo de regalo a Enrique cualquier friolera. Ya ves: tanto para mí, y no comprarle al pobre ni siquiera una petaca.

Y entre esencias y polvos, y dentífricos, y un «crayón» para los ojos y una crema para los labios; un muñeco de gamuza, que le hizo mucha gracia, para acerico, y un juego de pitillera y tarjetero de piel de foca para Enrique... sus trescientas y pico de pesetas, pagadas a tocatejas en el bazar.

A la prima le gustó una monada de

lamparita de porcelana de Lemoche, con pantalla galoneada de oro viejo, y por diez pesetas indecentes, no era cosa de no quedar a su altura...

—Todo esto, a casa. Y la lámpara a la calle tal, número tantos...

—¡Mujer! ¡Por Dios!

IV

—¿Sabes, querida, que tengo hambre?

—Pues, hija mía, el remedio no está en Roma. Anda, vamos al restorán y te convido. Yo también tengo ganas de merendar.

—Hoy vienes a mi servicio, y pago yo. Además, que donde hay señoras casadas, no pagan solteras.

Y entraron en el restorán de más alto coturno, y tomaron un pisco-labis..., si pisco-labis puede llamarse atracarse de emparedados y pasteles, helados con sus correspondientes pastas a discreción, y, finalmente, té con leche nuestra heroína, y con agua de azahar la acompañante.

V

—¡Mira, mujer, qué crisantemos más hermosos!

¡Riiinn! ¡Riiinnn! E hizo parar el automóvil.

—¿Qué desea la señora?

—¡Ese hombre de las flores!

.....
—Vamos a ver, ¿a cuánto son esas macetas?

—Por se pa la señora, a dié reale. A meno de tres pesetas, no hemos vendío ninguna. ¡Misté esta coló de paja!

—Pues déselas al «chauffeur», y tome diez pesetas por las tres y ese coquito. ¿...?

—Una pesetita más, que va usté mu bien servía ¡Er coquito na má, vale un duro!

—Pues bueno, tome. Y le dió su peseta.

VI

—¿No subes?

—Sí, mujer. Le daré un beso a tu madre, y me voy para casa, antes que vuelva Enrique del Casino.

.....
—Buenas tardes, tía Concha.

—¡Hija del alma!

Y se besaron cariñosísimamente.

—De locuras por ahí, ¿no es verdad?

—¡De exigencias de la vida, querrás decir! Vestir también es preciso, tan preciso, si cabe, como el comer, y no va una a liarse en un cobertor, con un alfiler de pajarita... ¿Qué es eso que estás leyendo?

—Un librito del Cristo de Limpias, que ha escrito Muñoz Pabón, y le ha regalado a Curro.

—Pues, ¡poco interesada que estoy yo por todo lo del Cristo de Limpias, desde este verano, que fuimos a visitarlo desde Santoñal!

—¿Lo quieres?

—¡Ya se vé! Eso, ni se pregunta... ¡Tan aficionadísima como soy yo a leer!... ¡Y del Cristo de Limpias, nada menos!...

—Nada, que ahorro las noventa y nueve. En cuanto lo leamos Enrique y yo, te lo devuelvo.

—¡Mira que no corre prisa!... Si se lo quieres prestar a tu suegra y luego a tus cuñadas, o alguien más, ya acá lo hemos leído.





LECCION DE CATECISMO

I

—Sí, hija mía; es obligación, y obligación de conciencia, la que tenemos los señores de hacer que nuestros criados cumplan con los preceptos de la Santa Madre Iglesia.

Un cristiano que no confiese ni comulgue, por lo menos una vez dentro del año, comete pecado mortal por cada vez que omite cualquiera de estas cosas. De modo que, aunque no robe ni mate, como vosotros decís; aunque no haga otra cosa mala que simplemente no confesar, ya tienes ahí un pecado, ¡y un pecado mortal, como quien no dice nada!; pecado que ni el sirviente, porque es cristiano, debe cometer por nada de este mundo, ni sus señores, si son cristianos, consentir de ningún modo.

Así, pues, aunque no lo hayas hecho nunca, porque, como dices, eso no se acostumbra en tu pueblo, y aunque te dé tanta vergüenza como dices que te da, es necesario que lo hagas. Pero no porque yo te lo exijo, ¿sabes?, sino porque lo manda la Iglesia, a la que debemos obedecer lo mismo que a Dios.... el Dios que nos ha criado.... que nos ha redimido nada menos que con su sangre preciosísima... que nos ha hecho cristianos y que nos ha de juzgar en el instante de nuestra muerte, para llevarnos a la gloria, si hemos sido buenos, o mandarnos a los infiernos, si hemos sido malos.

—Cí, ceñora, ceñorita; está muy bien, y a lo justo no llega ná... ¡Cuando usted quiera!

.

II

—Bueno; pues lo primero, para hacer una confesión como Dios manda, es hacer detenido examen de conciencia...

—¡....!

—Y para hacer un buen examen de

conciencia, saber la ley de Dios... ¡los Mandamientos!... ¿Tú sabes los Mandamientos de la ley de Dios?

—Cí, ceñora, que los cé..

—Pues entre amigos honrados, con verlo basta. Dímelos.

(Y los recitó de cabo a rabo, aunque con sus tropezones).

—Pues mira; la verdad: no creí que los sabías tan bien... Ahora ya no hay más que ir, mandamiento por mandamiento, rebuscando por nuestra conciencia lo que quiera que hayamos faltado en cada uno, y...

—Yo, en er que no me pueo dí de la mano es en er...

—¡No, muchacha! ¡A mí, no!... ¡A mí no tienes que decirme nada!... Eso al confesor nada más.

—¡Ci a mí no me da vergüenza, ceñorita!... ¡Ci ezo lo jace tó er mundo!...

—¿Todo el mundo?

—¡Tito er mundo, y usté la primera!

—¡Muchacha!

—¡Ci no ce pué remediál!

—¿Cómo que no se puede remediar?...

No sería pecado, entonces.

—Po er ceñorito bien que lo jace, aunque no como una. ¡To er día, como quien dice!

—¿Que lo hace el señorito?... ¿Que lo hago yo?

—Cí, ceñora, ceñorita: ciempre que cae ocasión.

—Pero... ¿qué es lo que hacemos?, ¡vamo a ver, porque a mí no me escrupuliza la conciencia!

—Po... ¡fartá contra er cétimo mandamiento!

—¿Contra el séptimo mandamiento??

—¡¡Contra er cétimo mandamiento!!

—¿Y cuál es ese mandamiento?

—Po ¡no jurta!

—¿Y hurto yo, por ventura, ni hurta el señorito?...

—¡Ciempre que cae la ocasión!

—¿Tú sabes lo que dices??

—¡Demá!

—¡¡Y me lo dices tan fresca!!!

—¡Po ya ce vé!

—¿De modo que, según tú, tanto el señorito como yo somos unos ladrones?...

—¿Ladrone??... ¡Ay, no ceñora, ceño-

rita de mi arma! ¿Qué habíai ustede de cé ladrone ni yo decirlo?... ¡Ladrone, no!... ¡Ladrone, no!

—Pues no he visto cosa más parecida.

—¡Pero si no es que robái!... ¡Que jur-tái, como tó el mundo!...

—¿¿Que hurtamos??

—Usté, no tanto. Pero lo que toca er ceñorito es que no para...

—Pero, ¿cuándo y en dónde?...

—Ezo, ustede lo zabéi mejón que yo. Ahora, que lo jacéi con decimulo, y no como los probe, que lo jacemos a tó velame.

—¡Luego, insistes en que hurtamos!...

—¡Po ya ce vé! y lo que es er ceñorito, ¡una barbariá!

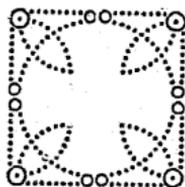
—¿Pero qué robamos nosotros, ni a las claras ni a las calladas?

—¡Y dale con lo é robái!... ¡Ci no es ro-bái!... ¡¡Ci e jur-tái!... ¡Jurtái!... ¡Jurtái!...

—Lámale hache.

—¡Contra! que o yo no me explico, o usté no me entiende. Jurtái, ¿no es... ¡vaya! el nombre fino que le dan los ricos a... re-gordeá?... ¡Po eso es lo que yo no me pueo dí de la mano... ni usté... ni er ceñorito...

que siempre tiene que andá con er bicarbonato!... ¡Er cértimo, no jurta!... ¡Amos a vé ci ezo pué una ni naide remediarlo!... Ahora: que ustede los ceñore lo jacéi con decimulo, y acá la gente probe, a caño libre..



“GÜENOS PRINCIPIOS”

I

Tiene uno que hacer de todo en este mundo. ¡Hasta de acomodador!

—Don Juan: ¿no sabría usted en Sevilla, de una casita güena, pa mi Getrue?

¡Está la cosa tan mala, ¡tan repeó!, que er día que armozamo no comemo y a la civersa!

Figúrese usted!: él bardao en un sillón ... Curro sirviendo al Rey, y Arvaro, ajuntando pa casarse y entregándole a la novia er jorná entero y pleno, sin quearse ni con tres chicas pa un liillo. ¡Ande le digo a usted, don Juan de mi centraña, que estamo pasandito las morás, traspillaítas e jambre como el otro que dice.

Y himos pensao, que se vaya a serví

a una casita güena y de güenos principios... Ya que la infelí se vé en la precisión de arretirarse de los suyos, y una tiene que echarse er jierro en la cara de vé salí una hija a lejas tierras a ganarse er peazo e pan, que en su casa no puen darle, que se lo jalle en er cuerpo el arma mía, mejorando de fortuna...

¡Usté no pué figurarse, don Juan de mi arma, lo que es pa una madre, como yo lo he sfo siempre, amante de sus hijo, lo que es arrancárselos de las centrañita y echarlos ar bentestate por ahí! (Llora). Mucho má, una niña mocita, como la hoja de la rosa que está la criatura, pa que le puea pasá, por tres duros ar mé, una esaborición pa toa la vía. (Llora).

Asín e, don Juan de mi arma que, siquiá por los ruíos que me ha dao usté en ese corrá, jugando con tós los chiquillos e la calle, porque malos los habrá habío, pero como usté y mi Antonio entran pocos en libra... (¿Sacuerda usté der día que se cayó en el arpechín, que fué semenesté lavarło de pata a oreja y meterlo en la cama, tan y mientras se le lavaba y se le planchaba toa

la ropa, pa que no le pegara su mamá?) Po güeno: ¡siquiá por esas cosas y otras mir má, es semenesté que tome usted con empeño este encargo de esta madre (llora), que no tiene a quien gorvé los ojo, como dice la novena de la Virgen de la Soledad, na má que a las armas güena, que puén jacé por ella en una noche ¡tan renegra! como la que tiene encima.

—Pues descuide usted, Manuela. En cuanto llegue a Sevilla se lo diré a la señorita Concha, que, como es natural, está más al habla con las señoras que no yo. Le encargaré que esté a la vista de una casa cristiana y decente, y, donde, a ser posible, no haya hombres, y cuando demos con una, le avisaremos a usted.

Ahora: que como yo le avise, la puede usted mandar a ojos cerrados. No quiero perros con cencerros de responsabilidades de conciencia, mucho menos, habiendo de por medio niñas mocitas... Se me está ocurriendo una casa pintiparada. Una madre y una hija, que conocemos y que días pasados se estuvieron lamentando en casa, de las truchas en seco que llevan los acomodadores a lo mejor...

--Pero de güenos principios, ¿no verdá?

--La señora es viuda de un magistrado de la Audiencia e hija de un profesor de la Universidad; y si es la señorita es de lo más educado y edificante, que nos honra con su trato. ¡Figúrese usted que quiere entrar de monja en las Esclavas

--Güeno: eso usted allá y la señorita Concha. Usted sabe ya la clase de casa que acá queremos y cuantito usted nos avise, ya, ya estamos allí aunque sea andando.

II

--Pues nada: la señora de que le hablé a usted en el pueblo, la está esperando como el agua de mayo. Ha tenido que despedir a la de cuerpo de casa, porque el novio es municipal de la demarcación, y era un pobre a la puerta todo el día, y está desaviada y sin querer tomar otra, hasta ver si Gertrudis se queda allí.

Repito a ustedes que es una casa de lo que no hay... decente... cristianísima... sin un hombre ni para un remedio... ¡En fin!:

para que se vaya usted tan tranquila, como si la dejara en un convento de clausura... ¡Figúrense que comulgan diariamente los dos y que van diciendo a la legua: gente de buenos pañales!

—¿Y ande dice usted que está la casa?

—Aquí en esta misma calle, número 92. Os llegáis de parte de la señorita Concha: que ya ella sabe la clase de mujer que mete en su casa.

Y tú, mujer, que te portes, como los informes que hemos dado de tí hacen esperar... Si por alguna cosa imprevista te quedases desacomodada, aquí tienes una casa y un plato de comida, y para cualquier cosa que se te ocurra, hazte cuenta que tienes aquí unos padres.

Los días en que te toque salir, no tienes más que atravesar la calle, como quien dice, y estás aquí en un salto... Si necesitas escribir a tu madre, o a alguna otra personilla que hayas dejado por allí, la señorita Concha, y si no yo, lo haré con mil amores. Aquí puedes merendar y pasar la tarde, pues casualmente mi madre salta la pobre por un rato de palique con gente del

pueblo. ¡Verás tú preguntarte hasta si tiene muchos desconchados la Cruz de tío Pollo!

—¡Como que qué retehinojera!

—¡Un monumento en la entrada de los pinares le debían levantar, si hubiera justicia en el mundo! En fin: que tocan a coro y no puedo detenerme... Ahí está, entrad un rato con ella, mientras no viene la señorita, por si quiere ir con vosotras.

—¡Po Dió se lo pague a usted! ¡Dió se lo pague a usted! ¡Quién a güen árbo se arrima...

III

—¿Qué? ¿Se quedó?

—Sí, señó: dijo que bastaba de media vé que ustedes le hubiérais dao tan güenas referencia, y que eso es lo que ella quiere: más bien tené que enseñá, que una de esas espachás, que se pierden de vista. ¡Tres duro!... Acá queríamo siquiá setenta reale; pero ha dicho la señora que no puede... ¡Ya usted vé! dié reales pa uno señores no es ná, y a una la arman... Pero dice que no; que

ella tiene su renta muy estiriticá, y que no le gusta de estendé los pié más allá de ande le arcanza la manta.

—Para empezar, no está mal... Tienen que desasnarla, como quien dice, y eso hay que tenerlo en cuenta. Y una cosa que quiero decirle a usted: que es gente tan delicada, que si vieran que la muchacha merecía más salario, capaces serían de quitárselo del comer como quien dice, antes que restarle un céntimo a lo que entendieran que merecía. ¡Le digo a usted que son santas!... En fin: de lo que no abunda en estos tiempos. ¿Y de salida?

—Po un domingo sí y otro no. Ahora: pa vení acá, siempre que quiera.

—Ellas vienen muchas noches de tertulia: de modo, que como si estuviera en nuestra casa, sólo en otra habitación.

—Po vy a vé a la señora, a vé si se le ocurre argo pa er lugá, y cogé er tren de esta tarde.

—Pues no se detenga mucho, si no lo quiere perder.

—¡Ay! ¡me moría!

VI

—Conque vamos a ver, mujer ¿qué tal te va en la casa?

—¡Regulá!

—¿Nada más?

—¡Y gracia!

—¿Es que hay mucho trabajo?..

—No señó: como está tó esterao, appena si hay más que jocifá, que la escalera; y, como son señora, apenita si ensucian mayormente. Las camá, me las ayúa a jacé la señorita, y er porvo, es la señora la que le gusta de limpiarlo. Como trabajo no hay mucho, ¿pa qué vy a decí una cosa por otra? Ahora: que a río lleno, la verdá, no estoy... Usté, como es naturá, no está adentro de las casa, pa sabé interioridades de las familia, y aquella casa no es, como usté nos la pintó... ¡Mi palabra no le ofenda; pero a mí se me cayeron endeje er primer día los palos er sombrajo!

—¡Muchacha!...

—¡Sí, señó; y aquí está quien lo dice!

—¡Pero si son buenísimas

—¿Y he dicho yo que son mala? Causarmente la señora es una santa de los artare, y la señorita un

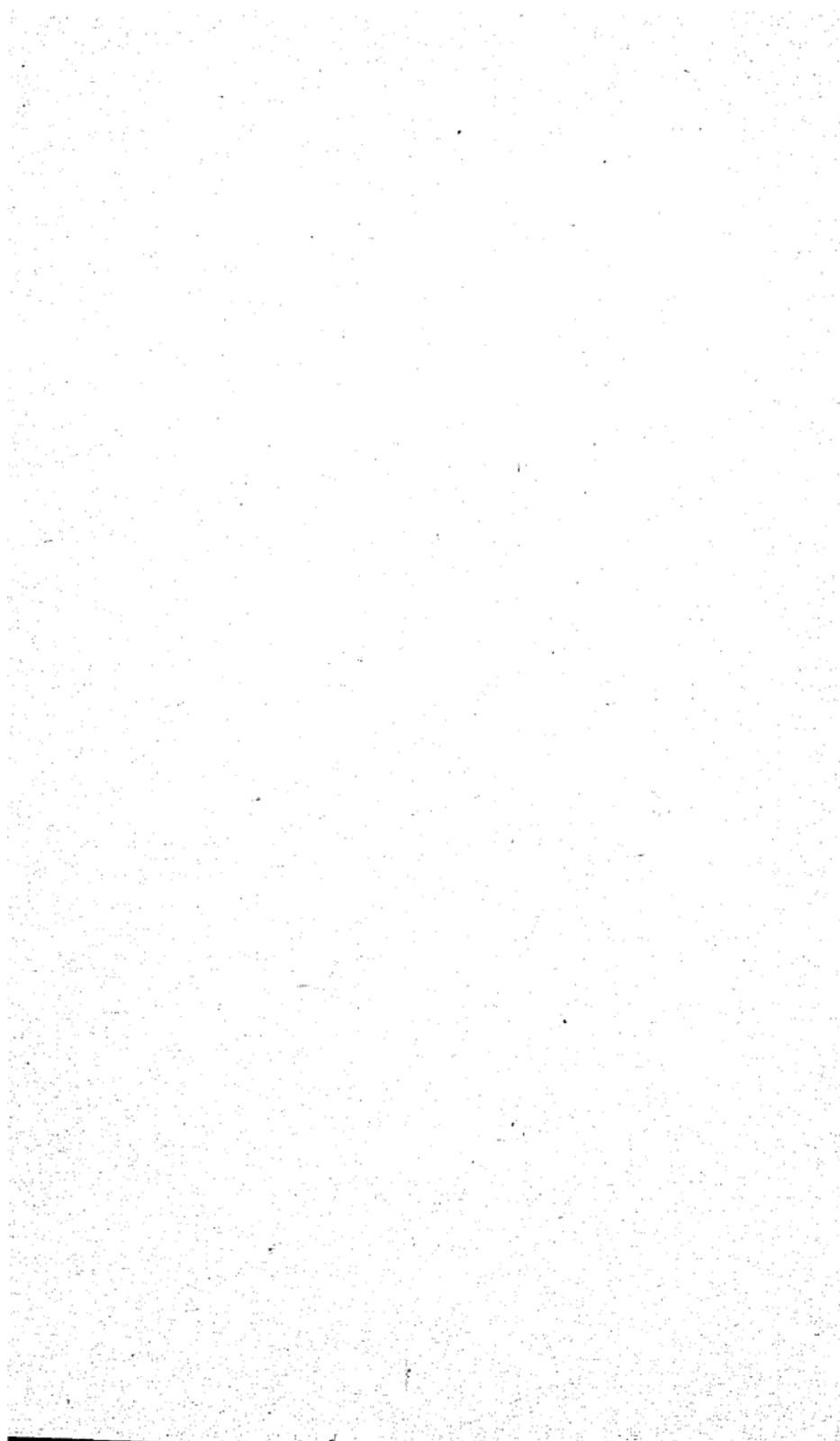
—¿Entonces?...

—¿Pues y qué? ¡No es la casa que acá queríamos ni la que usted nos pintó! ¡Esa casa no es casa de güenos principios ni con mucho!

—¿Que entiendes tú de principios cuando no has visto el mundo por un agujero? ¿No se dice en Hinojos «qué entiende el Rey de guardar cochinos?» ¡Quizás cuanto más y mucho, habrás tomado el rábano por las hojas en algo que habrás notado!... ¡Todo!, antes que señoras tan cabales sean capaces de la menor incorrección. Tú misma estás confesando que son dos santas.

—¡Po así y tó, no son tres dioses! Allí, pa que usted se entere, no se sale de la olla, pelá y mondá, y lo que toca principios, ni güenos, ¡pero ni malos!

¡Y acá que lo que queríamos eran güenos principios!



«LOS CHICOS DE LA PRENSA»

I

Apenas si hablo con nadie más que con ellos durante esta temporada de vendimia, que paso en este pueblo de mi origen.

Y no ciertamente porque haya en Hinojos periódico local—tendrá seiscientos vecinos,—ni porque hayan venido a *interviewarme*, atraídos por mi notoriedad, reporteros de Huelva o de Sevilla... que en eso estarán pensando. Es que me paso el día en el lagar, entretenido con las faenas de la vendimia, y no se me ocurre otro nombre más decoroso con que designar a esos nueve chicharrones, de veintidós a veintisiete años, que se llevan de sol a sol dale que dale a la

palanca de la prensa, extrayendo de la uva, pisada y desmenuzada y hecha pulpa, el delicioso jugo que trocará en oradores a los más cejijuntos y callados.

—¿Ese? ¡Ese tié más palabras que hay edentro e una boega!

II

Mis «chicos de la prensa», como he dicho, son nueve: grandes, desarrollados y forzudos como atletas, con cada músculo en las piernas y en los brazos como un tolondrón, y con una querencia para el trabajo cual si se disputaran la copa «España» en un deporte.

Mientras la prensa se mueve sin esfuerzo, atestada de pulpa hasta los topes, soltando ríos de caldo que inundan el lagar y forman vértice en el tragadero de la bomba, ellos dan al molinete con un desdén rayano en el desprecio. Cuando empieza a pesar y a «agarrarse», o sea cuando el caldo deja de ser chaparrón para ser llovizna, y los cachos se cubren de rezumante espuma, en-

tonces es cuando ellos, creciéndose en su papel, se agarran a la palanca con desatentada furia, y, entre esfuerzos titánicos, relin-
chos caballares o mugidos de buey, hacen
crugir el brazo de la palanca y retemblar
las columnas de hierro de la prensa.

—¡¡Jaaay!! ¡güey!—dice cualquiera de
ellos, para animarlos y enardecerlos en el
empuje.—¡Jero, ji, jero!—y como si la frase
fuese un piropo, (y es el modo de azuzar a
los bueyes cuando tiran de la carreta o del
arado), helos, entre risotadas que entrecorta
el hipido de la fatiga, doblar el brazo de la
palanca o hacer saltar un diente de la rueda.

—Güeno; dejarla que... (aquí el nombre
de una operación fisiológica frecuentísima) ¡y
a comé, que es la horal

III

¡Y lo que comen, Dios mío! Si es tos-
tón con sardinas, es del tamaño de una ro-
dela. Si es sangre con tomate, ha habido ne-
cesidad de traérsela en un lebrillejo, y si es
papas con bacalao, puede medirse por «li-

tros cúbicos», como dice un señor muy instruído que conozco.

Van cortando rebanadas de pan, que pinchan en la punta de la navaja. Las hunden en el bodrio que les ha tocado en suerte, y rebanada y condumio desaparecen en aquellas bocas cual las bieldadas de paja por la ventana del pajar.

¿Entremeses?... Aceitunas, que llevan en una sportilla, a prevención...; rábanos «como er palo un cónsu»—frase cogida al vuelo — y tomates «al natural», en lo que he tropezado con un especialista.

Se los bebe más bien que se los come. ¿Se los bebe? ¡Se los respira!

Créanme los lectores, bajo mi palabra honrada. Por broma o por alarde, le he visto comerse un canasto arrobeño con la nítida limpidez con que yo me comería dos docenas de fresones...

—Cuéntale a don Juan lo que te pasó en la plaza de la Encarnación de Sevilla.

—¿.....?

—Ná: que estando allí de sordao me arrimé un día a un puesto y le dije, dígole, a la mujé: ¿Cuánto quíe usted y me deja que

me jarte e tomate? La mujé me miró, y como me vió tan dergao, va y me dice, dijo: Sei reale.—¡Como éstos!—y se los dí. Y me lío, tras que tras, y me comí una banasta como media jangarilla. Fí a echarle mano a otra, y la mujé ya no se lo púo resistí er cuerpo: me egorvió los sei reale y me dijo que ¡por Díó! ¡que era una probe mãdre de familia!

—Pero, ¿tanto te gustan los tomates, demonio?

—¡De toas manera que usté vea... En fin, jasta con afrecho, como los que se le echan a los cochinos!

IV

Esta tarde he venido tristemente impresionado.

Uno de ellos, el más decididor y buillanguero de la cuadrilla, está tan aplanado y afligido como pudieron estarlo los amigos de Job ante las desventuras del santo patriarca, cuando, al columbrarlo *a longe* en el estercolero, se sentaron sobre el polvo del cami-

no y se llevaron sentados y callados siete días y siete noches...

Tenía la burra mala hacía dos o tres días, y es necesario ser pobre... y tener una burra, para formarse idea de lo que es una burra y de lo que se la quiere...

Lo primero que yo hacía al entrar en el lagar todos los días era preguntarle por el estado de «la paciente».

¡Y cómo me lo agradecía el pobrecillo, y qué pelos y señales me daba de todo el proceso de la enfermedad y de toda la tramitación del tratamiento!

—Misté: tendiíta en la paja como una mujé, aunque en mala comparación; con un quejítto el arma mía que parte los corazone. Yo creo que conoce que se va a morí, ¿sábusté? Y le dará mucha pena que le canten el *a porte va el infelí* (1).

—¿.....?

(1) *A porta inferi*. Como todavía en Hinojos se vive en cristiano, gracias a Dios, aquí no muere nadie, por pobre que sea, que no «lleve» su funeral y su transporte. De aquí la erudición de mi interlocutor en latines de resposos.

—Oye, Andrés, ¿y la burra?—le he preguntado esta tarde, al entrar.

—¡Endeje esta mañana *está con Dió!*
Y se ha enjugado una lágrima con el dorso de la mano, que ha caído como una gota de plomo derretido en mis entrañas de caridad cristiana.

¿Quién me había de decir que había yo de llorar por una burra?

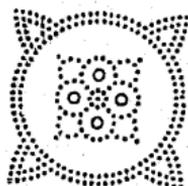
Y es lo que diio el clásico: *si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi*: si quieres hacerme llorar, duélate a tí mismo antes.

V

Sea como sea, yo me paso las horas agradabilísimamente entretenido viéndolos trabajar sin maldecir del trabajo; antes bien, haciendo alardes de pujanza, y hasta un si es no es vanagloriosos del honrado sudor que les empapa la enmestada camisa de cotín; sabiéndoles a gloria el cigarro que les doy de cuando en cuando, y tirándose cada latigazo de vino que les cruje el pelo, con

una delectación que me hace recordar la
copla:

Mi compare sajogó
En una bota de vino.
¡Ay comparito del arma,
Quién sajogara contigo!



FLORES DE UN DIA

—Pero , vamos a ver, con franqueza, ¿qué le han hecho a usted las chicas del cuplé, para que les haya usted tomado esa ojeriza?

—¿Yo?

—Sí: usted: usted, que no las saca una vez a colación como no sea para ponerlas en la picota del ridículo; usted, que parece como que se relame de gusto cuando las pone en solfa, aludiendo a su origen de atropellaplatos.

—Pues mire usted: la verdad: de ninguna he recibido ni el más pequeño agravio. Si en efecto hay tiros en mi sátira, ninguno de ellos va contra las personas... Lo verdaderamente cargante es la institución.

—¿A ver?

—Antiguamente, hasta ayer como el

otro que dice, la mujer que había de vivir del arte de las tablas, tenía que gastar lo mejor de la vida en un conservatorio, ora estudiando declamación, ora aprendiendo canto, empezando por las arideces del solfeo. Y después de años y más años de trabajo ímprobo y de privaciones y estrecheces—pues convendrá usted conmigo en que las niñas ricas y de clase no se dedican a la escena—era cuando lograban dar con un empresario, bien de comedia, bien de zarzuela u ópera, que les diese cabida en su compañía con el miserable sueldo que se les suele dar a todos los principiantes.

Cuando merecían el dictado de artistas y podían permitirse el lujo de comer caliente a diario, era cuando tenían que empezar a teñirse canas precoces, que empastarse muelas y que hacer por no sonreír, ni aunque les saliese el premio gordo, para que el gesto no acusase la condenada pata de gallina.

En cambio la cupletera la tiene usted artista consagrada desde el primer instante de su ser, o séase desde la misma noche del debut. Y «la notable artista» para arriba,

y la «genial artista» para abajo; por aquí «la bella canzonetista» y por acullá «la estrella de varietés», hétela con un nombre hecho desde las primeras de cambio y con una fama mundial, (sobre todo desde que le robaron las alhajas), sin más que haberse comprado una «toilette», algunas veces de lance, y alquilado a la prendera de la esquina un mantón de Manila... catalana y una mantilla de blondas, más falsas en ocasiones que el alma de Judas.

Pero, amigo: tuvo la suerte de tropezar con un poeta que le compuso un cuplé, de más o menos sentido común, y con un maestro que se lo «musicó» de una plumada; y ahí la tienes representando el divino papel de «creadora» del engendro poético-musical, recorriendo escenarios y más escenarios... llenando con su retrato y la música y letra del cuplé-creación toda la plana de un periódico ilustrado y... ¡con un príncipe ruso, ¡Santo Cristo de Torrijos!, siguiéndola a todas partes, con la lengua fuera!...

Y mientras una artista de verdad, auténtica; una ingenua damita joven, una espeluznante trágica o una donosa caracterís-

tica, con talento para adentrarse por los vericuetos de la intrincada psicología de un personaje cualquiera; con aptitudes para asimilarse un tipo y flexibilidad de temperamento para podelo traducir, gana en una compañía tres o cuatro duros por noche (y ojalá llegue a tanto), una zafia ex fregona gana el oro y el moro, sin más que aprenderse de memoria y ejecutar al oído, como una cotorra, un cuplé de chulaponería madrileña. Véase el género:

Aquí onde ustés me ven,
 Soy de Madriz,
 Del mismísimo cogollo
 De Chamberí.
 Y aunque tengo mi oficio
 De chalequera
 Todo el mundo me llama
 Chamberilera.

.....
 Bueno; pues a ver si no es un contradíós el que periodistas «bien» pidan hora y hasta guarden antesala, con tal de «interwiuvar» a semejante personaje.

Ahora bien: que como todo está compensado en este mundo, mientras la artista de verdad se sostiene, mientras subsiste su talento, guareciéndose en los papeles de madre y característica, cuando la inexorabilidad de los años le ajan la tersura de cutis de los tiempos juveniles, la pobre cupletera no dura más que lo que dure la ráfaga de sus encantos... En cuanto el tejido adiposo, que Dios confunda, empieza a hacer de las suyas en la línea, y el crayón de la madurez a marcar en el rostro garambainas de arrugas, aunque cante como los ángeles y se descoyunte materialmente haciendo monerías, tendrá que dar lugar a este diálogo entre sus antiguos admiradores:

—¿No vienes con nosotros a ver a la Fulana?

—¡Ya está muy vieja!





EL DE LAS ANIMAS

(ALREDEDOR DE UN DICHO POPULAR)

I

No sé por otras partes, porque nunca lo he oído más que por aquí. Pero lo que toca por tierras de estas Andalucías es cosa frecuentísima sacar a colación la cita de «el conejo de las Animas».

—Pero ¿no lo sabe usted?

—Ni lo sé ni se me ocurre la razón del dicho. ¿Qué connotación pueden tener las Animas con ningún conejo?

—Pues verá usted. «Histórico», como usted dice, o cuento de camino, érase un cazador de esos que no tienen más que su escopeta, una casa de familia que mantener y un horror a la Guardia civil como el demo-

nio a la cruz... ¡Había un cabo en el pueblo que partía los corazones!... ¡Alma mía!

Pues señor, que mi hombre llevaba ya tres días sin salir a tirar, con todas las consecuencias «de casa y boca»; quiero decir: con la mujer, la suegra y cuatro chiquillos, pasando cada carpanta que cantaba el credo, desde por la mañana hasta la noche a bofetada limpia con el hambre.

II

—Mamá, ¡que yo tengo hambre!

—Po yo también la tengo y me aguantó; de moo que si tienes hambre, róete un có.

—Mamá, yo quiero un dulce, que va ahí un tío vendiéndolo. ¡Misté cómo apregona!

—¿Un dulce? Er durcísimo nombre de Jesús: ¿lo quiés más dulce?

—Mamá, ¡que anoche no cenamo, y están tocando vísporas y estamos sin armozá!...

—Mejón; con eso te ajorras de tené que purgarte... ¡Pero estos niño no sé qué se han creío!... Si tu padre no mata un conejo

endeje que Dios nació, y se habéis como ya tós los jigos del arca y tititas las papas que había en er soberao, y ¡la biblia... protestante, que fuá semenestél... ¿qué me jago con ustede más que tirarme ar pozo, pa perderos e vista pa ciento y un día... que no seis como otros niños, que se van por esos callejones y esas güertas... y aquí unas pocas de jabas verdes y allí una lechuga, porque robá pa comé no es malo... allí una jartá de arazú y aquí manque sea er zancarrón de Mahoma, y no como ustede, que no queréis na más que sus güenos potajes e chícharos y sus güenas cazolás e tomate... y eche usté cantos e pan, como si le dieran a una er trigo en la tajona?... ¡Andál ¡Dirse!... Dirse ya de aquí, ande yo no los vea a ustedes, jasta que vengái jartos como trompos, aunque sea de pitas y jatunas, porque ¿qué sabe er cuerpo lo que se le echa?... La cosa es llená el estógamo, y jasta el reflán lo dice:—de paja o heno, er pancho lleno—. La cosa es comé, y que no me clavéis más cuchillos, piéndome lo que no tengo... ¿Veis la jacena?...

¡Masomé a la muralla,
Respondió er viento!

¡po si es la orza 'er pan, si se cae un ratón,
se esnunca!...

¡Miá que es triste está en er mundo ni
siquiá por la comía! ¡Contra! ¡si esto no es
la fin der mundo, no he visto cosa más pa-
recía!... ¡Sin religión! ¡sin concencia!...
¡No dejá a un padre e familia que sarga a
matá un conejo pa traerle a sus hijos un ca-
cho e pan!... ¡Y que no jago yo ná con cinco
reale!... ¡Tuviálos yo diarios tos los días,
y dineros a rédito iba a poé emprestá!...
Pero sin una gorda, ¿qué me jago, Animas
benditas de mi arma?... ¡Sacá la cara por
mí, que no lo perderéis!...

III

—Miá, José, que de esta noche no pué
pasá que sargas con la escopeta. Esto no
se pué resistí, y en llegando a Flande no
hay más Flande, y jasta er Señor lo dice:—
«Ayúate tú, que yo te ayuaré»—Es seme-

nesté que sargas a recechá, a vé si quién las Animas benditas que mates argo, siquiá pa que estas criaturas prueben la gracia de Dios antes e acostarse.

—Con un cartucho na más, que es tó lo que tengo, y pa eso emprestao, vy a poé matá to aquello... ¡Cuántico marre la puntería, ya está uno a pié!... Y si encima e tó lo barruntan a uno los civile, ya está emparrao er canasto... ¿Qué quedrá uno?... Pero endeje el otro día, que me dieron la carrera en pelo que me dieron, endeje er Charco Jondo jasta la Jesa boyá... ¡vamos! ¡que no me atrievo!

—Po e semenesté que sargas, o que tomemos una eterminación. Las criaturas son criaturas, y sin comé no se pué viví. Yo me estao encomendando a las Animas benditas, que jasta le he jecho una promesa, y me da er corazón que no van a dejá esampará a una casa de familia escaeciíta e jambre. Y vas a matá ¡dos!... Como vengas con dos, Animas bendita de mi arma, ya lo sabéis: uno, pa ustede; pa echárselo en er cepillo loş más mucho o los más poco que se puea sacar por e; y el otro, pa esta casa

de familia, ¡pa este mundo! ¡porque cá casa es un mundo, y la mía, es mundo y medio!

Conque, anda, hermanito: vete a la entrá de los pinale y ponte a recechá, y verás cómo las Animas benditas nos jacen er milagro... Porque van a sé dos los que vas a matá cuantito llegues. Uno, pa ellas, asín se junda er mundo, que lo prometío es deuda; y el otro, pa nosotros, jecho pan. ¿Qué crees tú que tengo yo en er cuerpo, endeje esta mañana que me alevanté? ¡Po un botón! Un botón, que te lo iba a pegá en la chamarreta que te he estao lavando, y me lo eché en la boca pa que no me se perdiera, y me lo tragué sin sentí; ¡lo cuá que he tenío que peirle uno emprestao a mi Manuela!... ¡Miá qué fritá! Conque rézale a las Animas un Padre-nuestro, con muchísima devocion y muchísima fe, que es lo que mata o sana, y a tu entrá de tus pinale a recechá... ¡Dios aprieta, pero no ajoga!

— Güeno, sardré... Pero a vé qué jace un tiraó con un cartucho...

— ¡Tú no sabes que Dió está en los cielo?... ¡A pares los ha e matá!

IV

A José se le puso el pelo de punta, como se pone ante lo sobrenatural y milagro-so... ¡Milagro más patente!...

¡Dos conejos!... ¡Dos conejos como.... dos chivos, saliéndole a la vez de dos matas distintas... en dirección encontrada, hacia un llanete que había en medio del palmar.. ¡Dos conejos!... ¡El de las Animas y el suyo! ¡Su Francisca tenía que ser una santa para haber profetizado de aquel modo!

¡A ver, Animas benditas de su alma!.. ¡A ver si se colocaban de manera que, con un disparo, se cobraran los dos!... ¡Padre nuestro que estás en los cielos!...

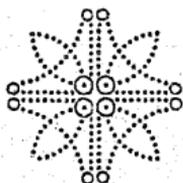
Y la escopeta a la cara, y el gatillo levantado.. y el aliento contenido hasta la asfixia, y...

¡Y los dos conejos en línea recta con el punto, y ¡pluum! una descarga, que ensordeció los pinares... ¡un conejo cayendo despatarrado sobre la arena, después de una voltereta en el aire sobre sí mismo... y

otro... ¡ah! el otro corriendo como una exhalación despavorido, desatentado!.., ¡frenético! por entre los matorrales del apretado monte!...

V

—¡Díol !!Y qué móo de juí er de las Animas!!



INDICE

Págs.

Carta-Prólogo de D. Manuel Siurot.	1
Arte diabólica es.	11
Tratamiento desusado.	17
Peces de colores.	27
Joya arqueológica.	35
Aumento de familia.	43
Datos geográficos.	53
«Señó Tomá de Aquisí»	61
¡¡En el depósito!!	69
La chalana.	75
Y con efecto....	85
Misa de campaña.	93
Suerte de las criaturas.	99
Custión de sitio.	107
Ternuras maternas.	117
Propósito de la enmienda.	125
Pista de un crimen.	131
Experimento peligroso.	137
Terapéutica infalible.	145
Pronombre fino.	151
El encargao de la jacienda.	151

Portador de malas nuevas	167
Nombre verbal.	173
Justa reciprocidad	181
El «Incarnatus»	189
¡¡Y con razón!!	197
¡Toda una artista!	209
Sulfúrico-fulminante	213
¡Pobre madre!	221
«Relata réffero»	229
Modas femeninas	237
De gorra	247
Lección de catecismo	255
«Güenos principios»	261
«Los chicos de la prensa»	271
Flores de un día	279
El de las ánimas.	285



